





En Clave Femenina:  
Un Sinfín de Historias.

## Edita:

Agrupación de Desarrollo Atalaya, Proyecto Ide@ en el marco de la Iniciativa Comunitaria Equal.

## Equipo Técnico Equal-Ide@:

Araceli M <sup>a</sup> Parejo Serena	Concha Lorca Bermejo
Ignacio Tejera Arcenillas	Ángel Vicente Macías Díez
M <sup>a</sup> Ángeles Rodríguez Pérez	
Isabel M <sup>a</sup> Lancha de la Rosa	M <sup>a</sup> Ángeles Marín Martín
Mariló Lara Beltrán	Gonzalo Cañadillas Rueda
Susana Rivas Pineda	José Julio González Jiménez
Vanesa Ramírez Romero	Lina Ramos Durán
Tere Borrero León	Diego Carrasco Caballero

## Investigación e impartición talleres:

S.I.E.S, S.C. (Blanca Ojeda Montes. Antonio Mantero Tocino)

## Diseño cubierta y maquetación:

Isabel M<sup>a</sup> Lancha de la Rosa  
M<sup>a</sup> Ángeles Rodríguez Pérez

Impreso por: Imprenta Jiménez, S.L.

Depósito legal:

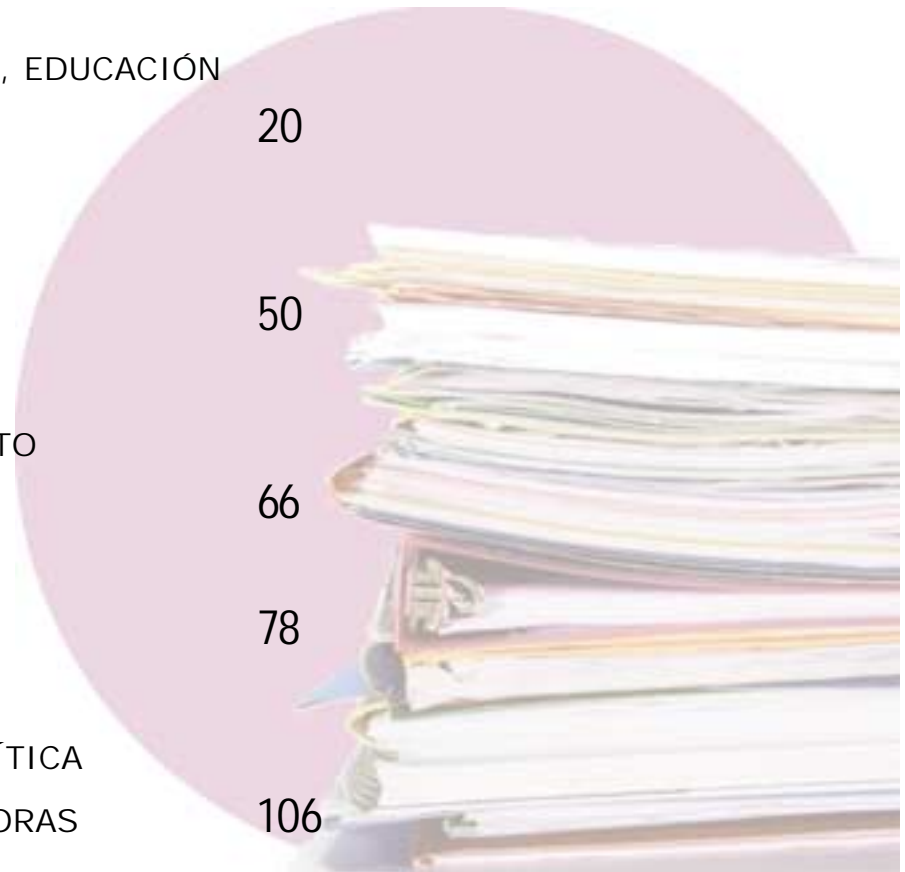
Edición: Noviembre, 2007





# ÍNDICE

Presentación	11
Introducción	15
<b>CAPÍTULO 1:</b>	
CULTURA, TRADICIONES, EDUCACIÓN Y RELIGIOSIDAD	20
<b>CAPÍTULO 2:</b>	
GUERRA-POSTGUERRA Y SUPERVIVENCIA	50
<b>CAPÍTULO 3:</b>	
VALOR, RECONOCIMIENTO Y MEMORIA VIVA	66
<b>CAPÍTULO 4:</b>	
SOLIDARIDAD Y SALUD	78
<b>CAPÍTULO 5:</b>	
ENTORNO MINERO, POLÍTICA Y MUJERES EMPRENDEDORAS	106







# PRESENTACIÓN





La Iniciativa comunitaria EQUAL ha permitido que la Agrupación de Desarrollo Atalaya, compuesta por diversas entidades implicadas en el desarrollo local y en el empleo del Andévalo onubense (Andévalo y Cueva Minera), desarrollara un abanico de actuaciones tendentes a promover el incremento del espíritu emprendedor.

A través del proyecto Ide@ se han puesto en marcha actuaciones con un marcado carácter innovador en un territorio que, con el cierre de la actividad minera, está inmerso en un periodo de incertidumbre social y económica que requiere de especiales esfuerzos desde las entidades públicas y privadas.

El marco de EQUAL se ha erigido como una herramienta fundamental que ha permitido la experimentación de medidas a las que no estamos acostumbrados/as. El diseño de actuaciones desde una visión a medio y, sobre todo, a largo plazo, permite acercarse a la población desde una nueva perspectiva que, en nuestro caso, nos ha facilitado numerosa información sobre los mecanismos y redes no formales que operan en el territorio y que juegan un papel fundamental en el futuro inmediato de la zona.

En este contexto, se ha puesto especial esmero en el diseño y la implementación de actuaciones en el sistema educativo reglado, poco acostumbrado a intervenciones externas de cierta envergadura; así como en el trabajo con las asociaciones de jóvenes y en la potenciación del papel de las mujeres en el marco del desarrollo social y económico de los territorios.

Desde esta línea de intervención territorial se ha puesto en marcha el taller «Barcaleadoras» o «Barquilleras» (en cada zona ha tomado una denominación específica) que ha centrado sus esfuerzos en el trabajo directo y estable con mujeres de todas las poblaciones. Enmarcadas en torno al emprendimiento social, esta acción no sólo ha permitido que las mujeres afiancen sus habilidades, sino que, además, se ha convertido en una vía de investigación local que nos ha brindado la oportunidad de conocer más a fondo la realidad presente y pasada de las mujeres de cada pueblo. Estas historias guardadas han salido a la luz gracias a la investigación activa de todas las participantes que han recopilado saberes y documentos que aportamos en la presente publicación.

Además de para agradecer el esfuerzo personal de todas las colaboradoras, sirva este documento como pequeño homenaje a todas las mujeres que han permanecido ocultas en la historia de nuestros pueblos.



# INTRODUCCIÓN





*«¿Hay que escribir una historia de las mujeres? Durante mucho tiempo, la pregunta careció de sentido o no se planteó siquiera. Destinadas al silencio de la reproducción maternal y casera, en la sombra de lo doméstico que no merece tenerse en cuenta ni contarse, ¿tienen acaso las mujeres una historia? Elemento frío de un mundo inmóvil, son agua estancada mientras el hombre arde y actúa: lo decían los antiguos y todos lo repiten. Testigos de escaso valor, alejadas de la escena donde se enfrentan los héroes dueños de su destino, a veces auxiliares, raramente actrices –y, aun entonces, sólo debido al enorme fracaso del poder-, son casi siempre sujetos pasivos que aclaman a los vencedores y lamentan su derrota, eternas lloronas cuyos coros acompañan en sordina todas las tragedias.*

*Y además, ¿qué se sabe de las mujeres? ...»*

Georges Duby y Michelle Perrot. «Historia de las Mujeres» (2000)

A pesar de que a las mujeres se les augura un futuro prometedor para el siglo XXI, su pasado sigue estando en las sombras. Aunque en cada país encontremos algunas mujeres reconocidas, generalmente las mujeres sólo son conocidas a través de otros, como «la madre de...», «la hija de...», «la mujer de...».

A lo largo de los tiempos, las sociedades han ido perpetuando el androcentrismo o patriarcado mediante el acceso de algunos hombres a los recursos, bienes, cultura, éxito, poder... y mediante la interpretación que de estos hechos han realizado otros cuantos hombres, llamada historia. Por tanto, la historia, es una construcción que algunos hombres han realizado sobre otros cuantos hombres; como algunas autoras han dicho «la historia de los varones se ha hecho extensiva a toda la humanidad».

Las mujeres han sido invisibles en la historia, a pesar que desde siempre han contribuido a la sostenibilidad, cuidando de sus familias, de las personas enfermas y mayores. Han sido educadoras y transmisoras de la cultura y tradiciones, creando y manteniendo redes de apoyo, como cuidadoras del medio ambiente. Han generado economía de forma indirecta (ahorro que supone el mantenimiento de la familia, hogar y entorno) y directamente, a través de la economía o el sistema de «ayudas familiares» mediante el cual, las mujeres que han trabajado en el campo, en negocios familiares no agrarios, el trabajo a domicilio o en casa, o el trabajo de muchas mujeres en sectores industriales poco cualificados y nada reconocido, entre otros, han generado beneficios económicos que han pasado a engrosar la «bolsa familiar común». Todo esto sin olvidar que las mujeres siempre han generado las condiciones y facilitado, con su tiempo, que otros produzcan.

Con estas mujeres estamos en débito, pero también debemos contar con las grandes aportaciones de las generaciones futuras. El avance de una sociedad depende y se basa en el conocimiento acumulado por las generaciones precedentes.

Este libro pretende visibilizar algunas historias de mujeres. Estos relatos surgen como consecuencia de la implementación de los talleres de emprendimiento social denominados «Barcaleadoras o Barquilleras» desarrollados dentro del proyecto Ide@ que viene ejecutándose en las comarcas del Andévalo y Cuenca Minera, enmarcada en la Iniciativa Comunitaria Equal.



Durante el desarrollo de estos talleres, se les propone a las participantes que investiguen sobre aquellos aspectos desconocidos de su entorno, de forma que, tras este trabajo y gracias a sus indagaciones e investigaciones, se han ido recopilando historias que estaban en el olvido. Historias de mujeres de ayer, de hoy y de siempre. Historias sobre mujeres que desarrollaron y desarrollan actividades en sus localidades que merecen ser conocidas más allá de su municipio. Obviamente sólo hemos recopilado aquellas historias aportadas por las investigadoras participantes de los talleres que merecen ser conocidas por todos y todas, aunque somos conscientes que aún quedarán más relatos en el tintero.

Junto con las historias hemos recuperado algunas fotografías que han sido aportadas en su mayoría por familiares, amistades...

La magnitud de relatos aportados por estas mujeres ha hecho necesario la agrupación de los mismos en cinco capítulos. Hablaremos en ellos de la Cultura, tradiciones, educación y religiosidad: de cómo las mujeres han contribuido a la difusión y mantenimiento de las mismas. Guerra, postguerra y supervivencia: aquellos años difíciles para todos y sobre todo para ellas. En el capítulo tercero recogeremos aquellas historias de las mujeres que afrontan la vida con valentía, independencia y justicia social. En el capítulo de solidaridad y salud se destaca la generosidad de todas las mujeres que comparten lo que tienen sin importarles nada. Y por último hablaremos de las mujeres en el entorno minero, en la política y de aquellas emprendedoras que a pesar de entrar en un terreno marcadamente masculino supieron luchar por sus ideales y ocupar un espacio que se les tenía vetado.

Se ha intentado respetar en la medida de lo posible, tanto las expresiones verbales locales como el estilo de narración de las mujeres que han colaborado en el libro, porque ésa es precisamente la forma sencilla y de corazón en la que se transmiten los sentimientos.



# CAPÍTULO 1: CULTURA, EDUCACIÓN, TRADICIONES Y RELIGIOSIDAD.



## CULTURA Y TRADICIONES

Quizás las referencias culturales de nuestras comarcas se puedan leer en numerosos libros y artículos, pero será una lectura parcial. No podremos entender nunca la cultura de los municipios de El Andévalo o de la Cuenca Minera sin tener en cuenta el aporte que han realizado numerosas mujeres, que incluso son reconocidas por sus paisanos y paisanas como poetas, escritoras y luchadoras por el mantenimiento de las tradiciones en tiempos difíciles. Cuando hablamos de estas mujeres no nos referimos tan sólo a las que han sobresalido en el terreno de las artes y las letras sino, y sobre todo, a aquellas mujeres que sin formación ni estudios han sido capaces de legarnos un vasto patrimonio literario, reflejo de sus experiencias, de sus alegrías y sus penas. Sus escritos son el testimonio de unas vivencias marcadas por los prejuicios de una época que las apartó del protagonismo social y las relegó al anonimato de sus atribuidas funciones. Son el único vestigio del pensamiento más puro y descarnado del alma de las mujeres. Son a veces esos gritos ahogados que no pudiendo salir de la boca, salen del corazón.

### SEBASTIANA ARCOS GALÁN, «CHAQUETA MÍA». ALOSNO

Han sido varias las mujeres que han destacado por diversas actividades en la vida cotidiana de Alosno. Un personaje muy popular en este pueblo, en la primera mitad del pasado siglo XX, ha sido Sebastiana (conocida en la localidad como «Chaqueta mía»), una mujer imprescindible en todos los festejos significativos, en su famosa calle «Perdía». Si de la festividad de la Cruz de Mayo se trataba, su «colá»<sup>1</sup> era de las más famosas, gracias al entusiasmo y ánimo que ponía para que fuese la última que se cerrase, porque ella era capaz, en todo momento, de mantener vivo su espíritu festivo, contagiándolo a todas sus vecinas, como refieren María Caballero y Juana Borrero: «Famoso era el Baile del Pino en su calle, donde mucha gente se daba cita solo por oír las ocurrentes letras de las que ella era autora y que en muchos casos no dejaba títere con cabeza».



▲ Sebastiana Arcos Galán, ataviada con el vestuario festivo típico.

1. Una «colá» es un salón adornado y engalanado, donde se sientan las mozas alosneras y donde entran los mozos para sacarlas a bailar.

Era Sebastiana una perfecta animadora y dinamizadora de los festejos populares, tanto en Carnaval con sus disfraces, como en la Romería de la «Rama», donde movilizaba a toda la gente de la calle para que ningún año quedase el pueblo sin la participación de las animosas personas de la calle «Perdía».

Hoy, la gente que aún la recuerda, añora su jovialidad, su carácter festivo y su amor por tantas cosas que ella protagonizó.

### **JUANA MARÍA GARCÍA RAMOS, «JUANA MARÍA LA DE FELIPE JULIÁN». ALOSNO.**

Hace diez años que nos dejó para siempre.

Aunque se marchó a vivir a Sevilla cuando sólo tenía 14 años, nunca perdió el contacto con sus raíces, y desde 1988 vivió de forma estable en Alosno hasta que murió el 14 de marzo de 1997, a la edad de 89 años.

Durante su estancia en la capital sevillana atendió un negocio de lechería propiedad de su familia. Su ilusión siempre fue la de pertenecer a las Hermanas de la Cruz, de hecho conoció personalmente a Sor Ángela de la Cruz durante su estancia en la capital sevillana. No obstante, se dedicó a las personas desde un plano laico, no conventual.

A sus dotes humanas hay que sumarle las cualidades artísticas que poseía para nuestros clásicos fandangos, que la hicieron desde niña una intérprete muy significativa en este difícil mundo, hasta el punto que dejó para la historia musical de Alosno un estilo propio de fandango que, como muy bien dice Manolo Romero en su libro «Éste es otro cantar»<sup>2</sup>, Juana María llegó a interpretar «un fandango soberbio, con una maestría y sabiduría ejemplares...»

No podemos dejar de incluir en esta breve referencia a una alosnera ejemplar, su donación antes de morir de una importante cantidad de dinero cuyo destino fue la restauración del altar mayor de nuestra iglesia.

### **MARÍA DEL ROSARIO RODRÍGUEZ BARBA, «LA BIZCOCHERA». ALOSNO**

Esta mujer es la representación de tantas otras mujeres que tuvieron la desgracia de quedar viudas en la Guerra Civil, teniendo ellas solas que sacar a sus hijos e hijas adelante.

María nace en abril de 1908 de padre y madre también alosneros. Era la más pequeña de cinco hermanos. Se casó con un hombre natural del pueblo quedando muy pronto viuda al morir éste en los primeros meses de la Guerra Civil. Sola, a la edad de 28 años, sin recursos económicos, con una niña pequeña, otro en camino, y con una guerra de por medio, sacó fuerzas de donde pudo para poder sobrevivir con su descendencia.

*2. Romero Jara, Manuel: «Éste es otro Cantar». Caja Rural del Sur. Utrera. 2002.*

Cuando todavía no había apagado el llanto por su marido, murió su hijita, pero ni aún así se rindió. Para salir adelante trabajó en todo lo que podía, ya fuera cosiendo cortadillos -labor artesanal y típica de Alosno-, o haciendo buñuelos de viento y demás fritos del pueblo. Decidida a no sucumbir a la miseria, construyó un horno pequeño en su casa (donde sólo podía hacer 15 panes cada vez), para vender pan a estraperlo. Poco más tarde compra la panadería de Josefa «la Gómez» para su hijo. Emprendedora nata, cuando su hijo se defendía haciendo pan, ella se puso a vender pescado en la plaza de abastos del pueblo.

Era una mujer cultivada aunque sin estudios, le gustaba mucho leer, cada día leía la prensa y también obras literarias. María fue muy devota de la Virgen de la Inmaculada, cantándole en los días de su novena, la plegaria y demás cantes propios, no conociéndose persona que haya igualado su voz... Murió a los 94 años rodeada de su hijo y nietos y nietas.

A su muerte el escritor Manuel Garrido Palacios escribió en el diario El Mundo, el sábado 8 de junio de 2002: «Hace una semana se enterró en Alosno, Rosario Rodríguez Barba, La Bizcochera, tenía 94 años y era junto a Margarita Bowie (a quien Julio Caro Baroja comparó con Cecilia Böhl de Fäber) una de las grandes memorias vivas del inabarcable legado cultural de esa flor del Andévalo. Última voz para la saeta vieja, para las lamentaciones, la seguidilla antigua, su pérdida hizo decir a sus paisanos que había muerto un libro, un documento vivo, una porción de la sabiduría común, parte de la cual me dictó pacientemente para que enriqueciera el Cancionero de Alosno. Ella me recibió como hijo adoptivo del pueblo en el año 1995. Ahí va un beso Rosario».

### **GIMENA GARRIDO FERNÁNDEZ. EL CAMPILLO.**

Doña Gimena, ella misma nos cuenta su historia. Sentada junto al brasero del taller «el Duende» y rodeada de las mujeres que la habían citado para escucharla, nos respondió pacientemente a cada una de las preguntas que le hicimos, respondiéndonos con la serenidad y tranquilidad que sólo una mujer de sus años y con sus vivencias y experiencias puede tener. Nació el 1 de octubre de 1924, y compartió su vida con siete hermanos y hermanas. De ella nos asombra su lucidez y sobre todo su memoria, no tanto por lo que recuerda, que es muchísimo, sino por la abundancia de pequeños detalles con los que ilustra sus relatos. Siempre sobresalió en su infancia por su inteligencia y porque le encantaba escribir. Nos relata que a los ocho años, estando en la cama enferma con paperas, escribió su primera poesía. Entre risas nos cuenta que cuando el médico que la atendía, en una de las visitas la leyó, más por cortesía que por curiosidad, se llevó la poesía después de pedirle que se la dedicara. Realmente debió quedar impresionado el hombre por el contenido de los versos que la pequeña Gimena plasmó en el papel. Afortunadamente, gracias a su prodigiosa memoria hemos podido rescatar la poesía mientras nos recitaba los versos que compuso hace ahora 75 años, y que nunca llegó a escribir de nuevo:

*«A un anciano que mucho sabía,*

*yo le pregunté un día:*

*Señor, ¿se puede vivir sin amor?*

*Y el anciano sonriente me contestó:*

*«No se puede vivir sin corazón.*

*Y vivir sin amor,*

*es como si viviera sin corazón»*



▲ Gimena Garrido Fernández, durante un momento de la entrevista, posa junto a uno de sus últimos bordados: un tapiz de gran tamaño de temática norteafricana.

Tras su paso por los primeros cursos de la escuela, su maestra, conocedora de sus facultades quería que continuase con los estudios, pero ella no podía asistir a las clases al tener que cuidar de sus hermanos y hermanas. Al fin, a los doce años, consiguió que le dieran una beca para estudiar en una de las tres mejores escuelas de España, en Salamanca, pero cuando se fue a ir estalló la Guerra Civil, truncando de esta manera una vocación de estudio.

Nos cuenta, más con resignación que frustración, que a las mujeres de su época no las tenían en cuenta para nada salvo para los asuntos domésticos. Recuerda con pena que al morir su padre, que era minero, las tres hijas mayores tuvieron que cuidar de los hermanos menores y de su madre, ya que a ésta no le quedó recurso económico alguno tras los cuarenta años de trabajo de su marido en los pozos. Eso sí, «la compañía» pagó el entierro. Luego, recuerda, «un día vino un guarda de la mina a la casa a conocer la edad del niño, para ver si podía entrar a trabajar en la mina pero al ser todavía muy pequeño y no haber más varones en la familia, se fue sin reparar siquiera en nosotras», dejando de esta manera a toda la familia a su suerte.

Ante la imposibilidad de estudiar y de trabajar ni en su pueblo ni en los alrededores, con quince años y con la Guerra Civil recién terminada se marchó a trabajar a Huelva, a una casa particular. Aunque primero trabajó en «el cuerpo de casa<sup>3</sup>» ganando seis duros al mes, con el tiempo pasó a prestar servicio en la cocina ganando desde ese momento, doce duros al mes. Durante el tiempo que estuvo trabajando en Huelva se entretenía bordando sus mantelerías, ropas de cama, etc... Pero debido a la exquisitez de sus bordados terminó bordando ajuares para las niñas de la familia, que, por supuesto, nunca fueron recompensados económicamente.

Cuando se casó dejó Huelva para volver a su pueblo, El Campillo. Nos cuenta que aún siendo su hijo pequeño, puso una escuela de bordado que tenía treinta o cuarenta alumnas que pagaban una peseta al mes. Estuvo durante veinticinco años enseñando a bordar a las niñas de su pueblo. Pero una constante la ha acompañado siempre a lo largo de su vida, su amor por escribir, habiendo publicado algunas de sus poesías.

Hoy por hoy a sus más de ochenta años sigue escribiendo y bordando. Es una mujer de fácil y cálida conversación y con un espíritu fresco y creativo que plasma en todas las facetas de su vida.

### **PETRA MACIAS GONZÁLEZ. MONTES DE SAN BENITO**

En la pedanía de Montes de San Benito nos encontramos con la historia de Petra. Nacida en 1903 y fallecida en 1987 a los 84 años. De esta mujer dulce y solidaria y al tiempo inteligente, de firme carácter y profundas convicciones religiosas, nos cuentan que en tiempos de la Guerra Civil bajó al crucificado de la cruz y lo escondió junto con algunos santos de la iglesia para protegerlos de la profanación y el expolio. Con un gran don de palabra y talento para la escritura, componía poemas además de canciones que se cantaban en la iglesia. Decía a menudo que le hubiera gustado escribir un libro.

Defensora como pocas de las cosas de su tierra, le echó un pulso a las entonces autoridades de El Cerro de Andévalo al cual pertenece esta pedanía, tomando la iniciativa de lo que después se convirtió en clamor popular, oponiéndose persistentemente a que trasladaran la campana de la iglesia, forjada gracias al esfuerzo conjunto que hicieron vecinos y vecinas de la pedanía al aportar cada uno cuanto materia prima pudo, sacándolas al no tener dinero, de donde únicamente pudieron, de sus propias casas. Cada persona entregó lo que buenamente dispuso para su fabricación, jarros, ollas, calderos, candiles, «apartadores» o cazos y algunos otros utensilios de cocina y decoración. No es de extrañar que la gente del pueblo considerase la campana de la iglesia de los Montes de San Benito como algo suyo, ya que realmente lo era, y no una mera propiedad eclesiástica, viviendo el traslado como una gran injusticia y sintiéndose realmente desamparados/as.

Nos cuentan las mujeres del pueblo que cuando el Ayuntamiento de El Cerro de Andévalo quiso llevarse la campana para el convento de su localidad, ya que éste se quedó sin ella, Petra al enterarse de lo que se quería

---

*3. Trabajar en el cuerpo de casa significaba asumir todas las tareas y labores domésticas (barrer, limpiar, planchar...), salvo las que eran propias de la cocina.*



hacer, envió una carta al Arcipreste de Valverde del Camino, en la que le explicaba el caso, poniendo de esta manera el asunto en conocimiento de éste, la autoridad que en esos momentos tenía la potestad de intervenir. El envío de la carta no fue en vano. Los argumentos que le expuso al Arcipreste debieron ser tan convincentes que éste intervino mediando a favor de la vecindad de los Montes de San Benito y así consiguió que se quedara la campana en su sitio.

En la actualidad dicha campana aún sigue estando en el lugar que le corresponde y convocando a su vecindad a través de su inconfundible llamada. Y es difícil no acordarse de Petra cada vez que levantamos la mirada y vemos la campana dibujarse en la espadaña o al oír desde lejos el murmullo de su tañido.



▲ Petra Macías González en una fotografía que se remonta a los años 40.

**Canción religiosa escrita por  
Petra Macías:**

**«En el altar sacro santo  
de lo dulce o Madre mía  
ante ti Madre María  
me presento con valor.**

**Todos los aquí presentes  
te amamos de corazón  
y para más convencerte voy  
A preguntar yo.  
¿Niños míos amáis a María? -Sí  
¿La dejareis de amar? -No**

**Queridos compañeros míos  
no olvidéis nunca a María  
que es madre del amor.  
Amarla, niños queridos  
y ofrecerle el corazón.»**

## DEDICADO A LAS PERSONAS MAYORES

### Y ENFERMOS DE ALZHEIMER

La vejez, los años no perdonan,  
dijo el anciano: qué triste es la vejez,

juventud que te fuiste  
para nunca volver.

Cuando me miro en el espejo  
siento ganas de llorar,  
busco mi juventud  
y no la puedo encontrar.

Ser viejo, no es malo, ser viejo:  
son los años del pasado acumulado,

la vejez es enfermedad  
que nunca ha tenido cura,  
no hay fuente de juventud,  
ni vejez sin amargura.

No despreciéis a los viejos  
porque sean viejos,  
que no es deshonor ni delito,  
la vida es hermosa y vivir es bonito.

Es como una virtud que sale del infinito

que todos deseamos poseer  
y llegar a viejecito.

Ni la juventud es eterna  
ni la vejez queda lejos

queremos vivir mucho  
pero nadie quiere ser viejo

Oh! juventud; tesoro divino,  
que juntos anduvimos los caminos,

te fuiste para no volver,  
dejándome triste en la vejez.

Oh! juventud; hermosa compañera  
que te marchitas con el paso del tiempo  
bella flor de primavera, que te vas deshojando

con el sol y el viento  
pero yo te llevo siempre joven y hermosa

en el pensamiento.

Oh! juventud mía,  
me dejas con tu grato recuerdo

y mi triste melancolía,

Oh! juventud mía.

▲ *Esta poesía es un ejemplo de las publicadas por Gimena Garrido Fernández (El Campillo).*

## ISABEL DE LOS REYES TEJERO RODRÍGUEZ. CALAÑAS

Nació en Calañas el 6 de enero de 1897 y murió en Madrid el 26 de julio de 1978.

Publicó cuatro libros: «*Sensitivas*», «*Rosas y Estrellas*», «*Poemas de inquietud I*» y «*Poemas de inquietud II*». Además, escribió numerosos artículos y conferencias, colaborando, también, con periódicos y revistas de España y el extranjero, entre ellos el Diario Odiel. Así lo expresa su hijo, Julio Juan Anaya Tejero, en el prólogo del libro «*Poemas de Isabel Tejero*», editado en el año 2002 gracias a la colaboración de la Excm. Diputación Provincial de Huelva y el Excmo. Ayuntamiento de Calañas.

De niña vivió en el seno de una familia acomodada, formada por su padre José Tejero Marroco (Industrial de la minería), su madre Rosario Rodríguez, así como sus cuatro hermanos y hermanas José, Juan, Amparo y Bartolina.

Algunas experiencias negativas acaecidas en su infancia y adolescencia, marcarán definitivamente su personalidad: en su infancia quedó huérfana de madre y posteriormente, las dificultades económicas derivadas de la Primera Guerra Mundial afectaron a su familia que dependía del negocio de la exportación de minerales de manganeso. La familia quedó en la más absoluta ruina.

Otras experiencias, además de la penosa situación económica, agravan su vida. Tras las muertes tanto de su padre como la prematura de su hermano José, la familia se ve en la obligada tesitura de trasladarse a Madrid donde residía Juan Tejero, el mayor de los/as descendientes, hermano de Isabel, bajo cuya tutela vivieron al asumir éste el papel de cabeza de familia.

Para las personas que la conocieron bien, Isabel fue una mujer emprendedora, desenvuelta y avanzada para su tiempo. No obstante, un fracaso sentimental que sufrió a los 26 años unido a las dificultades propias de la Guerra Civil Española, afectaron y marcaron su vida, tanto en lo personal como en lo profesional.



▲ Isabel Tejero Rodríguez, portada del libro: «*Poemas de Isabel Tejero*». Auto-biográfica. Ataviada según estilo años 20.

*«Los que hayan leído su obra literaria fácilmente descubrirían tres rasgos importantes de su personalidad, mujer de una alta sensibilidad y melancolía, profundo sentimiento religioso, y mediatizada por los prejuicios de la época que le tocó vivir.*

*Pese a su gran amistad con personalidades destacadas de su época como Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí, José María Pemán, Vázquez Díaz Bardasano, el cual le hizo un retrato, etc., se puede decir que nunca tuvo una vida pública como escritora en los círculos literarios existentes, siendo frecuente en su primera etapa el escribir con seudónimos.» (Prólogo del libro «Poemas de Isabel Tejero», 2002)<sup>4</sup>*

*Según expresa su hijo Julio Juan Anaya Tejero, en el citado libro, su vida era movida por dos grandes pasiones, «una, la añoranza permanente de su tierra natal» de la que nunca llegó a desvincularse, constituyendo su principal fuente de inspiración literaria, «y otra, el amor desmesurado hacia sus hijos, que según les decía: «no hay amor más puro, incondicional y desinteresado que el que profesa una madre hacia sus hijos/as».*

### **JOSEFINA INFANTE INFANTE. SANTA BÁRBARA DE CASA**

Josefina nació el 27 de junio de 1932. Hija de Silvestre y de Matilde.

A muy corta edad quedó huérfana de padre y madre, por lo que fue ingresada en el colegio de las Adoratrices de Huelva, lejos de su gente. Regresó al pueblo de Santa Bárbara cuando contaba 17 años. Aprendió a coser y estuvo realizando esta tarea por las casas, hasta que se casó años más tarde con Ramón Escudero, trasladándose el matrimonio a vivir a las afueras del pueblo, a la «Cruz de la Mujer». Tuvo cuatro hijos a los cuales sacó adelante con muchas dificultades. Vivir del campo en aquellos momentos era muy difícil, los escasos ingresos que proporcionaba este trabajo eran ganados con mucho sudor y aun así no daban para mantener a la familia. Por esta causa, que eran las circunstancias propias de la época, se vieron obligados a emigrar a Valencia en busca del sueño de un trabajo y de una mejor vida. Pero esto no salió bien y tuvieron que regresar al pueblo y volver de nuevo al campo, con el ganado. Al retornar a las mismas condiciones de las que huyeron, tuvieron que desprenderse, como otras familias, de sus descendientes internándolos en colegios para que, al menos, estuvieran atendidos y aprendieran a leer y escribir.

El matrimonio guardaba y ordeñaba el ganado y ella llevaba diariamente la leche al pueblo para venderla regresando luego por los mismos caminos tortuosos, montada en el burro, a dormir al campo junto a su marido.

Josefina, a sus 74 años es una mujer de gran vitalidad. Es poeta, ha escrito mucho, pero nada editado, poemas, escritos variados, y es el alma de las excursiones recitándonos sus poesías.

A través de los siguientes versos, podemos conocer resumida, su vida en sentimientos:

---

4. Tejero, Isabel: *Poemas de Isabel Tejero*. Excmo. Diputación de Huelva y Excmo. Ayuntamiento de Calañas. Abril 2002.

*«Allá por los años 70, cuando la vida tan mala estaba,  
nosotros vivíamos en la Cruz de la Mujer, con nuestras 8 ó 10 vacas.*

*Mi marido las guardaba, yo traía la leche al pueblo.*

*Los niños eran pequeños, sólo teníamos tres.*

*Eran niños de colegio, no teníamos donde dejarlos.*

*Para ellos ir al colegio, no tuvimos más remedio  
que desprendernos de ellos:*

*a la niña la llevamos a Bollullos del Condado*

*a los niños los llevamos a Palos de la Frontera*

*y yo, de tanto sufrir, caí enferma de los nervios.*

*Pero no tenía más remedio que llevar la leche al pueblo,*

*no había carretera, los caminos eran muy malos*

*unos días lloviendo, otros con tormentas...*

*Y por ellos me encontraba unos días con Manolo y*

*otros días con Pedro, guardando su «piarita» de cabras.*

*Cuando yo iba de regreso del pueblo para mi campo,*

*aunque allí mi marido me esperaba,*

*me faltaba lo más grande, mis hijos de mi alma.*

*Llegó el cuarto de mis hijos.*

*Y hoy le doy gracias a Dios*

*los tenemos todos juntos con nosotros,*

*todos casados, ninguno soltero.*

*Ya tenemos hasta nietos.*

*Y vivimos muy felices,*

*todos juntos en nuestro pueblo.»*

## **INÉS MÁRQUEZ MÁRQUEZ. MONTES DE SAN BENITO**

Inés fue una mujer que siempre estuvo muy vinculada al ambiente festivo de su pueblo en el que se volcó en todo momento intensa y desinteresadamente. Una mujer muy activa y singular que posibilitaba con sus acciones un mayor disfrute de las fiestas populares, esos momentos tan importantes como escasos en la vida de estas pequeñas aldeas y pedanías, que reúnen sin excepción a todos sus habitantes. ¡Qué sería de los pueblos sin sus fiestas!...

Nos cuentan que Inés organizaba muchos de los actos que tenían lugar en los Montes de San Benito, como los que se desarrollaban durante la festividad de los Reyes Magos donde, con ayuda de Petra Macías y Catalina Cruz, organizaba una cabalgata en la que salían con burros y era ella la que iba alumbrando el pasacalles con un farol. Según cuentan, el primer año que se dispusieron a organizar la cabalgata, estas mujeres se personaron en el Cuartel de la Guardia Civil del municipio de Cabezas Rubias para solicitar que les dejaran prestadas las capas que utilizaban los guardias civiles para vestir a los Reyes Magos, y así fue.

También organizaba los carnavales, los bailes y reuniones, etc. Inés era una persona muy dispuesta y con muchas ideas para esos momentos. Jalonaba a otras mujeres, contando siempre con la complicidad de muchas vecinas. No obstante y pese al jolgorio que se formaba, ella prefería trabajar en la sombra, siempre de una manera discreta, sin más interés que la diversión y el bienestar común.

También fue una de las últimas parteras de los Montes. «Recogió a muchos bebés»<sup>5</sup> de la aldea, hasta más o menos 1973 en que ya dejaría esta ocupación.

## **CELIA VÁZQUEZ DIAZ NIETO. NERVA**

Nace en Nerva el 16 de Marzo de 1930, en el seno de una familia donde el arte y la cultura son fundamentales, sencilla, muy unida. Celia es una joven de grandes sentimientos e inquieta.

Muy bien aconsejada por sus mayores, con el dicho de «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», se convierte en una mujer muy trabajadora e inculcada desde pequeña hacia la lectura y la buena música.

A los 12 años comienza a dar clases de piano con D. Manuel Rojas. No obstante, a muy corta edad, con 14 años, tiene que dejar el colegio y otras enseñanzas porque su madre se pone enferma, muy enferma, y cuida de ella durante 51 años de dicha enfermedad.

Todas sus inquietudes se desmoronan, pues antepone el cuidado y el amor de su madre, lo más importante para ella, a sus propias ilusiones. Con la ayuda de su padre, pasa casi toda su vida a disposición del cuidado de la misma. En una familia donde el arte y la cultura se palpan, ella vive atenta a todas las necesidades de ésta,

*5. Recoger bebés: facilitar el alumbramiento en un parto.*

su madre. Para Celia, esto no quiere decir que no disfrute de la vida, pues le saca partido a todo lo que hay a su alrededor. Las visitas de su tío, el pintor Daniel, las tertulias diarias de sus tíos paternos, de su abuela, llamada mamá Jacoba, que tocaba la bandurria..., resultaba un ambiente familiar muy acogedor.

Sin embargo, su inquietud por la pintura y la oportunidad de marchar a Madrid con su tío, el famoso pintor Daniel, para conocer todo ese ambiente artístico, tiene que dejarlos a un lado.

Por esa época, tita Rosario como ella la llama, hermana de su padre, que vivía con otra hermana, se queda sola, pues ésta muere y tita Rosario, soltera, que aunque vive con otro sobrino quien por motivos laborales no puede atenderla adecuadamente, pasa muchas horas sola. Celia lo sabe y decide traérsela a su casa. A partir de ese momento cuida de tres personas ancianas.

En esta trayectoria, un amigo de su padre, D. José M<sup>a</sup> Labrador, queda viudo. Tanto él como su fallecida esposa eran amigos de la casa y a Celia la trataban como a una hija. Este señor, acudiendo en busca de la amistad de un hombre tan entrañable como era su padre, Moisés, y de la agradable compañía de Celia, por ser una persona culta y de conversación tan amena, le pide matrimonio. Se rodean las cosas y ella accede a casarse con él.

Celia es tan buena persona y Don José María le inspira tanta ternura que cuida de él, y en la casa donde había tres personas mayores que cuidar, pasa a haber otra persona mayor a la que asistir. Tal era el celo con el que lo cuidaba que hasta llegó a corregirle la diabetes que padecía.

Toda su niñez, su juventud, su vida entera ha sido de entrega, pues nunca los ha dejado solos.

Todo esto, que sobre unas cuantas líneas una de nuestras investigadoras, Conchita Morano, relata suavemente, es para resaltar «que esta persona es digna de admiración. Celia es una mujer que te inspira confianza, que tiene una ilusión de vida y una paz interior envidiable. En estos tiempos de tanta depresión y trauma, ella parece que no los padece, nunca está de mal humor, ni triste, ni sola. Sus ojos son limpios y transparentes, como el mar que tanto ama; siempre tiene una sonrisa a flor de labios y una carcajada a punto de cada frase que compartas con ella.

Es ahora, que no tiene a quien dedicar sus horas, una artista que crea, porque todo lo que tanto tiempo ha tenido dentro sale ahora en una explosión de luz; sus flores son espléndidas, con unos tonos suaves, como su conversación y unas marinas con colores tan hermosos que parecen trasladados desde la misma orilla del Atlántico, que a ella tanto le gusta admirar.

Ésta es Celia a grandes rasgos, que nunca llegarán a expresar todo lo que ella es de cerca»

## ANA CARO MORENO, ANA DOMÍNGUEZ, ANDREA MÁRQUEZ Y TERE HERMOSILLA. EL CERRO DE ANDÉVALO

Las vidas de estas cuatro mujeres de El Cerro de Andévalo giran en torno a la festividad de la romería de San Benito y la conservación y arraigo de sus tradiciones.

Corría el año 2005 cuando Ana Caro Moreno, actualmente de 46 años de edad, tuvo el honor de pasar a ser la primera mujer elegida para formar parte de la Junta de Gobierno de la tradicional y masculina Hermandad de San Benito. Esto supuso un punto de inflexión en el devenir de la historia local, concretamente en la propia concepción de la Hermandad, que aun conservando los rituales ancestrales ha abierto y ampliado sus miras hacia una sociedad moderna y actual. Un paso importante dado por la Hermandad, ya que en su historia, que se remonta a varios siglos de antigüedad, nunca se le había dado esta oportunidad a ninguna mujer de aportar ideas y trabajar por San Benito desde una posición de relevancia y reconocimiento.

Ana ha sido la pionera y su incorporación a la Junta de Gobierno de la Hermandad, reflejo de su incansable labor y valiosas aportaciones, abre las puertas a la participación futura de otras mujeres en el todavía masculino, «mundo sambenitero».

Siguiendo en el entorno de San Benito, pasamos a hablar de la labor que aún hoy en día hace otra mujer, Ana Domínguez, de 77 años de edad:

Ana es la vestidora oficial de la Hermandad que, continuando con la tradición familiar, se hizo cargo de vestir a las tradicionales Jamugueras, labor que lleva realizando desde hace ya varias décadas. Las Jamugueras son las protagonistas indiscutibles de la romería de San Benito en El Cerro de Andévalo.

Ana tiene la responsabilidad, ella sola, de colocar cada uno de los minuciosos detalles con los que está adornado el complejo traje de Jamuguera. Vestir a las Jamugueras constituye un ritual que comporta no sólo conocer como nadie los finos hilos de la tradición, sino que además se somete cada año «su obra» al arbitrio social. Además, Ana también se encarga de hacer los sombreros para dicho traje. En conjunto, un difícil trabajo digno de mención. Hoy por hoy, nadie se atreve a sustituir a Ana en esta labor.

Mencionar también a Andrea Márquez, de 42 años, «Andrea la del Llano» como se la conoce en El Cerro de Andévalo. Mujer de gran paciencia que ha dedicado mucho tiempo y esfuerzo personal a sacar



▲ Ana María Sánchez González, vestida de Jamuguera.



el patrón para rescatar las antiguas puntas de bolillo de los trajes populares y que tradicionalmente remataban la toca del traje de Jamuguera.

A partir de este momento, Andrea, con todo su amor por este arte y para que esta tradición no se pierda, ha enseñado a las mujeres del pueblo la manera de hacer estas laboriosas puntas y, desde entonces, las nuevas tocas que porta la Mayordomía están rematadas con las primorosas puntas que Andrea logró sacar. Una labor admirable ya que, gracias a ella, se recuperó una parte del folklore y tradición del pueblo.

Para terminar con el entorno de San Benito, tenemos que hablar de otra mujer amante del arte, Tere Hermosilla, de 65 años, quien hace más de veinticinco años fundó el Coro de la Hermandad de San Benito y, pese a sus dificultades familiares, con gran dedicación pasó muchas horas de su vida componiendo canciones, motivando y reuniendo a personas que estuvieran dispuestas a cantar, y ensayando con tesón, para ofrecer a San Benito el tributo que se merece.

Hace un año, por dificultades familiares, se vio obligada a dejar la Dirección de este Coro; no obstante, aún continúa componiendo y sigue esforzándose para que el Coro subsista y no desaparezca.

Además Tere, junto con Angelita la Médica, como todos la conocen en El Cerro, fue una de las fundadoras de la Asociación de Mujeres Baal, y aún hoy sigue perteneciendo a la Junta Directiva de esta Asociación ocupando el cargo de secretaria, siendo una de las personas que, con su dinamismo, más contribuye al desarrollo y promoción de sus actividades.

### **DOLORES MATEO PORTALES. MINAS DE RIOTINTO**

Dolores, mientras habla borda. Nos cuenta que aprendió a bordar a los seis años. Nos enseña una pequeña tijera muy gastada que le regaló su madre cuando «entró en la labor» allá por el año 34. Estuvo primero en un taller de bordado de una señora cerca de su casa, doña Emilia y después con su hija Mariquita Romero. Allí realizó una muestra bastante extensa de los tipos de bordado que aprendió, y la llevó al taller de bordado que tenía puesto la «Compañía» de los ingleses, e ingresó en él. «Eran muy exigentes. Y allí estuve trabajando hasta que me casé. Allí se bordaba de todo, allí bordé yo también la bandera de Berrocal que se bordó en oro y costó lo suyo». El taller estaba a cargo de una inglesa que era la que distribuía el trabajo, que después de planchado se llevaba a Bellevista para venderlo. También se hacían encargos para toda España y para fuera del país. «En el taller llegamos hasta bordar una mantelería preciosa para la Reina de Inglaterra, en tres tonos de azules».

Refiere Dolores que en el taller eran unas 50 trabajando. El género lo ponía la Compañía que lo traía de sus almacenes, a donde llegaban las piezas. Ellas compraban los hilos con los que trabajaban.

Doña Emilia nos enseñaba a bordar en su casa sin cobrar nunca nada, ninguna mujer cobraba por enseñar lo que sabía, nos dedicaba su tiempo para que tuviésemos un porvenir en Riotinto. En dicho municipio la mayoría de la gente que sabe bordar fue enseñada por Doña Emilia y por su hija Mariquita. «A nuestras hijas ya las hemos enseñado nosotras, pero esto se está perdiendo».

Ambas, doña Emilia y su hija, no trabajaban en el taller, no salían de su casa. Vivían de lo que ganaba el hermano de doña Emilia trabajando en la «Dirección de la Compañía». Dice Dolores: «Ella me estuvo dirigiendo los trabajos que yo hacía para particulares y estuve allí hasta los 15 años que entré en el taller, donde estuve hasta que me casé con 24 años. En ese momento dejé de trabajar pero he seguido bordando, y sigo. Voy haciendo las mantelerías de mis nietas y por si tengo que regalar algo».

En su casa vemos colgados varios cuadros bordados y tapices de los que reproducimos dos. Sus bordados son muy conocidos en Riotinto, y han sido expuestos y admirados fuera de la provincia. Incluso nos cuenta su marido que en una de las exposiciones, un consejero de la Junta de Andalucía le quiso comprar una mantelería por cuatrocientas mil pesetas y ella que le dijo que no, que era para su nieta. Entre arrepentida y sonriente nos dijo que podía haberle dicho que sí y después hacer otra para su nieta.

▼ Tapices elaborados por Dolores Mateo.



De su madre nos cuenta que «no sabía bordar, no salía nunca de su casa, por la mañana se levantaba, y se ponía el delantal y ya no se lo quitaba hasta la noche que se lavaba y se ponía uno nuevo, solo «servía» para trabajar, para lavar y limpiar, nunca fue a fiestas, mi padre se iba solo». Este es un ejemplo de la vida, austera e invisible, marcada por el sacrificio y la renuncia a cualquier tipo de ocio, que caracterizó a estas mujeres.

Para los hombres las cosas fueron diferentes en Riotinto, los niños estaban obligados a ir a la escuela y si dejaban de ir podían despedir a su padre, por supuesto por interés de la compañía, para poder llevárselos después a la dirección, pero así tuvieron educación, no hubo analfabetos.

Dolores es, además, una de las mujeres que viste a la Virgen, ella aprendió a hacerlo viendo como lo hacían las otras mujeres, aunque al final cada una lo hace a su manera, lo mejor que puede.

### **MARÍA HARRIERO GONZÁLEZ. SAN TELMO**

María Harriero González nació en El Cerro de Andévalo el día 11 de octubre de 1896, pero toda su vida la pasó en el pueblo minero de San Telmo. Estaba casada y tuvo cinco hijos, perdió dos pequeños y uno con 20 años.

Las personas del pueblo que la recuerdan y hablan de ella, dicen que «María era una mujer muy graciosa por naturaleza, su forma de hablar era su propia identidad». Era analfabeta. Le ponía nombre a algunas cosas, según le sugerían dichas cosas. María tenía su propio diccionario, tal es así que en el pueblo se dice esto o aquello «como decía Mariaercura» (María la del Cura,) que es como se la conoce.

Su saludo era: «¡eh, por aquí voy!». Y hoy todos/as dicen: «¡eh, por aquí voy!», como decía «Mariaercura». Si la visitaba el médico le decía «¡mire usted, yo estoy muy mala y me duelen los solomillos!» refiriéndose a que cuando le daba fiebre le dolía la espalda. Un dicho de ella era, cuando le había pasado algo bueno «hoy se me ha escancho la oveja». Si el novio deja a la novia por otra mujer se dice: «zapato que yo deseche y lo tire al muladar, que tú vengas y te los pongas, a mí lo mismo me da».

Otros dichos que aún se escuchan:

«y para divertir penita estamos cantando, sabrá Dios si en nuestra tierra estarán llorando», y «cosiendo una bragueta dijo una dama: de lo que aquí se encierra tengo yo ganas»...

Sus nietas refieren que hablaban con ella de sexo como si tuviera María su misma edad, hablaban con ella con más confianza que con su madre y les daba siempre este consejo: «mira al número uno quieto, eso no se toca hasta que no se casa una, porque si ese va otro vendrá...» De esta forma tan graciosa pasaban hablando con ella muy buenos ratos, las tardes de invierno tomando un cafelito al lado de la candela.



▲ María Harriero González. Foto de 1975.

Sus nietas cuentan que en una ocasión, la mandó su madre, siendo María muy joven, a dar un pésame, con sus hermanas, a una mujer que se le había muerto el marido, y le dijeron: «María, no vayas a meter la pata; se le da un beso y se le dice acompaño tu sentimiento». Y fue todo el camino repitiéndolo para no olvidarse. Cuando llegó ya no se acordaba, pero no se cortó un pelo, le dio un beso a la viuda y le dijo: «¡que se le alegre el alma al tío Bartolo!». La viuda que la conocía muy bien no tuvo más remedio que reírse con ella y a partir de entonces se quedó el pésame de «Maríaercura».

Se la nombraba con este apodo por su marido, al que le decían lo mismo. Ella lo nombraba como «Pedro el mío».

Cuando se quedaba embarazada le preguntaban «María, ¿de cuánto tiempo estás?» ella contestaba «eso que te lo diga Pedro el mío». Cuando comía algo que le gustaba mucho exclamaba, «¡esto es la sangre de nuestro Señor Jesucristo!».

Aproximadamente por 1921 estaba sirviendo en Minas de la Joya en casa del señor Don Félix Vázquez. Un día éste le dice: «María, tráeme las espuelas (para montar a caballo)», y ella, tan dispuesta como era, al no saber qué eran las espuelas, le trajo unas parihuelas, que se utilizaban antiguamente en las canteras, para cargar las piedras.

A la cocina de gas butano le decía «el garután», «el garután no lo enciendo yo que va a explotar»; nos cuentan que siempre cocinó con leña. Cuando veía a una mujer embarazada decía «esa lleva el delantal de moda» y el «¡te engañé!».

Visitaba a todas las personas moribundas y a la vuelta venía diciendo «¡hija, ese muere!», o bien «no, no, ese todavía no muere». Amortajaba a todas las personas que morían.

En San Telmo la definen con una palabra: encantadora. Reinó siempre en ella buen sentido del humor, a pesar de sus penas. En sus nietos dejó huella. Con ese buen humor y ese vocabulario tan característico siempre estará presente en la gente de San Telmo. Conoció siete biznietos y biznietas. Siendo muy mayor se la llevó su hija a Sevilla y murió el 10 de enero de 1989 a los 93 años y una hora antes de morir le dijo a su hija: «¡dame un tentempié, hija, que estoy desmayá!».

## DE CÓMO LAS MUJERES DE EL CAMPILLO, RECUPERARON LA CULTURA Y LAS TRADICIONES POPULARES

Maravilla Palacios, la mujer entrevistada, no nos cuenta la vida de una mujer, nos cuenta cómo las mujeres de El Campillo han mantenido vivo el pueblo, su cultura y sus tradiciones.

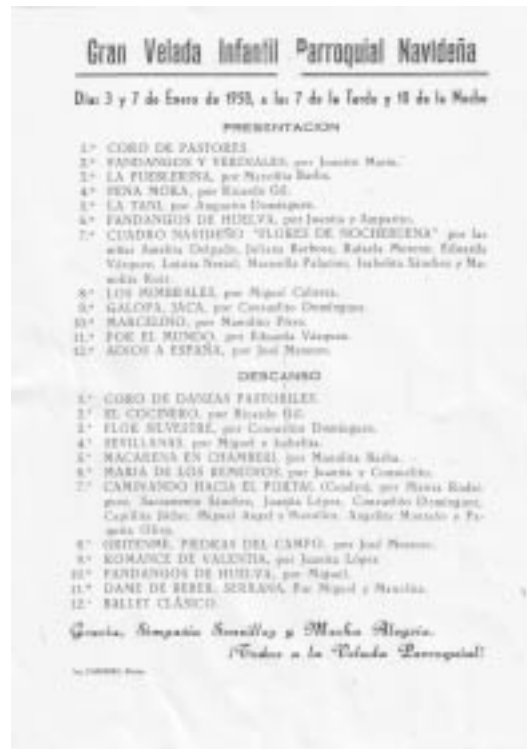
En el año 1957 se empezó a construir una iglesia nueva para el pueblo ya que la que tenían, que es la que tienen aún, se les quedaba pequeña. Por aquel tiempo el pueblo contaba con más de seis mil habitantes. Como el dinero era siempre el problema, las mujeres de El Campillo empezaron a pensar en la forma de obtenerlo, y de esta manera idearon y participaron, desde niñas, en rifas, veladas y en el portal de Belén viviente para sacar dinero.

En 1999 un grupo de mujeres fundó la Hermandad de Nuestra Señora de la Granada, que procesiona por las calles del pueblo, siendo Maravilla la presidenta.

Después de la Hermandad, se atrevieron con la Semana Santa, que se había dejado de celebrar por dejadez de las personas responsables. Con la romería de la Santa Cruz, otro tanto de lo mismo. En pocas palabras, gracias a las mujeres de El Campillo, se han recuperado toda la cultura y las tradiciones populares que se fueron perdiendo paulatinamente.



▲ Instantánea de la Velada de 1958, donde Maravilla Palacios actuaba con 10 años.



▲ Cartel de la Velada de 1958.



▲ Belén viviente ideado por las mujeres de El Campillo.

## MUJERES Y EL FANDANGO DE ALOSNO.

Destacar en Alosno a LEONOR MARÍA DÍAZ MORÓN quien aún nos deleita en el campo del fandango, (nacida en Alosno el 30 octubre 1952), hija del famoso guitarrero ya fallecido Juan Díaz. Igualmente, el Coro Alosnero, creado por mujeres en 1980 y compuesto por: Lucía Osorno, Paca Tiralé, Manuela Carbajo, Concha Perolino, Manoli Marín, Dolores Santos, M<sup>a</sup> del Carmen Vidal y Rosa Cerrejón, han llevado nuestro folklore por toda la geografía española y por el extranjero, y han sido fuente donde otros han bebido para su buen saber y aprender tanto del cante y baile, como también del toque de la guitarra alosnera.

De las anteriores, LUCÍA OSORNO, mujer con estudios básicos, sorprende por su sabiduría, su don de palabras y sus conocimientos referentes a las tradiciones, costumbres y gentes del pueblo de Alonso, «no tiene quien la iguale a la hora de hacer una presentación de algún acto o acontecimiento público,» ha sido pregonera de la fiesta de San Juan Bautista y de Semana Santa y actualmente es la encargada de hacer la introducción, de cada estilo de fandango en las actuaciones del coro Alosnero.

Por último, contamos en nuestros tiempos, en Alosno, con un grupo de mujeres que destacan por el esfuerzo y dedicación puestos en que nuestra tradición de la Romería de la Rama no se pierda, ya que tiene la peculiaridad de ser la única romería de España que se celebra en invierno. De entre estas mujeres nombrar (como no), a Lucía Osorno, Teresa Borrero, Ana Borrero, Andrea Gómez, Nico Ponce, Francisca Moreno e Inés Santana. Destacan por «sacar» las coplas típicas de la romería, montar el teatrillo para deleitar a todas las personas asistentes, organizar y poner al fuego la chocolatera del café, de ahí el canto:

**«En la minilla del Corcho**

**pusimos la cafetera**

**24 tazas hizo**

**3 veces se puso llena»...**

## EDUCACIÓN

La vinculación que las mujeres de nuestras comarcas han tenido con la educación la vemos reflejada en las vidas de estas mujeres. Mujeres que supieron y quisieron unir a su magisterio el amor por su profesión y por todas aquellas personas a las que enseñaron. Es por esta razón por lo que son tan recordadas y queridas, estas maestras, que tanto interés pusieron en intentar que las niñas y niños de nuestros pueblos y aldeas tuviesen una oportunidad de mejorar en la vida, de llevar una vida diferente, de ser algo más que mano de obra. Mujeres que supieron inculcar el amor a los libros y el interés por la educación en unas niñas y niños que a pesar de abandonar los estudios muy jóvenes para trabajar, mantuvieron intacto su deseo de aprender y saber.

### **ENCARNACION CABRERA MADRID. PAYMOGO**

De Doña Encarna, el grupo de investigadoras de Paymogo, nos trae el acta de sesión ordinaria del Pleno de la Corporación Municipal celebrado el 27 de diciembre de 1997 con motivo de – Designación de la biblioteca municipal con el nombre de Doña Encarnación Cabrera Madrid-, donde a su parecer se recoge el sentir del pueblo, en las palabras de José María Infante Macías, alcalde de la localidad. «La Biblioteca como centro cultural está estrechamente vinculada con la educación de todos/as y cada uno/a de los/as paymogueros y paymogueras, como vinculada estuvo en su día la persona cuyo nombre deseamos darle al edificio.

Dña. Encarnación Cabrera Madrid, Doña Encarna, rondeña de nacimiento y paymoguera de adopción, poseía esas notas de honestidad, de entrega y de fidelidad, con la que se honra la mejor tradición de un pueblo.

Doña Encarna, ejerció su actividad docente en la Escuela Nacional de Niñas de nuestra localidad; hasta su muerte en 1.955, desarrolló el magisterio cargado de ternura y abnegación a la enseñanza de muchas generaciones de mujeres paymogueras.

La inquietud docente y social, del hoy recuperado título de Maestra, en una mujer de principio de siglo, no fue un revulsivo pero sí una oportunidad de promoción en la endémica sociedad, estructuralmente marginada, del Paymogo que vivía una de las etapas más difíciles de nuestra historia.

Es manifiesto, por tanto, que en Doña Encarnación Cabrera Madrid concurren méritos suficientes para hacerse acreedora a la referida distinción.

En su virtud, se propone al Pleno la adopción del siguiente ACUERDO:

Primero.- Designar la Biblioteca Municipal de Paymogo con el nombre de Doña ENCARNACIÓN CABRERA MADRID».

## AURORA WERT RAMÍREZ. SAN TELMO

Llega al pueblo minero de San Telmo procedente de Riotinto sobre 1948. Nos cuentan las que fueron sus alumnas que «cuando llegó a San Telmo tenía 18 años y fue maestra nuestra durante 12 años». Reseñan que esta mujer no era una maestra con estudios universitarios ya que sólo había cursado estudios básicos. Pese a esto destacaba por su inteligencia y por su sentido de responsabilidad. «Estaba considerada por los mandatarios de la mina en esos momentos como una gran maestra, y la verdad lo era».

«Ella nos dio clase a varias generaciones, la nuestra fue la última. Todas aprendimos con ella tantas cosas que nadie, en ningún momento, llegó a pensar que tan amplios conocimientos proviniesen de su autoformación», dicen sus antiguas alumnas. Su padre la apoyaba en todo lo que ella se propusiese, él trabajaba en el laboratorio de la mina y su madre, ama de casa.

Siempre mantuvo ocupadas a sus alumnas, preparando alguna actividad o evento, «montaba unas obras de teatro magníficas».

Aurora Wert era una auténtica dinamizadora y ella organizaba absolutamente todo. Hacía participar tanto a niñas pequeñas como a mayores, preparándoles a todas el vestuario, diseñando y confeccionando los decorados..., «con un gusto exquisito, pues era una perfeccionista».



▲ Aurora Wert, rodeada de sus alumnas durante el curso 1956 - 1957.



Sus alumnas recuerdan una de tantas canciones que aprendieron con ella:

**«Tengo señores mi muñequita  
es un encanto y es un primor  
le di por nombre blanca lilita  
¡o si la vierais tan chiquitita!  
De entre las flores primera flor  
sus dientecitos son dos altares  
que miel destilan de blanca flor».**

Además de su labor como maestra, también asumió funciones de catequista. Sus alumnas expresan: «nos hacía muy felices montando el belén por Navidad, todas juntas cantando en el coro de la iglesia...». Igualmente les enseñó toda clase de labores, desde hacer una vainica<sup>6</sup> hasta bordar una sábana. «Era una persona carismática y pensamos que saber tantas cosas como ella sabía, siendo tan joven, tiene mucho mérito. Aunque no fuera reconocida su labor como ella se merecía, es para nosotras una mujer digna de mencionar para que no quede en olvido su sabiduría, dedicación y entrega a nosotras y, en definitiva, al pueblo de San Telmo, durante los años que estuvo aquí».

Conoció al que sería su marido y, posteriormente, se casó y se marchó de San Telmo. Comentan sus antiguas alumnas que hace pocos años tuvieron noticias de ella.

Dice Juana Díaz Domínguez: «Para nosotras siempre ha sido nuestra maestra Aurorita, no la hemos olvidado porque nos enseñó algo muy importante, valores fundamentales para la vida. Para ella, nuestro reconocimiento y cariño, fue una mujer ejemplar que dejó huella».

---

*6. Bordado que se hace especialmente en el borde de los dobladillos, sacando algunas hebras del tejido.*

## **FANTINA ROMERO GORDILLO. PUEBLA DE GUZMÁN**

Nació el 8 de noviembre de 1895. Estudió y finalizó la carrera de magisterio muy joven.

Fantina comenzó a ejercer su carrera de maestra en el municipio de Puebla de Guzmán. Nos cuenta Isabel González, una de sus alumnas, que para poder ejercer de maestra, al tomar posesión de la plaza, tuvieron que darle un permiso especial, debido a que en aquella época las mujeres no eran mayores de edad hasta los 22 años. De esta manera fue como empezó a enseñar.

Fantina conoció a un joven de la localidad y se casaron, de cuyo matrimonio nacieron dos descendientes. Isabel cuenta: «toda su vida la dedicó a la enseñanza y si aquí en Puebla, fue donde empezó su carrera, aquí la terminó dando clases en su casa».

Ejerció su docencia a lo largo de tres generaciones. Para sus alumnas fue una excelente maestra. No obstante, refieren éstas, que a pesar de que se la recuerda con cariño por su labor y su dedicación, no fue públicamente reconocida, como muchas otras mujeres de la época que hicieron grandes aportaciones a nuestros pueblos.

Dicen sus alumnas que Fantina recordaba una anécdota con mucho cariño: «El primer regalo que le hicieron fue un queso que le gustaba muchísimo y ella, al verse con un queso entero, no sabía qué podía hacer, pues le pareció algo muy grande para ella.

Doña Fantina murió el 20 de Julio de 1986 casi a los 90 años y nos dejó una vida entregada a la docencia. Vaya nuestro recuerdo y admiración a tan digna maestra».

## **DOÑA PEPA, DOÑA CARMEN Y DOÑA DINA. EL CERRO DE ANDÉVALO**

Estas mujeres de El Cerro de Andévalo, tienen en común el amor a la cultura y la educación, a niños y niñas, la entrega a los demás y, en definitiva, el amor por su pueblo.

Mujeres que no sólo enseñaban a leer y escribir a niños y niñas del pueblo sino que se entregaban, transmitiendo sus conocimientos y valores. Como dicen muchas mujeres de ellas: «les enseñaron no sólo a leer y escribir sino también y especialmente a apreciar el gusto por la lectura y el amor por el arte y la literatura».

Estas mujeres se desplazaban a otras aldeas para impartir clases y en muchas ocasiones tuvieron que soportar las risas y los insultos de algunas personas por ser cultas y por ser diferentes. Mujeres que, a pesar de la época en que vivieron fueron independientes. Mujeres que eran consideradas «raras» porque sabían leer, eran cultas y porque fueron capaces de vivir sin un hombre al lado «que las protegiera». Recuerdan las mujeres del pueblo: «El caso de Doña Pepa, que se desplazaba a la Mina de la Joya», o «Doña Carmen que dio clases allá por los años 20» o también «Doña Dina, una de las mujeres más conocidas, nombradas y recordadas en nuestro pueblo».

## RELIGIOSIDAD

Las mujeres aquí mencionadas dedicaron gran parte de su tiempo y esfuerzo a difundir un mensaje religioso en el seno de una sociedad con tanta fe como necesidades.

Podría pensarse que la presencia de pocos relatos no justifica la existencia de este apartado. Nuestra intención al incluirlo en la estructura del libro no ha respondido tanto a la idea de rescatar vivencias femeninas, que también, como al interés de mostrar todas las actitudes femeninas que han posibilitado el mantenimiento de la religión, incluso, más allá de ideales políticos o momentos históricos como la Guerra Civil. Es decir, las mujeres han sabido mantener intacta su religiosidad al margen de las turbulencias políticas, vaivenes económicos y los avatares de la Guerra, que no lograron manipularla.

Desde una perspectiva antropológica y psicológica, las propias características o «maneras de ser y hacer femeninas», de humanidad, solidaridad, capacidad de sacrificio, cuidado de personas mayores, atención a personas enfermas y niños/as, el apoyo en los momentos difíciles, el altruismo, la comprensión... en definitiva, la capacidad de AMAR, han sido valores propios de las mujeres. Valores que han servido de pilares donde la religión ha anidado y desde donde se han transmitido las principales ideas y ritos en los que se basa la religión cristiana.

Desde esta perspectiva, las mujeres han estado, pese a los tiempos y a través de los tiempos, vinculadas a la religión porque ha sido el contexto donde sus maneras femeninas han tenido sentido, han sido reconocidas y donde estas formas valerosas han sido utilizadas.

### **ADORACION RIVERO NOGALDO, «DOÑA DORITA». LOS MONTES DE SAN BENITO**

Nació en Huelva en 1930, vivió muchos años en Galaroza, en la Sierra de Huelva. Por lo que cuentan aquellas personas que la conocieron, era una mujer que podría considerarse más del siglo XXI que del pasado siglo XX. «En una época en la que los hombres mangoneaban y no se contaba nunca con las opiniones de las mujeres, parece que a ella este hecho no le influyera, incluso para venir a un sitio extraño, no familiar para ella y sin conocer a nadie en la pedanía de Montes de San Benito», refiere Cinti Gento.

Llegó a los Montes para ser la maestra del pueblo y se convirtió en una gran líder. Al ser una aldea tan pequeña no encontró dónde hospedarse, por tanto se quedó en casa del pedáneo, Francisco Rodríguez (Chirrina).

La aldea de los Montes de San Benito era y es de gente trabajadora, la mayoría trabajaban en la agricultura y en la ganadería. Por tanto, Doña Dorita se encontró una aldea con muchas necesidades y sin comodidades.

No había agua corriente, ni luz, solo los focos de carburo y los candiles. Las calles eran de piedra y el medio de transporte eran los caballos y los burros, no había carreteras, solo caminos de tierra.



▲ Adoración Rivero de paseo por Los Montes de San Benito.

Comentan Cristina Alonso y Águeda Valladares que esta mujer se adaptó bien a esta forma de vivir. Descendía de una familia humilde, su padre venía de la Sierra, concretamente de Galaroza, vendiendo peros en un burro. «Era sencilla, trabajadora, sociable y muy nerviosa. Físicamente era bajita y gordita. Le preocupaba su físico, no quería engordar. No obstante, una de sus comidas favoritas eran las patatas fritas muy tostadas. Cuando estaba entre un grupo de gente, era el centro de atención porque siempre estaba riendo y contando chistes».

Estuvo en Los Montes tres años impartiendo clases, fue una maestra muy querida y respetada. Observó que la aldea necesitaba muchas cosas y se puso manos a la obra.

Todos los viernes de cuaresma y algunos domingos se llevaba a sus alumnos y alumnas a un pueblo vecino, a Cabezas Rubias, a escuchar misa. Iban todo el camino andando y cantando. Era una mujer muy religiosa y al ver que no había imágenes en la Iglesia porque fueron todas quemadas en la época de la guerra, se le fueron ocurriendo algunas cosas. De este modo, le fueron surgiendo ideas con los/as niños/as de la escuela. Una de ellas fue organizar un teatro para recaudar dinero y de esta forma

comprar una imagen que, hoy en día, sigue siendo muy especial, la del Sagrado Corazón de Jesús, del cual, todo el pueblo es muy devoto. Colaboraron 50 niños y niñas y todo el montaje lo realizó con la ayuda del alumnado: escenarios, vestuario... incluso los zapatos. Ensayaron durante tres meses con la ayuda de un foco y al final «un petromax»<sup>7</sup>.

Se representó la obra de teatro y tuvo mucho éxito, pero como aún faltaba dinero, ella y su vecina Cruz Rodríguez, recorrieron, con la ayuda de un burro, los campos para pedir más donativos.

Salían por el pueblo pidiendo el aguinaldo mientras cantaban una canción típica:

**«Por la ventanilla veo relumbrar,  
la peligrosilla que nos vas a dar»**

7. El Petromax era una antigua lámpara que funcionaba con gas, queroseno...

Hasta que no le daban la «peligrosilla» no dejaban de cantar. Pidió que le enviaran desde Barcelona algunas fotografías con diferentes imágenes del Corazón de Jesús para que la gente eligiera la imagen que más les gustara. Todo esto de su propio dinero. Compró la imagen, que costó treinta mil pesetas, y la trajo en una «dama» (autobús) al cortijo de campo «Puerto Rayo» de Paca Serrano, o «Paca la polla» como era más conocida entre la vecindad. Además compuso el himno del Sagrado Corazón de Jesús.

Durante ese tiempo, ella y sus alumnos y alumnas no dejaron de trabajar en un sinfín de actividades: adornando el pueblo, haciendo cadenetas, ensayando cantos. Un grupo de hombres ensayaron unas danzas con el tamborilero Bartolomé Márquez (tachuelita). «Los Lanzaores» eran: Domingo Guzmán, Juan Serrano, Bartolomé Gento, Pepe Romero, Román Markez, Alfonso Delgado y Pepe Romero. Les enseñó las danzas y los pasos Matias Gento Guzmán.

Para este gran acontecimiento, Doña Dorita mandó hacer unas tarjetas con la fecha del día de la entronización del Sagrado Corazón en el año 1955.



▲ Anverso Tarjeta Recuerdo para el día de la entronización.

**«Corazón Santo tu reinarás,  
tu nuestro encanto siempre serás,  
Corazón Santo fuente de amor,  
consuela el llanto del pecador.**

**Por fin llegaste corazón querido  
a nuestra aldea a presidir,  
y siendo padre y director,  
tus hijos fieles hasta morir.**

**Corazón de mi alma Corazón celestial.**

**Todos te amamos hasta la muerte.**

**Míranos siempre desde tu altar».**

▲ Himno compuesto por Adoración Rivero.



▲ Reverso Tarjeta Recuerdo para el día de la entronación.

Cuando llegó el día señalado, todo lo que estaba preparado se puso en marcha y cuentan que fue uno de los días más bonitos para el pueblo, cuando entró el tan esperado Sagrado Corazón de Jesús. Asistió mucha gente de los alrededores, de Cabezas Rubias, Villanueva de las Cruces, El Cerro de Andévalo, fueron acompañados por el cura Don Vicente de Cabezas Rubias.

Del Cortijo de «Puerto Rayo» a los Montes de San Benito lo trajeron a hombros en unas andas, hecha en el Cerro de Andévalo. Las personas mayores cuentan que fue un día inolvidable y lleno de emociones.

Doña Dorita, propuso hacer una hermandad del Sagrado Corazón. Todas las personas que «se apuntaban» tenían que pagar una cuota de 5 pesetas. También mandó hacer al convento de El Cerro de Andévalo, un broche que llamó «detente» además de las bandas del Sagrado Corazón. Hizo tres tipos de detentes para diferenciar entre las personas pertenecientes a la junta de gobierno y los/as hermanos/as.

Era una mujer muy activa. En la época en que se celebraban las primeras comuniones preparaba la fiesta de los/as niños/as donde tomaban chocolate y pasteles. Al llegar el mes de mayo se ocupaba de adornar la Iglesia con ramos y centros de flores y era acompañada por el resto de las mujeres para rezar el rosario. Cuando visitaba a su familia tenía que salir un día antes, montaba en burro hasta el cortijo «Puerto Rayo» donde esperaba hasta el día siguiente para coger «la dama» que era como se conocía y aún se conoce popularmente al autobús de recorría la línea.

Siempre que realizaba este viaje se llevaba bellotas de Malagonzillo para deleitar a su familia a la llegada; éstas eran una verdadera golosina. A la vuelta venía cargada de regalos para niños y niñas, les traía caramelos y, en tiempo de navidad, mantecados.







# CAPÍTULO 2: GUERRA - POSTGUERRA Y SUPERVIVENCIA.



## GUERRA - POSTGUERRA

Si hubo un periodo histórico difícil para las mujeres fue éste que tratamos en primer lugar en el presente capítulo. A las ya duras condiciones de vida de las mujeres del Andévalo Onubense (Cuenca y Andévalo Minero) se le unen los estragos de la guerra y sus efectos. Viudas, huérfanas, destrozadas por la pérdida de hijos e hijas..., «... estamos obligados a recuperar la memoria de las mujeres, y recordar, ponerles nombre, señalar, tenerlas presente, porque su sufrimiento y su lucha hicieron historia. Estas mujeres anónimas lucharon en el campo de batalla de la supervivencia de sus familias. Mujeres que fueron perseguidas, represaliadas por el «delito» de ser hijas de, esposas de, madres de antifascistas, a las que se confiscaron bienes por ese mismo hecho y tuvieron que sobrevivir de manera que ellas sólo saben cómo, para que sobrevivieran sus múltiples hijos. Mujeres que crearon espacios para garantizar el cuidado de niños, que se convirtieron en enfermeras para heridos, que alimentaron con su comida a colectivos, que cuidaron a debilitados... Mujeres que silenciosamente han resistido a la miseria. Mujeres que se convirtieron en la defensa de una ciudad sin hombres.

Pretendemos que la memoria sea un testimonio creativo, en el sentido de que creativa y constructiva fue la presencia de la mujer en la guerra y posguerra. Estas mujeres nos demuestran a las mujeres y hombres de hoy en día la capacidad de resistencia... la capacidad de transformar el dolor en fuerza creativa y amorosa por las personas y lo humano.

Las mujeres que combatieron por lo humano no deben quedar en la sombra. Las mujeres siempre han estado vinculadas a «los oprimidos» pero también a la libertad.

Tenemos, por tanto, una deuda histórica con aquellas mujeres. Debemos hablar, manifestar, para facilitar la reparación, y rendir homenaje a quienes dieron sus vidas por... una España, una Europa distinta y libre.

Desde aquí queremos rendir reconocimiento a las mujeres, fuertes, valientes, que dieron lo mejor de ellas mismas para que otros y otras vivieran, que transformaron el odio y el dolor en amor, que hoy día como descendencia disfrutamos.

Decir a nuestros hijos e hijas, al mundo y decirlas a ellas que hoy estamos recogiendo los frutos de lo que nos legaron y que continuamos, en el relevo, su lucha por la conquista de libertades.»<sup>1</sup>

---

1. Ojeda Montes, Blanca: *La Historia Invisible*. En revista *Memoria Viva* 1936 -1939. 2005

## GREGORIA GALÁN LLANES. «GORITA». CALAÑAS

Marina Sánchez Rivera nos cuenta la historia de Gregoria Galán a través de este relato<sup>2</sup> corto:

«En la soledad de mis tardes invernales, mirando fijamente la preciosa llama que produce una buena candela con leña de encina, recordando una vez más los hechos de dolor, desesperación, soledad y sacrificio, historias vividas en mi querido pueblo, Calañas, en la Guerra Civil. Como siempre viene a mí la misma pregunta, ¿Señor, por qué no me diste sabiduría literaria? ¿Por qué las niñas que vivimos esa Guerra Civil no pudimos hacer carrera universitaria por ser pobres?

¡Cuántas cosas yo escribiría de tantas mujeres de negro como la que muestra esta fotografía!

¿Por qué las guerras? ¡Dejan tanta desolación, dolor, soledad, sufrimiento y tantos niños/as con el corazón roto al quedarse sin padres! Esto lo experimenté de pequeña al morir mi padre, que era para mí el gran amor de mi vida, ya no podría sentarme en sus piernas, ni tendría nunca sus caricias, no vería más su cara sonriente cuando algo le hacía gracia, su seriedad cuando algo que hacía no le gustaba... Todo eso fue arrancado de mi vida con la palabra papá, por eso comprendo que los huérfanos de la guerra más pequeñito y mayores que yo en edad, sentirían esa terrible soledad, esa tristeza, ese drama en sus corazones que deja esa cicatriz que no se olvida jamás.



▲ Gregoria Galán.

¡Recuerdo tantas viudas de la guerra, de Calañas!, no obstante, voy a referirme especialmente a nuestra querida paisana Gregoria Galán Llanes, «GORITA». Y cuento: el día 5 de abril de 1902, en la parroquia de Sta María de Gracia, se celebra el matrimonio de Juan Galán Merino y Lucía Llanes Conde. De este matrimonio nacen cuatro niñas, Ana, M<sup>a</sup> Flores, Gregoria y Bartolina.

Gregoria, «Gorita», nació el día 2-4-1905 y en 1932, con 27 años de edad contrae matrimonio con Rodrigo Romero Pintor, y de este matrimonio nacen sus tres hijos Juana, Juan y Rodrigo.

En 1937, el marido de Gorita fue fusilado y ésta, con 32 años se queda viuda con tres hijos. Tiene que hacer frente a la situación y comienza a hacer trabajos de cosaría o recadera de Calañas a Huelva. Huevos frescos del campo y chacina casera y todo lo que le era encargado y traía al regreso todos sus recados. Esta sencilla mujer sabía el número de zapatos que calzaba la mayoría de los habitantes de Calañas, sabía cómo serían los trajes de la mujer sabiendo el color de los botones encargados, forrados o sin forrar. Todos aquellos trámites burocráticos de organismos oficiales eran bien conocidos por ella.

Muchas noches llegaba a casa sumamente cansada de andar y de aquel tren lento y sucio que caminaba con carbón y los pasajeros llegaban negros llenos de carbonilla, pero a pesar de todo, ella sabía que al día siguiente le esperaba lo mismo.

Nadie sabía los sufrimientos, el cansancio y los malos ratos. Su hija mayor, Juana, era la encargada de buscar los huevos por las casas para que su madre pudiese cumplir con sus encargos. Desde muy pequeña, Juana era una gran amante de la lectura y en más de una ocasión se le vio leyendo las novelas rosas, cuya lectura alternaba con sus recados.

Gorita hacía muchos recados a las farmacias del pueblo y en compensación a su honradez y seriedad, todavía muy pequeñitos sus hijos Juan y Rodrigo empezaron, cada uno en una farmacia, a trabajar, haciendo lo que por su corta edad podían hacer. Los farmacéuticos fueron enseñándoles cada día unas cosas y ellos, formales, serios y cumplidores hasta el último día de sus vidas trabajaron durante tantos años en las farmacias. Ahora, aquellos puestos que dejaron sus padres lo están ocupando sus hijos Rodrigo y Úrsula, y que dejaron, sin lugar a dudas, el gran recuerdo de seriedad y delicadeza que dejaron sus padres.

También ayudaron a Gorita a criar sus hijos, sus hermanas. Y la que fue la roca fuerte, la mujer constante, el dolor en silencio, Lucía, su madre, que estuvo al lado de su hija y nietos hasta el fin de sus días, que si bien era una familia humilde de escasos recursos económicos pero en cariño era una de las familias más afortunadas.

Después de la Guerra Civil, a las viudas de los militares que tenían hijos concedían una expendedoría, es decir, licencia para poner un estanco, y fue cuando en Calañas se concedió a la viuda de D. Francisco Díaz, cabo de la Guardia Civil, fusilado en Higuera de la Sierra (Huelva) a su viuda María del Pilar Barranquero Pérez, natural de Corteconcepción (Huelva), casada, a los 19 años y viuda a los 25 años y un hijo. Pilar era alegre, generosa y muy caritativa, pero jamás quería que sus buenas obras se supiesen; por razón de ser una, estancuera, y la otra, cosaria, Pilar confió a Gorita todos cuantos recados tenía que hacer en Huelva. Se hicieron grandes amigas, leales, sinceras y creo que jamás tocaron la monstruosidad de la Guerra Civil. Gorita era prudente y prefería el silencio en tan delicado tema. Vivieron una larga y tremenda dictadura y pudieron llegar a disfrutar de la transición democrática, en todo tiempo fueron mujeres que conocieron la lealtad y la sinceridad de una gran amistad.

Pilar volvió a casarse con Cirilo García Hernández, de cuyo matrimonio nació su hija M<sup>a</sup> del Pilar, pero ahí y en todos los acontecimientos y confidencias estuvo siempre Gorita, la fiel consejera.

En uno de los viajes diarios de Gorita a Huelva, como disponía de poco dinero y por aquellos años las mujeres no entraban en los bares, era de su costumbre irse a comer el bocadillo al parque. A un fotógrafo que por allí pasaba, le llamó tanto la atención el detalle de Gorita, compartiendo el bocadillo de pie con sus amigas

Juana Cerero y María Riaza, que sacó la fotografía que se adjunta, para mostrar a las mujeres de negro viudas de la Guerra Civil Española.

El 26-12-1975, por la Junta Provincial de Asistencia Social, cuando tenía 70 años se le concede auxilio por ancianidad, la triste limosna que concedían a todas las viudas de la guerra. Dos de sus nietas Ana del Carmen y María Belén, son mujeres políticas. Belén tiene una niña que lleva el nombre de Lucía por aquella bisabuela que tantísimo quiso a su abuela Gorita.

Un 7 de marzo de 1998, con 93 años, Gorita falleció y fue enterrada el día 8 de Marzo, Día Internacional de la Mujer. Ante aquel féretro me hubiese gustado decir públicamente lo que siempre pensé y admiré de ella:

Adiós Gorita, ni he visto ni veré dos personas más democratas como Pilar y tú. Eras sencilla, fuiste solidaria con lo poco de que disponías, valoraste la amistad hasta la muerte, tu soledad y tu sufrimiento no mermaron tu energía, tu vitalidad, tu lucha por el trabajo, tus ganas de salir adelante y hacer de tus hijos unas personas serias y cumplidoras de sus deberes. Lo has conseguido, Gorita. Yo, por mi parte, también tengo el agradecimiento de que siendo muy jovencita recibí tus palabras de consuelo que grabé en mi corazón. Por eso y por tus valores, nunca aparté de mi mente poderte hacer este pequeño, pero sincero reconocimiento».



▲ Gregoria Galán con Juana Cerero y María Riaza.

## SUPERVIVENCIA

En este apartado del capítulo se cuenta las vidas de mujeres que se negaron a rendirse frente a la adversidad, la injusticia y el rechazo, propios de una sociedad machista y de la férrea moral de principios de siglo. Estas sobrecogedoras historias han sido rescatadas para que podamos alcanzar a comprender hasta qué punto han sufrido algunas mujeres, por el hecho de ser mujeres, lapidadas con insultos y escarnios a lo largo de toda su vida, llevando sobre sus espaldas los pecados de una sociedad que exculpaba a los «fuertes».

En éste, como en otros apartados, podríamos incluir a casi todas las mujeres de las que hemos dado testimonio, pero en particular se menciona a:

### **JOSEFA MORA PEREZ. CABEZAS RUBIAS.**

La historia de esta mujer arranca en Cabezas Rubias durante la Segunda República. Siendo muy joven parte, ilusionada y feliz, desde su pueblo junto a una vecina a «servir» a una casa pudiente de Ayamonte. Al poco tiempo, un hombre potentado que vivía en la casa de enfrente, «le echó el ojo» y la contrató para servir en su casa, mejorando así las condiciones económicas que tenía Josefa y así pasó a servir a casa de este hombre casado, con un hijo y de matrimonio infeliz cuya mujer vivía en otro pueblo.

Al poco tiempo, y posiblemente con promesas de futuro, ella quedó embarazada y tuvo primero un hijo y en los albores de la Guerra Civil, una hija. Su futuro y sus esperanzas se truncaron. Ni siquiera el hecho de ocuparse del hijo legítimo que este hombre tenía, la libró de recibir golpes y palizas de su parte.

La guerra precipitó la desgracia sobre esta mujer ya que a los malos tratos se le unió la penuria económica en la que se vio inmersa la casa, al serle confiscada a este hombre toda la flota de transporte que poseía.

Sola, maltratada, soltera, con dos bocas pequeñas que alimentar, y sin dinero, salió desde Ayamonte a lomos de un burro junto a su pequeño de cuatro añitos y su hija de dos, con destino a Cabezas Rubias, en plena Guerra Civil. Largo y tortuoso el camino fue hasta su pueblo, lleno de zozobra, miedo e incertidumbre.



▲ Josefa Mora Pérez.

Acampando por las noches, escondiéndose de la gente durante el día y huyendo, anduvo Josefa junto a sus descendientes hasta llegar a Cabezas Rubias. Pero si penoso fue el camino, el recibimiento de sus padres, golpeándola con «una tranca»<sup>3</sup> por su atrevimiento, ante sus hijos e hija, no auguró nada bueno.

Su vida transcurrió en soledad y sin el apoyo de nadie, sirviendo en una casa de personas pudientes de Cabezas Rubias, entre la casa que tenían en el pueblo y el cortijo de las afueras, trabajando durante más de treinta años tan sólo por la comida de ella y de sus retoños. Su vida transcurrió en la más absoluta pobreza.

Pero nunca se rindió, fue una mujer que luchó por no separarse de sus hijos e hija, por mantenerlos a su lado, logrando sacarlos hacia adelante con muchísimo sacrificio y sin ayuda. Cada día, después de ponerle el desayuno a la familia donde «servía», corría hacia su casa con el desayuno para sus descendientes, su único tesoro, su única alegría, por los que batalló y aguantó el rechazo y la humillación durante años.

Los que la conocían la recuerdan siempre en su casa, siempre triste, cabizbaja, vestida de morado por una promesa. Nunca se casó, nunca se le conoció pretendiente. Recluida en su casa tras el trabajo, sólo salía para ir a misa o para esconderse del padre de sus hijos que a veces venía para intentar llevárselos.

Ya con sus hijos e hija mayores, la familia donde trabajaba, aparte de la comida le pagaba el importe del seguro agrario, gracias al que le quedó una pequeña «paguita» en su jubilación. Tuvo en los hijos de su hija, sus nietos, renovados motivos para seguir luchando, ya que se hizo cargo de ellos al marcharse su hija a Alemania a trabajar, y cuidó de ellos hasta que fueron mayores.

Al final de su vida, nos cuenta su nieta Antonia Mora Moreno, que vive en Valverde del Camino, «perdió las ganas de vivir, dejó de salir a la calle, dejó de hablar, dejó de comer, decidió que había llegado el momento de dejar de sufrir». Pese a los intentos de cuidar de ella, de llevársela a Palos de la Frontera, todo fue inútil. En tan sólo dos meses y sin estar enferma, se apagó su vida.

Pero ha dejado en su familia un ejemplo de amor sin condiciones, a sus descendientes, a los que dio lo único que tuvo, su vida.

### **MARÍA PAJARES. NERVA**

«María se pone siempre muy contenta cuando alguien va a verla. Después de indicarnos todos sus dolores intentamos encauzar la conversación, algo muy difícil porque ha perdido totalmente la audición», refieren Esperanza Vázquez y Ani Lozano.

«Conversar con ella resulta difícil no sólo por la sordera, sino porque sus recuerdos son lejanos, algo que ocurrió hace 87 años y que ella vivió con tres añitos. María habla continuamente de aquella primera etapa de

---

*3. Una «tranca» es un palo grande.*

su vida; lo relata sin una continuidad temporal, es abrupta en su conversación y va explicándolo según afloran imágenes y sensaciones en su memoria. Su recuerdo son flashes: el momento de su partida, sus hermanos, el tren, una barca, una bestia<sup>4</sup>, una habitación, una cama, un chorizo... Quizás su propio recuerdo sea más lo que vivieron sus hermanos que su propia experiencia. En las familias se hablaba poco, había demasiadas tragedias, demasiados miedos, era raro que en los hogares de aquella España negra se hablase y discutiese de los acontecimientos, probablemente para no hundir más el dedo en las llagas. Hablar dolía mucho.

María, tiene un carácter muy fuerte y cuando recuerda aquel suceso, lo bautiza categóricamente diciendo: «¡Ah sí! Cuando nos expatriaron». Le decimos que ella no salió de la patria, pero insiste diciendo: «sí, sí nos expatriaron a mi hermano, mis dos hermanas mayores y a mi, que tenía tres años ¡figúrate!»

María no puede recordar el hambre y las penurias de sus tres primeros años de vida, ni por supuesto recuerda aquella huelga de 1920 que la arrancó (o la «expatrió») brutalmente de su casa durante más de cuatro meses, pero vive de una manera impactante aquella marcha. Ella pega saltos en su historia y nos comenta que su vuelta no supuso un cambio en su vida, porque la escasez y el sufrimiento la persiguieron hasta sus años mozos en los que decidió romper con todo.

¿Qué estaba pasando en la Cuenca Minera cuando María tenía tres años?

Toda la zona vivía inmersa en un gran malestar social, donde el paro, los salarios de miseria, la desorganización obrera, la gran ofensiva de «la dirección» de la Empresa minera, hacía asfixiante la situación de los pueblos.

Raymond Carr<sup>5</sup> dijo de la huelga de 1920, que fue «la huelga más encarnizada en la historia obrera de España».

Desde finales de 1919, se fueron produciendo múltiples huelgas parciales dentro de la empresa; era como un efecto dominó afectando desde la fundición de Riotinto, hasta capataces y guardas de la Empresa que no se destacaban precisamente por sus posturas reivindicativas, sino más bien era un gremio servil a los intereses de «la Compañía».... Así hasta el 15 de agosto que los operarios de la central eléctrica también paran el trabajo con la consecuente paralización de todos los departamentos y servicios de la mina. Debido a la falta de comunicación de la zona con el resto de la provincia por la paralización de los trenes mineros de la empresa, empieza a escasear los alimentos básicos en la zona.

Los ojos húmedos de María nos transportan a una humilde vivienda en la aldea de Naya<sup>6</sup>, donde vivía con su padre Antonio que había llegado a la zona desde un pueblecito de Cáceres buscando trabajo, con su madre Josefa que había nacido en San Bartolomé de la Torre y con sus siete hermanos/as. Sus padres tuvieron once

4. Mulo, caballo o burro.

5. Rioja, Antonio: «Historia de las luchas sociales en Minas de Riotinto y Nerva (1920-1930)». En la revista «Nervae». Ayuntamiento de Nerva. 1984-85.

6. La aldea de Naya se segrega en 1927 del término de Zalamea la Real a favor de Minas de Riotinto.



descendientes pero por las enfermedades y la falta de medios, en 1920, ya habían muerto tres. María era la penúltima, su hermano pequeño tenía seis meses.

«...Dicen que nos llevaron porque no había ni un pedazo de pan para darnos. Mi madre estaba sequita, apenas tenía leche para amamantar a mi hermano Pepe. Las mujeres lloraban mucho y en las casas reinaba la desesperación...»

Y es cierto que ni pan había. Según consta en documentos, los Ayuntamientos de Riotinto y Nerva tuvieron que hacerse cargo del suministro del pan, produciendo el pan en la panadería que en régimen de economato tenía «la Empresa». Nerva traía el pan de pueblos de fuera de la comarca a lomo de caballos.

A mediados de julio la huelga era general. La población entró en un callejón oscuro y sin salida. Los pueblos más grandes como Riotinto o Nerva, se organizaban y junto con el Comité de Huelga y otras organizaciones, atendían en la medida que podían los casos más urgentes, como familias de viudas, familias numerosas, personas enfermas...; pero María vivía en la aldea de Naya. Probablemente el desamparo en aldeas pequeñas como Naya, La Estación de Enmedio, La Atalaya, La Dehesa, etc, sería mucho mayor ya que todo llegaba con mucho retraso, ayudas, noticias... y esto, aumentaba la frustración de muchas familias.

A María se le entristecen los ojos intentado recordar aquello, ella sólo recuerda sensaciones y se le mezclan distintos momentos, pero sí habla continuamente... «tu imagínate lo que sufrirían mis padres con ocho hijos», «yo sólo recuerdo penas y me entra una cosa aquí» (señalándose con las dos manos el pecho).

La desolación y desesperación de las familias, hizo que el conflicto fuese adquiriendo tal magnitud que obligó a diversas sociedades obreras de Andalucía a dar a conocer la situación fuera de la comarca, porque era urgente tomar medidas extremas. Así, varias organizaciones, como fue la Sociedad Española de Actores, campesinos de otras poblaciones andaluzas e incluso familias de Madrid decidieron sacar a niños y niñas de la zona de conflicto y acogerlos en sus casas como si fueran sus propios hijos. Aquello fue un acto solidario de una magnitud escalofriante. Salieron trenes y trenes cargados de niños y niñas, se habla de unos tres mil. Cuatro de ellos eran María, dos hermanas de 15 y 13 años y un varón de 7.

Sin duda, organizar la partida de tres mil niños/as en aquella atmósfera de desolación y desesperación sólo se pudo lograr con un gran esfuerzo y con un gran espíritu de solidaridad. Aquello aliviaba a las familias que veían a sus descendientes enfermar, pero verlos partir tuvo que suponer un gran dolor tanto para padres y madres como hijos e hijas.

María no puede recordar sus sentimientos cuando la arrancaron de los brazos de sus padres y la metieron en un tren. Con tres añitos, probablemente un pequeño engaño o una pequeña distracción provocada por

sus hermanas le haría contener las lágrimas. Dice que alguien iba encargado de ellos, «lo cierto y verdad es que era un tren que hacía mucho ruido y tardó mucho en llegar a Sevilla». El traqueteo de aquellos trenes de carbón y los tibios brazos de sus hermanas fueron suficientes para que ella se sintiera protegida y durmiese durante la mayor parte del viaje. Probablemente no sentiría la incertidumbre y la pena que sintieron sus dos hermanas y su hermano mayores que fueron «expatriados» con ella.

Ella tampoco sabe explicar por qué se llevaron tan sólo a ellos cuatro y no los otros cuatro que se quedaron. Pero la explicación es sencilla, eran las tres únicas mujeres y el único varón que no era lactante y no tenía la edad suficiente para «apañar»<sup>7</sup> algo para la casa. Se quedaron cuatro varones adolescentes con la intención de ir a otros pueblos, bien del Condado de Huelva, la Sierra o donde fuera a buscar trabajo. Muchos hombres emigraron en esos meses en busca de trabajo, lo que agravó la situación de muchas mujeres que tuvieron que vivir de lo que donaban las organizaciones y el Comité de Huelga. A esto hay que sumarle la orfandad temporal a la que se vieron obligados muchos niños y niñas y la emigración de muchos adolescentes a zonas cercanas para poder subsistir por su cuenta.

María dice que cruzó el río en una barca. Y se pone a cantar «... y me dijo el barquero las niñas bonitas no pagan dinero ... Cuando cruzamos el río fuimos en bestias hasta La Campana...» Cruzaron el río Guadalquivir en Sevilla a la altura de Lora del Río y desde allí fueron en mulos hasta La Campana (pueblo de Sevilla).

Se bajan de los mulos y miran perdidos a un pueblo del que nada saben y a nadie conocen, pero sí conocían que su destino era ese, La Campana... Se agarraron muy fuerte entre sí a la espera de no saben qué, y fue... lo que menos esperaban; cada uno, incluida ella de sólo tres añitos, iban destinados a familias distintas. Recuerda que sus hermanas mayores lloraban, pero también es cierto que «la gente del pueblo» estaba allí, para consolar, dar lo poco que tenían y ofrecerles el cariño que necesitaban en esos momentos tan difíciles.

De la familia que la acogió, María nos dice: «él se llamaba José y era muy alto y ella, más bajita, Carmen. Parece que lo estoy viendo, entrabas y enfrente estaba la habitación con una cama, ahí dormía yo con el matrimonio». Carmen y José no tenían hijos y aceptaron quedarse con la más pequeña, sin duda porque eran buenas personas y solidarios, pero probablemente también les hacía ilusión sentirse padres por un tiempo.

María se pasaba todo el día pensando en ese momento mágico que era cuando venían sus hermanas a verla.

Aquellos tiempos no eran fáciles para casi nadie en Andalucía. Trasladarnos a un pueblo como la Campana, emplazado en el valle del Guadalquivir, en la comarca de la campiña a comienzo de siglo XX, nos traslada a una tierra de mucho esfuerzo, de trabajo de sol a sol y de sometimiento. Es evidente que el paisaje, el olor y las costumbres fuesen muy distintos a las que se vivían en la zona minera de Riotinto. Pero, sin duda, el obrero de

---

7. Recoger o recolectar.

campo se asemejaba mucho al carácter sobrio, sufrido y vigoroso de los mineros. Sometidos por igual a unos señoritos (Ingleses o Españoles) que eran los ilegítimos dueños de unas tierras que no trabajaban con sus manos.

María nos cuenta que una de sus hermanas fue acogida en una casa con más hijos y que por su edad tenía que realizar las faenas propias de la casa, del corral, apañar agua, lavar, coser... y le quedaba poco tiempo para ir a verla. A esa hermana la recuerda de manera especial porque regresó como todos ellos a su pueblo, pero pocos años después, cuando ya se habían trasladado a la Estación de Enmedio, fallecería con 17 años de fiebres amarillas tras 45 días ingresada en el antiguo Hospital Minero de Riotinto.

Este hecho María lo revive diariamente una vez y otra, porque esa hermana era la que le seguía en edad, y María a su corta edad la reemplazó para colaborar con las obligaciones y necesidades que existían en su casa. Cuenta con orgullo cómo iba cada día andando desde la Estación de Enmedio hasta Riotinto cruzando el cementerio con sólo nueve años, para coger el litro de leche que la Empresa le donaba cada día. Esto lo hizo los 45 días que su madre estuvo con su hermana hasta que ésta murió. Dice María: «parece que la estoy viendo, yo me quedaba mirándola desde la puerta y mi hermana me decía con una voz muy débil -pareces tonta con el dedo en la boca... - . Algunas primas y vecinas les daba miedo visitarla por si se contagiaban, ya sabes no había medicinas por entonces, fue el cuarto hijo que se les murió a mis padres». «Aunque mi madre todavía enterró más hijos en vida», recuerda María.

Pese a todo, María recuerda con entusiasmo cómo su hermana mayor se quedó en una familia que tenía una pequeña tienda, una verdadera lotería en aquellos tiempos. Este hecho propició que muchas tardes se reuniesen los hermanos en el corral donde vivía María, para comerse todos juntos unos chorizos que su hermana entre delantales traía. Dice María: «chorizos que no robaba, se los daba la señora para compartir con sus hermanos, aunque yo creo que se los ganaba trabajando como una mula». Pero con los días los chorizos sabían mejor, porque pronto empezaron a comérselos con unos exquisitos panecillos que les traía Raimundo, un chiquillo del pueblo al que conocieron e hicieron amistad, con la gran suerte de que los padres de Raimundo tenían una panadería.

María, como una niña que era, recuerda más lo bueno que lo malo, y lo malo lo evita o lo transforma en un hecho heroico, que siempre es algo bueno. Nos enseña orgullosa como una herida de guerra, la señal que tiene en el brazo, «esto me lo hice cuando vivía en La Campana, jugando y brincando por el corral. Saltamos una «alambrá» y me caí, me acuerdo que fue jugando con una niña que se llamaba Setefilla».

María está cansada y vemos que tenemos que marcharnos. Al irnos, nos mira con esa cara de anciana lista y apretándose con las dos manos el pecho nos dice: «¿sabéis cuál es el mejor recuerdo que tengo de aquellos meses y que hoy me llena de emoción? fue cuando mi padre, acompañado por un tío mío un poco borrachín, se

desplazó andando desde la aldea de Naya a La Campana para vernos «. En 1920 eso suponía casi 200 Km. para la ida y otros tantos para la vuelta, pues ni había carreteras ni nada parecido. «Tardaron días cruzando campos, durmiendo a la intemperie, comiendo de lo poco que mi madre les pudo meter en el hatillo. Pero ellos llegaron y jamás olvidaré cuando abracé a mi padre». «Como jamás olvidaré cómo una vez más me engañaron, me enviaron a casa de la vecina y yo sabía que era porque mi padre se iba sin mí, cuando volví, mi padre se había ido».

Pensar en nosotras cuando éramos pequeñas, en nuestros hijos, nos obligó a la hora de irnos a que sus ojos llenos de lágrimas no estuviesen solos, a nosotras también se nos llenaron los ojos de lágrimas».

### **JUANA GONZÁLEZ MARQUE. MINAS DE HERRERÍAS**

Esta historia, contada por Francisca, Martina y Luisa, es parte de la vida de Juana González Marque, que vive en Minas de Herrerías, de 94 años, viuda y con tres descendientes.

En tiempo de la postguerra, donde no había trabajo ni comida y sí mucha miseria y necesidades, no había más remedio que subsistir como fuera. Para que pudieran comer algo su mujer e hijos, un día, el marido de Juana salió a recoger las pocas bellotas que quedaban esparcidas en un campo, del que ya las habían recogido antes. Por este hecho lo metieron en la cárcel, enviándolo a un campo de concentración, fuera de su pueblo.

Su familia no conocía el lugar donde lo llevaron preso, así que no tuvieron conocimiento de él ni contacto en casi un año. Gracias a algunas personas conocidas de su entorno, pudieron hacer algunas gestiones, a través de las cuales se dieron cuenta de que los «papeles penales» estaban en blanco. De esta forma, tras un penoso período de internamiento donde además contrajo una enfermedad, «lo soltaron». Cuando regresó a casa se encontraba ya muy enfermo y, aproximadamente en una semana, murió.

Juana González Marque quedó viuda, sin paga y con tres hijos de corta edad, ya que una hija, la más pequeña, se le había muerto durante el tiempo en que estuvo su marido preso. Esta niña se puso enferma y Juana la cogió en brazos, para llevarla al médico, andando desde la Mina de las Cabezas hasta Puebla de Guzmán. Antes de llegar a las Herrerías, la niña murió en sus brazos. No obstante, Juana continuó con su hija muerta entre sus brazos, derramando lágrimas durante los siete kilómetros que aún la separaba de Puebla de Guzmán. Sobreponiéndose al sufrimiento que le supuso primero la muerte de su hija y poco después la de su marido, Juana tuvo que luchar para sobrevivir y dar de comer a sus tres hijos, trabajando en la mina Isabel.

Cada día Juana se levantaba de madrugada, cargaba con dos arrobas de carbón en su cabeza, iba caminando una distancia de once kilómetros desde la mina Las Cabezas a la Isabel a través de un carril de la vía del tren. Cuando llegaba, descargaba el carbón y recibía a cambio algo de alimento, un «chusco» de pan. A continuación

esta mujer trabajaba en una casa, donde hacía las faenas propias de ella, lavar a mano, limpiar de rodillas, blanquear... Por este trabajo lo único que recibía era «otra poquita de comida», pan, chorizo..., que ella llevaba a sus hijos.

Regresaba de noche. Así estuvo durante once años, trabajando por la comida, teniendo que dejar a sus hijos solos, para poder sobrevivir.

Con posterioridad se trasladan a vivir a las Herrerías. En este lugar ella comenzó a trabajar en todo lo que podía, recogiendo bellotas, «choches»<sup>8</sup>, arrancando jaras, y toda la faena propia del campo que había antes; ya en este tiempo la ayudaba la hija mayor. Por este trabajo ella recibía un sueldo de entre diez y doce pesetas al mes, y era de sol a sol.

Conforme sus hijos e hijas iban creciendo, ayudaban a su madre, unos trabajando en el campo y otras sirviendo, ya que por esa época otro trabajo no había. Con el tiempo y los/as descendientes ya mayores, ella se fue dedicando más a su casa, hacia red y de esta forma seguía aportando algo de dinero.

Dice Francisca Núñez: «Actualmente Juana sigue viva con 94 años, sigue haciendo red, sin gafas, con mucho sufrimiento pasado, como tantas mujeres que no tienen voz en la historia pero que han levantado su familia y yo diría que parte de nuestro país.»

### **ISABEL MAYA MÁRQUEZ. EL CAMPILLO.**

Bernardina López Maya, hija de Isabel, nos cuenta este relato sobre su madre:

«Ésta es la historia de una mujer campillera de corazón, aunque nació en Aroche y se crió en El Rosal de la Frontera, donde vivió hasta 1951.

En la actualidad no se sabe si cuenta con 91 o 92 años ya que ni ella misma conoce su fecha de nacimiento. Aunque su vida ha estado llena de penas y sin gloria, no le gusta hablar de ello. Nunca se ha quejado ni se queja.

Su vida en El Rosal fue de lo peor que una mujer puede vivir. Se quedó huérfana de madre a los seis años y su padre murió antes de nacer ella, por eso sólo tiene los apellidos de su madre. Fue recogida por los hermanos de su madre, dos mujeres y un hombre. Empezó a trabajar con nueve años llevando la comida a los obreros de una finca de la que era la criada. Allí apartada, vivía, dormía y trabajaba, y a pesar de que estuvo en la casa de una maestra, nunca le enseñaron a leer ni a escribir.

Cuando se casó, siguió trabajando en la finca donde nacieron dos de sus hijos, cuando la despidieron se fue

---

*8. Chocho, altramuz, fruto.*

a vivir con su suegra y tuvo a otros dos. En 1951 se traslada a El Campillo porque su marido entra a trabajar en la mina, y allí Isabel continúa trabajando, hacía cisco y carbón para venderlo y traer algo más de dinero a casa.

En el año 1953 nació otra hija, yo, que soy la que cuenta esta historia. A mi me dejaba con sus tías, para poder seguir trabajando, además de en lo que cuento, trayendo leña, lavando para la gente, blanqueando o echando horas en las casas. Sus hijos mayores con doce o trece años le llevaban el cisco a Riotinto y se iban andando para no gastarse el dinero. A pesar de tener cinco hijos, amamantó a sus cinco sobrinos y a dos niños más de sus vecinas que la llamaban tita Isabel.

Durante las campañas de la castaña se iban andando a Fuenteheridos, pueblo de la sierra de Huelva, una cuadrilla de mujeres con los hijos que pudieran trabajar, dejando a los pequeños con la familia. Los hombres se quedaban en casa para trabajar en la mina.

Esta es la historia de mi madre, pero podría ser la historia de cualquier mujer de la época, sufriendo para vivir y viviendo para trabajar.»







# CAPÍTULO 3: VALOR, RECONOCIMIENTO Y MEMORIA VIVA.



## VALOR Y RECONOCIMIENTO

Las historias que siguen son las de mujeres que afrontaron y algunas afortunadamente aún afrontan, la vida con valentía. Mujeres que supieron resistir y enfrentar adversidades y reveses con la mirada franca y decidida de quien persigue un sueño. Mujeres que fueron reconocidas y respetadas en sus pueblos tanto por hombres como por mujeres, más que por sus cualidades personales y logros profesionales, por su sentido de la independencia, libertad y justicia social. Mujeres amantes de la vida, valientes, mujeres de intereses diversos y destacado compromiso social.

### **JOSEFA PANTALEÓN BERMEJO BERMEJO. BERROCAL**

Nace en 1873, en la Villa de Berrocal en el seno de una familia humilde.

Por aquella época, a Berrocal pertenecían numerosos núcleos de población diseminados y la Villa duplicaba entonces su población actual.

La infancia y la juventud de Josefa transcurren en el mismo pueblo de Berrocal. Refieren Eva García y Elia García que «su vida quedó marcada por una relación amorosa que duró unos años y de la que nacieron, cuando tenía veintidós años, concretamente en 1895, su primera hija Natalia Bermejo Bermejo y después en 1899, cuatro años más tarde, su hijo Juan Bermejo Bermejo».

Josefa dio sus apellidos a su descendencia ya que nunca llegó a consolidar su relación con su pareja, por lo que cuentan, por problemas de clase. Ella asumió totalmente, en soledad, la responsabilidad de criar a su hija y a su hijo. Aunque convivió con sus padres, en la casa de éstos en Berrocal, gracias a su oficio de costurera obtenía los ingresos necesarios para cuidar de sus hijo e hija.

Como costurera tenía especial maestría en la confección de la indumentaria y el ajuar que llevaban antiguamente el mozo y la moza al matrimonio y que se caracterizaba fundamentalmente por las chaquetas, que en Berrocal se llamaban «chaponas».

Dicen Eva y Elia que «según cuentan las personas ancianas del lugar era una mujer de complexión delgada, seria y con unas facciones muy duras, por lo que era difícil que pasara desapercibida. Josefa era una persona extremadamente religiosa y culta. En un palabra, se hacía respetar».

A pesar de ser madre soltera y lo que esto conllevaba en los pueblos, sobre todo en los pequeños, era una mujer muy respetada, valorada y reconocida por sus coetáneos/as. «Era la encargada de celebrar los rosarios en los duelos y de amortajar a los difuntos. Además de todo esto, en los periodos en que no había maestra en

el pueblo ella misma se encargaba de dar clase a niñas y niños y a algunas personas adultas para que aprendieran a leer y escribir».

En 1898 mientras hacía un «coladero»<sup>1</sup> con su prima Aurora Vázquez Bermejo de 14 años de edad, en el lugar conocido en Berrocal como Barranco de La Fuente, en las proximidades del Horno de las Tejas, se les acercó un vagabundo esquizofrénico, tal como se recoge en la documentación procesal, que erraba por el Camino Viejo del Río Tinto, y trató de abusar de Josefa. La niña, testigo impotente de este hecho, comenzó a gritar asustada intentando alejar al vagabundo al tiempo que pedir auxilio, pero el vagabundo ante el temor a ser descubierto corrió hacia ésta y la mató asestándole cinco puñaladas, huyendo a continuación.

Estos hechos causaron una profunda conmoción en toda la comarca, especialmente en Berrocal. Desde entonces las mujeres no se atrevían a ir solas a hacer los acostumbrados «coladeros», para lo que tenían que aprovechar la proximidad de cabreros y porqueros conocidos. Cuentan que fue detenido en las proximidades del municipio de Zalamea la Real.

Sobreponiéndose a aquel hecho tan cruel, al dolor por el asesinato de su prima y a su propia experiencia traumática por el intento de abuso por parte de aquel agresor, Josefa Pantaleón, valiente, fue a Huelva a participar en una rueda de reconocimiento donde acusó al asesino de su prima y declaró contra él.

Años más tarde, Josefa se casó con Miguel García Calero, viudo. Entre los dos aportaron cinco descendientes al reciente matrimonio, tres de Miguel, Irene, Aurelio y Augusto, y dos de Josefa, Natalia y Juan.

En 1912 y a los 37 años de edad, Josefa es madre por tercera vez de Ignacio García Bermejo, fruto del matrimonio con Miguel.

Josefa murió en Berrocal en 1959 a los 86 años de edad.

## **MARINA SÁNCHEZ RIVERA. CALAÑAS**

Marina nació el 30 de abril de 1930 en Calañas, donde vive actualmente junto a su inseparable hermana Catalina.

Su padre falleció por motivo de la Guerra Civil cuando ella tenía 12 años de edad. Tras este hecho, su madre, para poder sacar adelante a su familia, continuó ella sola haciéndose cargo de la tienda de comestibles que tenían.

---

*1. Lugar cercano a un río donde se hacía antiguamente la colada.*

Quienes la conocen bien, como Manoli Macías, comentan que desde temprana edad ha manifestado un gran espíritu trabajador, independiente, incansable luchador y solidario, y que de ella destaca especialmente, su interés continuo por el aprendizaje y la superación.

Marina ha sido hija de la postguerra, sufriendo, como tantas otras mujeres, necesidades y carencias, que si bien han marcado su carácter, no lo han determinado. Su capacidad de superación, su valentía y su fortaleza son los valores con los que ella ha encarado la vida, combatiendo así las dificultades y tomando, desde muy joven, las riendas de su destino.

A los catorce años ya contribuía a los gastos familiares con tareas eventuales en el campo. Cursó sus estudios primarios en Calañas y hambrienta de saber, recibió clases particulares de las Hermanas Salesianas para ampliar conocimientos de cultura general, clases que le pagaba su hermano José.

Con todos estos antecedentes no podemos extrañarnos del extenso y variado recorrido de la vida de Marina, ni del que aún le queda por recorrer.

Fue la primera mujer de Calañas en trabajar en la Administración Pública, en puestos similares a los de los hombres.

En 1948, a los 18 años, comenzó a trabajar en el Ayuntamiento de Calañas, como meritoria, por 175 pesetas al mes. A los veinte años, pasó a trabajar a la Hermandad de Labradores y Ganaderos, donde tras año y medio realizando el trabajo de cobro de recibos, consiguió el puesto de auxiliar administrativa.

Este trabajo lo compaginaba con otros como cobradora de seguros, taquillera de cine, distribuidora de productos lácteos, incluso montó una zapatería que ha mantenido hasta hace pocos años. Todo ello con el objetivo claro de ayudar al máximo a su familia.

Fue nombrada corresponsal de Previsión Social y secretaria de la Mutualidad Agraria, obteniendo varios premios –citados más adelante- por muchas de sus labores. En 1961 realizó un curso de secretaría en Cádiz, obtuvo el título y ganó una plaza. No obstante, al estar trabajando en la Hermandad de Labradores, no pudo ocupar dicha plaza hasta 1968, siendo la primera mujer con este cargo en la provincia. También trabajó como administrativa en el Instituto de Formación de Calañas y en el de La Palma del Condado (Huelva).

A los 65 años se jubiló con gran reconocimiento por parte de todos/as los que han sido sus compañeros y compañeras.

En la actualidad, Marina no ha cesado ni en su trabajo, aunque es de otra índole, ni en su compromiso social:

- Es presidenta de la Asociación de Mujeres «La Galana» de Calañas, desde su constitución en 1995.
- Es presidenta de la «Asociación de Personas Mayores» de Calañas.
- Forma parte del «Grupo de Voluntariado» en Calañas.
- Pertenece al «Grupo de Mejora» constituido en el Centro de Salud de Calañas.
- Forma parte del «Consejo Provincial y Regional de Mayores».
- Pertenece al «Consejo Andaluz de Mayores».
- En el año 2000 recibe un premio literario por parte del Ayuntamiento de Calañas por su escrito «Relatos Cortos» (que aparece en el capítulo 2 «Mujeres. Guerra y Postguerra» de esta publicación).
- En el año 2003, recibe el premio de los Servicios Sociales por su labor Social.
- En el año 2003, recibe el premio Meridiana, del IAM, Instituto Andaluz de la Mujer.
- En el año 2005, recibe de la Junta de Andalucía un premio por su lucha por la Igualdad.

Las personas que la conocen, entre ellas Pepi Pajarón y Elo Balches, dicen de ella que «su carácter luchador y su fortaleza los combina con una gran sensibilidad y entrega a sus amigas y amigos y a su familia. Es la amiga que cuando se necesita, en todo momento, está». Otras personas que también la valoran, reconocen que entre sus virtudes destacan la solidaridad, su capacidad para detectar necesidades y ayudar más allá de ideologías políticas, religiosas y clases sociales.

Cuando hablas con ella y le preguntas cuáles son las cosas importantes en su vida, te responde que su familia y la amistad. «Sus hermanos y hermanas, todos/as fallecidos/as, a excepción de su hermana Catalina, han sido para ella sus maestros/as y a la vez discípulos/as. Se han complementado y ayudado mutuamente».

Es tremendamente aficionada a la lectura y a conocer otros rincones, siempre movida por el deseo de aprender.

Finalmente mencionar, como ejemplo de su solidaridad, que ha estado en el Sáhara para visitar a Lamina, una niña que desde hace años ha acogido su hermana Catalina y a la que ella ha dedicado mucho tiempo y cariño. Marina ha querido conocer a su familia y el medio en el que vive compartiendo con ésta experiencias durante algunos días, con la intención de comprender y ayudar mejor a la niña. Lamina tiene una enfermedad, es celiaca, motivo por el que Marina luchó y consiguió en el año 2003 que se quedara en España, obteniendo así tanto Lamina como sus progenitores la nacionalidad española. Ha estado conviviendo con la niña hasta el verano de 2006 en que Lamina marchó con su padre, su madre y uno de sus hermanos a vivir a Almería.

## MEMORIA VIVA

El papel que la mujer tanto de la Cuenca Minera como del El Andévalo, ha tenido en la transmisión de la historia y de la memoria de los pueblos a generaciones posteriores, nadie lo pone en duda. Basta con volver a leer algunos de los poemas, canciones o historias en alguno de los capítulos anteriores para descubrir hechos importantes, fechas relevantes, lugares significativos, momentos trascendentales, nombres inolvidables... Estos escritos forman ya parte de la historia local contemporánea de cada pueblo, con la peculiaridad respecto a los libros de historia, que los primeros cuentan vivencias humanas reales y no meros acontecimientos históricos.

La historia viva es la historia que se escribe en cada arruga que surca el rostro de cada mujer y cada hombre que ha hollado sus tierras, que no por ser anónimas se convierten en irrelevantes.

En este apartado se refleja especialmente, la vida y los recuerdos no escritos de una mujer, María Carbajo Romero, de San Telmo, quien gracias al don de una memoria privilegiada, ha sido capaz de transmitir personalmente a otras generaciones la historia de su pueblo y de sus gentes.

### **MARÍA CARBAJO ROMERO. SAN TELMO**

María Carbajo Romero nació el 25 de diciembre de 1927 en San Telmo.

Siendo aún una niña, a los nueve años de edad, se quedó huérfana de padre, que falleció en la Guerra Civil. Tuvo seis hermanos de los cuales actualmente viven tres.

Cuentan Pepi Díaz y Katy Balufo que María, ya a los diez años, trabajaba en el campo, «arrancando monte», «apañando» bellotas... trabajos realmente duros para una niña de su edad.

Debido a la pobreza en la que la gente vivía sumida en aquellos tiempos, María, como muchas otras niñas, no pudo asistir, como le hubiese gustado, al colegio. En sus recuerdos, ella nos habla con cariño y admiración de su maestra Rocío Muñoz que no tenía titulación de maestra, pero fue la que le enseñó lo que hoy sabe.

María nos dice: «en un librito de papel que tenía mi abuelo, donde venía el Rey Alfonso XII, yo escribía mi nombre cuarenta veces, pues mi madre no tenía ni para comprarme papel para escribir».

Con nueve años vio estallar la Guerra Civil y con ella conoció muertes, y hambre, mucha hambre. Cuenta que por esa época había «una casa» donde daban de comer a los niños que no tenían nada, «eso se llamaba Auxilio Social». Dice que ella comió allí. Nos detalla con todo lujo de detalles el sitio donde estaba.



▲ María Carbajo Romero en 1947.

Se casó con 19 años, el día 15 de junio de 1947 en El Cerro de Andévalo, en la Iglesia Santa María de Gracia. En dicha iglesia ha fallecido recientemente su esposo, a los 59 años de matrimonio, en el año 2006, el día 12 de octubre, festividad de El Pilar. Fueron a escuchar misa como todos los años y allí, en misa, falleció de un infarto de corazón.

De esta relación tuvo cuatro hijos e hijas, de los cuales tiene cinco nietos y nietas y cuatro biznietos y biznietas.

Su marido era electricista y operador de cine de «la empresa». Cuenta como su marido tuvo que ir a Bilbao a adquirir la máquina de proyectar, y recuerda que la primera película que proyectó fue «Pasión Inmortal» el día 11 de marzo de 1957

«El casino y el cine minero se inauguraron el 12 de octubre de 1957 y Rosita Mora y Paco Isidro fueron los que vinieron a cantar», dice María. Recuerda perfectamente los nombres de todas las películas que ha proyectado su marido: «Pasión inmortal», «Bala rosa», «Revelación», «Porque te vi llorar», «Un alto en el camino», «Soy minero», «Todos son mis hijos», «Los ángeles perdidos», «Las cruces de mayo», «Morena

Clara», «Cada hijo una cruz», «Chantaje a un torero», «Al este del Edén», «El puente de cristal», «Córdoba la ciudad del toreo», «Ha llegado el invierno y no estás aquí», «Sombra de Misterio», «Rebeca», «Brindis a Manolete», «El Coyote», «La noche silenciosa», «Más allá del Missouri», «La venganza», «Sangre y arena», «Inés de Castro», «Mano a mano El Litri y El Cordobés».

Recuerda que en 1935 las murgas venían de Carpio y donde primero tocaban eran en la puerta del cuartel.

Desde sus recuerdos, María Carbajo aporta algunos datos sobre la Procesión de Santa Bárbara. «Empezó en 1953, cuando trajeron la imagen. Anteriormente, había dos cuadros, es decir, dos murales grandes de San Telmo y Santa Bárbara que fueron quemados en la Guerra Civil en 1936, con los demás santos. No había bancos en la iglesia, sólo reclinatorios. Yo tenía el mío con mi nombre, que mi abuelo que era carpintero hizo para mí y lloré mucho cuando lo vi quemar».

El día de Santa Bárbara los mineros iban a su trabajo como otro día cualquiera. Sólo se acercaban al pueblo a escuchar misa y volvían a la mina. En la puerta de la oficina de la mina tomaban una copita de aguardiente.



**«Decían», recita María:**

**«Desde su altar nos bendice  
esta imagen tan bonita,  
madre de los barreneros,  
Santa Bárbara bendita,  
patrona de los mineros».**

A los nueve años, María Carbajo pedía a su madre que le comprara el periódico que costaba una gorda, para leer lo que pasaba en la guerra. Los artículos que leía los memorizaba sólo con leerlos.

Tiene memorizada la conversación que mantuvo Don José Moscardó con su hijo antes de que lo mataran. Recuerda también a las personas que murieron accidentados en la mina. Al morir su padre estuvo tres meses en el convento de El Cerro de Andévalo y nos recuerda una poesía que recitó junto con una niña. En una ocasión leyó un pasaje de la Biblia en la misa del convento que retuvo en su memoria desde entonces y que nos ha narrado tal cual era. También tiene memorizadas todas las fechas de nacimiento y fallecimientos de la gente del pueblo. Cuando pasa por el lado de una persona que está en vísperas de cumplir años, le dice, sorprendiendo a propios y extraños, «mañana cumplés años».

Indudablemente María Carbajo destaca por su memoria privilegiada, a través de la cual hemos podido rescatar hechos pasados de los cuales ella es la única persona que puede atestiguar qué ha sucedido. Ahora mismo tiene 79 años y dice que en su familia no existen antecedentes de personas con esta capacidad de memoria. Lo único que ella observa como reseñable es que «en tiempos pasados, cuando casi todo el mundo era analfabeto, mi madre sabía leer y escribir, siendo de las pocas mujeres que sabían».

«Voy a contarle un caso de lo más interesante,  
ocurrió hace poco en la ciudad de Alicante.  
Se trata de un matrimonio que dos niños tenía  
con el sudor de su frente el padre los mantenía.  
Un día dicho matrimonio, que los dos se disgustaron,  
con razones o sin ellas se quedaron separados.  
El niño que es mayor se ha marchado con su padre  
quedándose el más pequeño con su cariñosa madre,  
la pobre se puso enferma y con la pena se murió,  
sin tener noticia de ellos, sólo pensando en los dos.  
El niño al quedarse solo un día al muelle se fue  
y metiéndose en un barco el mundo se fue a correr.  
Al llegar a la Argentina se encuentra solito allí,  
vio un letrero que decía ´hace falta aprendiz´  
y sin reparar en nada, en aquel taller entró  
preguntando por el dueño que a punto se presentó.  
No tengo padre ni madre, el niño dijo así.  
Aquí me encuentro solito ¿me quiere como aprendiz?  
En el taller se quedó, lástima a todos le daba  
mirándolo como huérfano todos los días hablaba  
con su padre y con su hermano

pero no se conocían nada más que como paisanos.

Un domingo por la tarde lo invitaron a café.

Como tres buenos amigos, el niño con ellos se fue.

Al recordar su tierra en el momento escribió  
carta para un amiguito que en Alicante dejó.

Cuando firmaba la carta el hombre se fijó bien  
que ponía su apellido también el de su mujer,  
quedó impresionado y estas palabras le habló:

«me dirás quién es tu madre», y el niño le contestó:

«Rosa Rodríguez Fernández, así se llamó mi madre.

Antonio Pérez Castilla, era el nombre de mi padre,  
siendo de aquel pueblo quizás la conocería».

Con mucha pena y dolor el padre la contempló  
que era aquella mujer que en Alicante dejó.

Entonces se conocieron abrazándose los tres.

Y quedó admirado todo el mundo en el café.

Le dice: «yo soy tu padre, sin que lo puedas dudar  
y este joven es tu hermano el que por ti a de mirar».



# CAPÍTULO 4: SOLIDARIDAD Y SALUD.



## SOLIDARIDAD Y BENEFICIENCIA

Solidaridad y beneficencia son casi los únicos aspectos de esta publicación en los que las mujeres han sido protagonistas y también receptoras por parte de otras mujeres. Nadie entendía mejor la naturaleza de la pobreza y las necesidades, que una mujer. Cuántas mujeres han sido madres de leche de hijos e hijas de otras madres. Cuántas mujeres han cuidado de las personas mayores –padres, abuelos/as, tíos/as, vecindad...-, de las personas imposibilitadas, de las personas abandonadas, de las personas discapacitadas, de las personas necesitadas...

La solidaridad ha sido y es, un rasgo del carácter de la mujer de El Andévalo y de la Cuenca Minera, incluso en los momentos más difíciles no permanecían impasibles ante el sufrimiento ajeno, aunque ello significase compartir a veces un ya escaso plato de comida o un simple trozo de pan con los que aún tenían menos.

### **JOSEFA CABALLERO LIMÓN, «JOSEFA LA GÓMEZ». ALOSNO**

La llamaban «Josefa la Gómez», porque «la Gómez» era como llamaban a su madre. Josefa nació en 1896 y murió en 1989 a los 93 años de edad. «Desde pequeña ya era conocida por su espíritu solidario y caritativo, por su afán de hacer el bien» dicen María Caballero Mena y Juana Borrero, Cani .

Estuvo en «los consumos»<sup>1</sup> con su abuela materna. Pronto se casó con un alosnero y vivieron en la calle Ayamonte donde pusieron una tienda de comestibles. Las cosas no fueron bien, tuvieron que quitar la tienda y se trasladaron a la casa de la calle Real, que fue en tiempos un hospital, de ahí el cante:

**«Tiene la calle Real lo que no tiene ninguna:**

**Hospital de caridad y el Señor de la Columna».**

En esta casa de la calle Real, con el tiempo puso otra tienda y una panadería, que atendía su hijo siempre con su ayuda. Fue una mujer solidaria en los tiempos de la posguerra; las mismas vecinas le decían ¡cuánta hambre has tapado, Josefa! porque su comida la compartía.

---

1. Impuesto que cobraba el Estado por las mercancías.

Se cuenta que había un vagabundo que se quedaba en una cueva y comía lo que robaba por los campos, le llamaban Correntón, y en las fechas cercanas a las fiestas de San Juan lo metían en la cárcel por considerarlo un descrédito para el pueblo. El pobre sufría y así se lo hacía saber cada año a Josefa, le decía: «Fefa, ya pronto me meten en la cárcel». Un año, al escuchar Josefa con la pena que Correntón le decía esto, le respondió ella: «Correntón, ¿tú sabes ir por leña con un burrillo?». Él contestó afirmativamente y ella le dijo «este año no vas a la cárcel, yo me hago responsable de ti». Entre su marido y ella le quitaron la miseria que tenía, lo vistieron con ropa de su marido y aquel año fue a la procesión de San Juan Bautista ayudando al hombre de los cohetes, a nadie le llamó la atención. Todo el pueblo se congratuló de la buena acción de Josefa y así vivió en su casa hasta el día en que falleció.

También se cuenta que en época cercana al verano, llegaban al pueblo los cargueros que traían frutas, verduras y hortalizas para venderlas en la plaza de abastos. También por estas fechas coincidía la venida de los caleros, que vendían la cal para blanquear y preparar las casas para las fiestas, pues bien, ni los unos ni los otros tenían donde quedarse a dormir pero para eso estaba Josefa que desinteresadamente, sólo movida por su caridad, llenaba un alpende de colchones y allí se quedaban todos a comer y a dormir.

En los años de la postguerra cuando venían las madres de familia con la cartilla de racionamiento a recoger la ración de pan, ella, arriesgándose a ser descubierta por los inspectores, les daba a las mujeres bajo cuerda siempre alguna pieza de más para que pudieran comer sus hijos e hijas que pasaban hambre.



▲ Josefa Caballero Limón, ataviada al estilo de la época.

## **FRANCISCA LAZO. ALOSNO**

Francisca ha sido una mujer de probada generosidad y de vida piadosa. Destacó por sus virtudes de modestia y caridad para con sus semejantes. Vivió en la calle Ricos y fue paño de lágrimas de muchos/as alosneros y alosneras que a ella acudían sabedores de su indudable humanidad.

Cuentan María Caballero y Juana Borrero que «en años de verdadera necesidad y escasez (1940-1945), con motivo de las secuelas de la Guerra Civil y Postguerra, Doña Francisca Lazo ayudó a personas necesitadas, que eran muchas y cooperó en la ayuda a muchos/as jóvenes a los que ella consideraba merecían algún donativo para su formación».

Padecía un defecto de audición y era habitual verla ayudada por un aparato que le permitía mitigar su sordera y que ella utilizaba en lugares públicos sobre todo en la iglesia.

Su lugar en la iglesia era cercano a la capilla de Santa Ana, donde se encontraba un reclinatorio que ella usaba de forma habitual. «Benefactora de piadosas devociones, no es de extrañar que las actuales imágenes de Santa Ana y la Virgen fueran un legado de su familia».

## **MARÍA DEL CARMEN CASTRO NÚÑEZ, «LA CARMELA». PUEBLA DE GUZMÁN**

«La Carmela era como todos la conocían en Puebla de Guzmán. Aunque ella no era oriunda de allí se consideraba puebleña ya que pasó la mayor parte de su vida en este municipio», nos cuenta Isabel González.

Nació en Cádiz el 20 de mayo de 1903. Muy joven, con 12 años, quedó huérfana de madre y su padre se volvió a casar con una joven de Puebla de Guzmán quedándose a vivir allí. «Su infancia con su madrastra no fue todo lo bien que se pudiera desear pero ella por no preocupar a su padre lo soportaba».

Pasaron unos años y en plena adolescencia se enamoró de un buen hombre llamado Fernando. «Pese a la oposición férrea de su padre para que no continuara con la relación, ella luchó contra viento y marea por él», dice Isabel.

Tras nueve años de noviazgo se casaron y fueron muy felices según cuentan personas allegadas a la pareja. No obstante, la felicidad fue truncada al año siguiente por la muerte de su primera hija nada más nacer.

Un año más tarde, a pesar de la incertidumbre y el miedo por la experiencia anterior, «La Carmela» queda embarazada y nace su segunda hija. No obstante, cuando todo parecía ir bien, el destino le volvió a jugar una mala pasada. «La Carmela», contenta con su hijita de apenas un año, pierde a su marido, quedándose sola con ésta. Se vio obligada a regresar entonces al hogar paterno.



En tiempos de postguerra en que los pueblos habían sido azotados por la contienda y lo único que quedaba era escasez, es donde María del Carmen Castro Núñez, «La Carmela», demostró su gran fortaleza para sacar a su hija adelante.

Esta mujer, de gran coraje, trabajó duro para que su hija no pasara hambre. Sin ayuda económica alguna, pues por la etapa que les tocó vivir no se podía pensar siquiera en pensión de viudedad, se vio obligada a dedicarse al estraperlo para poder subsistir.

Posteriormente, cuando su hija contaba con nueve años de edad, volvió a casarse, pero no tuvo descendencia, sólo quería darle un padre a su hija, ya que no había disfrutado del suyo legítimo. Aunque el amor que «La Carmela» sentía por él no era como el de su primer marido, también lo quería mucho, porque se portaba muy bien con su hija. A raíz de esta unión, su situación económica mejoró, puesto que no sólo dependían de lo que «La Carmela» conseguía con el estraperlo, sino que el trabajo de su reciente marido aportaba otra ayuda más al hogar.

«Pasados unos años, con unos ahorrillos, puso una tienda de comestibles que le ayudaba económicamente a estar más desahogada y poder seguir para adelante».

Poco tiempo después, su segundo marido murió y se quedó otra vez sola con su hija Isabel, que así se llamaba.

Posteriormente, la hija de «La Carmela», Isabel, contrajo matrimonio y fruto de esa relación nacieron dos niñas. «La Carmela» estaba tan contenta con sus nietas que se preguntaba cómo el Señor le había podido regalar esas dos niñas tan preciosas.

«Le habría gustado mucho haberlas visto crecer, sin embargo cuando la mayor tenía tres años y la pequeña uno, el Señor quiso tenerla a su lado y con 69 años nos dejó para siempre, el 5 de mayo de 1972».

Sigue comentando Isabel González que la relación que ella mantenía con los/as vecinos y vecinas de Puebla era excepcional, caracterizada por la humanidad y la solidaridad. Más allá de sus propias desgracias, fue capaz de compartir y ayudar a los/as demás, «era consejera y amiga de toda aquella personal que acudiera a ella en busca de solución a sus problemas. Jamás les negó su ayuda... En aquellos años en los que había mucho analfabetismo, las madres y novias de los muchachos que iban al servicio militar acudían a ella para que les redactara las cartas, incluso las cartas de pésame por algún difunto también las escribía».

Su labor de ayudar al prójimo no se quedaba ahí, «ella asistía a los partos y ejercía de partera con tal delicadeza que las mujeres la preferían a ella antes que a la comadrona oficial del pueblo». Daba igual la situación económica por la que pasara la parturienta, ya que ella hacía su trabajo sin ánimo de lucro, «no

cobraba absolutamente nada. Es más, si alguien se encontraba enfermo/a y sin recursos económicos, ella se dirigía a las puertas de la oficina de Minas de Herrerías e iba pidiendo una pequeña ayuda a los trabajadores mineros el día que le abonaban su salario. Luego, contenta de haber podido recaudar fondos, se los llevaba a la persona enferma para que pudiera conseguir medicamentos y poderse sanar».

Carmela, persona solidaria y altruista, quedó en la memoria de mucha gente porque hoy en día, después de 36 años de su muerte, aún la siguen recordando con cariño

«Vaya este pequeño homenaje a esta mujer que dedicó su vida al servicio de los/as demás, nos dejó una gran huella y siempre estará en el recuerdo y en el corazón de este pueblo».

### **SEBASTIANA ÁLVAREZ MACIAS. «SEBASTIANA LA DE LA LECHE». PAYMOGO.**

La vida de «Sebastiana la de la leche» como se la conocía en Paymogo, es una vida dedicada al trabajo y a los/as demás, ajena a sí misma. El grupo de mujeres investigadoras nos cuenta que llevaba la casa «palante», una tienda que tenía, se ocupaba del campo, ordeñaba las vacas, vendía la leche, hacía los quesos, ponía inyecciones en caso necesario, hacía los agujeros de las orejas, cuidaba a los/as mayores (a su suegro y suegra, tres tíos, una hermana...); comentan que nunca salió a comer a ningún sitio. Tenía tiempo para todas las personas que cuidaba y para todo, menos para sí misma. De esta manera no extraña a nadie que recuerden perfectamente hasta el día en que murió, «fue el primer día de feria de hace catorce años», nos comenta Bárbara Canelo.

Su hija, al hablarnos de ella, nos dice que no sabe por donde empezar, pero resalta su generosidad, bondad y valentía.

Era de Puebla de Guzmán, aunque se casó con un paymogüero. «Los de Paymogo tienen mucho arte montando a caballo», dice. «Su casa estaba siempre abierta a todo el mundo ya fuese del pueblo o forastero, gitano o payo». «Yo peleaba muchas veces con ella, porque cuando hacíamos la limpieza siempre guardaba los botes de cristal, las cajas de cartón... para cuando alguien viniera a pedirle algo de eso. Yo le decía: pero ¿tú comprendes que podemos tener «los doblaos»<sup>2</sup> llenos de cajas y botes? Pues sí, me decía ella, porque después viene Francisca La Chispa o cualquier vecina a pedirme y yo no les puedo decir que no tengo».

«Cuando se hacían teatros en el cine de Pablo Rey, y Amparo de Soto nos ensayaba a los jóvenes, de casa de Sebastiana se llevaban las macetas para adornar el escenario y todo lo que sirviera de decoración. Hacían los chavales un guiso, Sebastiana les dejaba las ollas y todo lo que ellos les pidieran. Cuando venía una romería y alguna chiquilla no tenía jinete, Sebastiana se plantaba en la carretera y al primero que veía solo la montaba con él en la grupa».

---

2. Segundo piso de una casa que no se solía habitar. Servía de almacén.

Cuando se enteraba de que alguna persona estaba enferma, era la primera en ir a visitarla y ayudar en todo lo que estuviera en su mano, «lo mismo te ponía una inyección que hacía de partera o que amortajaba».

«Trabajaba en el campo con mi padre, cuidaba de los cochinos, vacas, ovejas, ordeñaba los animales, cuando había que vacunarlos, los vacunaba, mataba a los cochinos en la matanza. Una vez, a una gallina que tenía las tripas fuera, le lavó las tripas, se las metió dentro y la cosió, y la gallina se curó. No tenía cansancio nunca».

Falleció a los sesenta y cinco años.

### **JUANA JOSEFA GONZÁLEZ MORANO. THARSIS**

Nace el 9 de noviembre de 1925 en Tharsis, actualmente tiene 82 años. Hija única, de Andrés González Morano y Fernanda Morano González. Vivió durante toda su vida en la choza lanchares, que con los años pasó a ser el n° 31 de la calle Luciano Escobar.

Desde muy pequeña, con cinco años y hasta los trece fue a la escuela; su maestra era Doña Solita. Le gustaba estudiar matemáticas y todos los años, cuando finalizaba el curso, la premiaban por su asistencia y aplicación con dinero en metálico y una muñeca de cartón.

Cuenta Ramona Feria Alfonso que «Juana Josefa González, «Juanita», recibió clases particulares, donde aprendía religión y a bordar. Así descubrió un Dios que hacía revivir en ella la fe, porque le daba fuerzas para sentirse a si misma y sentir a los demás».

Ya con quince años montó una escuela particular donde instruía altruistamente a «niños y niñas de párvulos». Cada uno/a llevaba su propia silla y ahí, en su escuela, les enseñaba el mundo de las letras y los números. Con el tiempo también llegó a montar una escuela donde las niñas y muchachas aprendían a bordar con bastidor. Ella misma bordaba con gran maestría las delicadas ropas de lencería para las dotes de las muchachas casaderas.

Posteriormente, se traslada a Huelva para recibir clases y aprender corte y confección y mecanografía. Cuando termina su aprendizaje «Juanita» vuelve a Tharsis.

Su padre trabajaba en la mina y su madre llevaba una tienda de comestibles, donde ella también echaba una mano. «Siguió dando clases de bordados y flores de papel rizado. Muchas de las novias lo llevaban el día de su boda», dice Ramona Feria.

«Juanita» es una persona muy religiosa y cuenta que «cuando era joven me encargaba de la Iglesia, de arreglarla, mantenerla limpia, vestir a los santos, prepararla para las celebraciones...».

Ya por estos años, Cándido Maestre, que fue posteriormente su esposo, comienza a demostrarle su amor. Le envía cartas mientras hace el servicio militar y «la ronda» tratando de enamorarla. Cándido es una persona muy activa, participa en política, con un alto sentido del sindicalismo, y viajaba constantemente, razón por la cual, a pesar de quererse ambos mucho, aplazaron la boda durante años.

«Juanita» entra a formar parte de Cáritas y desde el primer momento, se hizo cargo de hacer colectas para recaudar dinero para las personas más necesitadas llevando además la contabilidad de la iglesia. La recaudación la enviaba directamente a la diócesis de Huelva.

Cuenta Juanita que llegó a visitar a muchas personas enfermas y que en muchas ocasiones asistía a las personas moribundas con el sacerdote y éste le daba la comunión y la extremaunción. Consolaba a las familias preparándolas para el duelo. En tiempos de la Guerra Civil Española, acompañaba a una maestra, Doña Pepita, pidiendo de casa en casa, para hacer envíos de ropa y alimentos a los soldados. Dice Ramona Feria sobre Juanita: «Ella misma donó uno de sus anillos de oro, al que le tenía más estima, para este fin solidario».

Cándido y «Juanita» deciden casarse en el año 1975, en diciembre, cuando ya había muerto su madre y sus tías con las que convivieron desde la muerte de su padre. Viven intensamente su amor, van de viaje de novios en avión a Zaragoza. Después continuaron viajando, a Valencia, a Murcia, Covadonga, Cáceres, Lisboa y a Inglaterra. No tuvieron descendencia en su matrimonio. Ella viuda a los 54 años tras cuatro de matrimonio.

Al quedarse sola siguió colaborando en obras benéficas de ONGs y tiene amadrinada una niña. En la actualidad, «Juanita» tiene pensado dejar su casa para irse a vivir a un asilo.

Dice Ramona Feria: «Diversa y rica vida la de esta señora tharsileña, que ha ayudado a muchas personas. Sigue llevando una vida ejemplar. Hay muchas personas que la quieren y la respetan por su bondad, por su sacrificio, por su entrega a los demás y por su buen corazón. Ella se siente satisfecha de la vida que ha llevado como una verdadera cristiana».

### **CONCHITA CONDE VÉLEZ. CALAÑAS**

Marina Sánchez Rivera escribe la siguiente historia:

«La mujer de nuestra historia fue hija del matrimonio compuesto por Inés y Ramón de treinta y treinta y cuatro años, domiciliado/a en la calle Conde de Gomar nº 37, hoy calle Quemada. Allí nace el día 25 de agosto de 1910 la niña a quien sus padres le pusieron el nombre de María de la Concepción por su abuela materna (Su inscripción consta en el tomo 137, folio 157 del Registro Civil de Calañas).

Conchita para algunas personas y Doña Concha para el resto, fue una mujer de una talla humana grande. Era una joven de unas cualidades valiosísimas, no le gustaba ni criticar ni que delante de ella lo hiciesen, aceptaba y perdonaba comprendiendo y no dejaba triste a nadie. Era profundamente religiosa y practicante y el amor a sus semejantes lo llevaba por bandera.

Fue creciendo distinguida, con gran belleza interior, además de física. Conchita se relacionaba en el mundo de las farmacias, ya que su padre era farmacéutico y tenía un tío carnal que tenía una farmacia en Calañas (D. Cristóbal Romero) que así se llamaba.

D. Cristóbal quiso traspasar la farmacia y quedó en buenas manos, en las de un farmacéutico del pueblo de Paymogo que acababa de terminar la carrera, D. José Santos Vázquez, soltero y nacido en 4 de julio de 1902. Éste, al conocer a Conchita quedó prendado de sus valores y el 2 de abril de 1934 contraen matrimonio en la parroquia de Sta María de Gracia de Calañas, teniendo ella veintitrés años y él treinta y uno. Conchita era buena, generosa y humana. No tuvieron descendencia y se dedicó a ayudar a todas las personas que a ellos se acercaban.

Conchita entregó muchos valores a la Iglesia Parroquial, amuebló a las Salesianas el colegio convento, dio de sus mejores joyas a Nuestra Patrona la Virgen de Coronada...

En 1948 quedó viuda y fue entonces cuando se dedicó sin descanso a las personas pobres y marginadas. Fundó en Calañas una de las obras más hermosas de solidaridad y humanidad, como fue la Conferencia de San Vicente de Paúl, para atender a todos los necesitados/as. Pagó clases particulares en las Salesianas a cuantas niñas pobres y huérfanas no podían acceder a cultura general y bordados a bastidor. Compró mucha ropa a quienes no la tenían, comida y libros para estudiar a aquellas personas que no se lo podían permitir.

Además de sus valores solidarios tenía dotes literarias, escribía en la «Revista Romera».

Al quedar viuda, tuvo que vender la farmacia y lo hizo a un farmacéutico valverdeño que acababa de terminar la carrera y aquí se da el mismo caso que con ella; el farmacéutico, con varios años más, se enamora de su sobrina «Dolorcita», como ella la llamaba. «Dolorcita» le llamó a su primera hija Conchita por su querida tía.

Doña Concha murió el 21 de agosto de 1955 en la misma casa que había nacido, en la calle general Franco 37, hoy calle Quemada.

A Doña Concha lloró el pueblo entero porque no había una persona a quien no hubiese hecho bien».

## FUNDADORAS DE LA TÓMBOLA DE SAN VICENTE DE PAÚL. CALAÑAS

En Calañas, motivada por las mujeres, como organización de solidaridad y apoyo, se fundó la Tómbola de San Vicente de Paúl el 6 de enero de 1923, fundamentalmente para luchar por la pobreza y una de sus fundadoras fue Juana Tejero, abuela de Vicente de Soto. «Tómbola muy beneficiosa para las personas pobres y necesitadas por la mucha pobreza que había en el pueblo, en aquellos años», dicen Manoli Macías, Elo Balches y Pepi Pajarón.

«La Hermandad de San Vicente de Paúl pedía por el pueblo, casa por casa, con el fin de reunir cosas de valor para su rifa. Una de las personas que más destacó por su constancia y desvelo en todo tiempo que duró la congregación de San Vicente de Paúl fue la presidenta Mariana de Miró y la tesorera de aquella directiva, Adela Vives Fernández».

Con la llegada de la Guerra Civil española desapareció la rifa.

Hasta el año 1947 no volvió a reaparecer y su directiva estaba compuesta por:

Presidenta: Doña Maruja Sánchez Arjona

Secretaria: Doña Sandiego Rivera Rivera

Tesorera: Doña María Marroco Conde.

Refiere Marina Sánchez que posteriormente la tómbola desapareció a la muerte de las personas que la constituían e impulsaban su actividad. No obstante, no pasó mucho tiempo para que, siguiendo esta misma idea o modelo, la Hermandad de El Cautivo creara una tómbola de similares características, que aún hoy continúa ayudando económicamente a las personas más necesitadas. Actualmente se celebra en agosto.

## MARÍA SEBASTIANA LIMÓN CABALLERO «CONDESA DE BARBATE». ALOSNO

Es cierto que la nobleza, a través de la figura de la mujer, hacía notar su presencia y su influencia en la zona con donaciones relevantes, casi siempre de índole religiosa, y donativos a los/as pobres. Pero la historia que aquí se relata va mucho más lejos de la mera apariencia hipócrita de la caridad interesada. Refleja el interés y la preocupación solidaria que una mujer adinerada tuvo por la gente humilde que la rodeaban, a quienes ayudó ofreciéndoles un bien tan escaso en aquella época como era el dinero.

María Caballero Mena y Juana Borrero Delgado («Cani», como la llaman) nos cuentan la historia de esta mujer:

«Quizás a muchas personas, su nombre, María Sebastiana Limón Caballero, no les diga nada, pero si aclaramos que era conocida por su título nobiliario de Condesa de Barbate, queda identificada su personalidad. Nació el 5 de julio de 1912 y murió joven, a los 30 años. Aunque desde muy niña vivió fuera de Alosno, el cariño por las cosas de su pueblo fue indudable, tan grande como sus muestras de generosidad, debido a las obras y donaciones que realizó y que tan bien conocen la gente de nuestro pueblo de mayor edad.

El título de Conde de Barbate fue una concesión que hizo el Rey Alfonso XIII a su marido, hombre destacado en los negocios de almadrabas, que donó un cargamento de conservas de pescados a la tropas españolas que luchaban en las guerras marítimas, cuando se perdieron las colonias españolas (Cuba, Filipinas...).

María Sebastiana hizo importantes donaciones a nuestra iglesia y numeras obras benéficas. Fue la promotora para que viniesen a Alosno las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y era considerada mecenas de jóvenes alosneros a los que ayudó en estudios fuera del pueblo.

En la segunda mitad de la década de los 60 del pasado siglo XX, el ayuntamiento le concedió la primera medalla de oro de Alosno y la rotulación de la calle que lleva su nombre».

#### **FRANCISCA SERRANO «PACA LA POLLA». MONTES DE SAN BENITO.**

Francisca Serrano, «Paca la polla», como se la conocía en los Montes de San Benito, nació en 1920 y murió en el año 2000, a los 80 años.

Cinti Gento, Cristina Alonso y Águeda Valladares nos transmiten algunos datos de esta mujer muy valorada en su pueblo: «cuando la vecindad de los Montes de San Benito tenían que viajar a la capital y se les hacía tarde, se alojaban en su cortijo «Puerto Rayo». Paca los acogía gratuitamente en su casa para que pasaran la noche. Era hospitalaria con todos y todas; cuando el autobús, «la Dama», pasaba por delante de su cortijo no dejaba que los viajeros/as se fuesen sin descansar. Esto lo hacía tanto para la ida como para la vuelta.

También se la conoce porque ayudaba gratuitamente en los entierros, transportaba la mesa en la que descansaba el féretro.»

No podríamos imaginar ni un solo pueblo de El Andévalo o la Cuenca Minera sin estar bajo cuidado de una mujer. ¿Que habría sido de nuestros pueblos sin la presencia de una partera «recogiendo»<sup>3</sup> bebés, alguna mujer que pusiera los huesos en su sitio, que cuidase de las personas enfermas, que amortajase a los/as fallecidos/as, que curase las calenturas de la luna (maltas) o el mal de ojo (conjuntivitis)? ¿Qué habría sido de tantas y tantas personas de no haber sido asistidas por esta legión de sanadoras de vocación? ¿Qué habría pasado si no hubiesen existido otras mujeres que les hubiesen transmitido todo este conocimiento ancestral de una manera tan desinteresada? Las aportaciones de las mujeres de nuestros pueblos en este campo son incuestionables e irremplazables, pero quizás lo más importante era que ejercían su labor desde el más profundo conocimiento del sufrimiento humano.

### **JUANA MARTÍN VÁZQUEZ, «LA MATRONA». CAMPOFRÍO**

Juana Martín Vázquez nació el 25 de marzo de 1912 en Las Ventas de Arriba, aldea de Campofrío, en el seno de una familia numerosa y humilde.

Amalia Reyes Rodríguez nos cuenta la historia de esta singular y particular mujer. «Siendo aún muy joven, destacaba su afán por conocer y por aprender. De esta manera, a cambio de unos cuantos céntimos «apañaba» una cesta de bellotas para así poder comprar un libro que después leía con avidez.

Tras la muerte de su hermano, fusilado en la Guerra Civil, toda la familia se vino a vivir a Campofrío. Su labor en el pueblo fue destacable: acompañaba a las personas enfermas en el Hospital cuando éstas no tenían familia, ponía inyecciones y se ofrecía para amortajar a los/as difuntos/as. Siempre estaba dispuesta y localizada.

No se casó ni tuvo descendencia aunque ayudó a nacer a cientos de bebés. Su tarea más conocida era la de ejercer de matrona tanto en el pueblo como en sus alrededores, aldeas, cortijos... Siempre le gustó ser matrona pero en aquella época no tuvo posibilidades de estudiar. Aún así, ayudó a numerosas parturientas.



▲ Juana Martín Vázquez.

3. Ayudar, facilitar el alumbramiento.



Cuando una embarazada sentía los primeros dolores de parto alguien se encargaba de buscar a Juana a cualquier hora y ésta acudía rápidamente. Si surgía un aborto se llamaba al médico pero Juana lo acompañaba para ayudarle en lo que fuera necesario. Nunca negó su ayuda a nadie. Una vez en el mundo, dejaba al bebé ya preparado junto a la madre, aunque su labor no terminaba aquí: todos los días iba a bañarlo hasta que se le caía «la tripita»

Todo lo hacía desinteresadamente; alguna gente en agradecimiento le hacía regalos. En otros casos, la gente a la que atendía era tan humilde que ella misma le llevaba preparativos para hacer un caldo reconfortante.

Juana también se encargaba de vestir los santos y ayudar en la Iglesia. Durante más de veinticinco años acompañó diariamente a Doña Sofía, una profesora que impartía clases en las Ventas de Arriba, pero tenía su residencia en Campofrío. En muchas ocasiones se servían de una mula que tenía un familiar de Juana, pero ésta no la montaba, sino que iba «apañando» bellotas todo el camino para un cerdo con el que hacía la matanza También vendía leche, hacía queso y traía leña.



▲ Juana, «la matrona», bañando a un bebé.



◀ Juana, «la matrona», con la mula en la que se desplazaba por los distintos pueblos.

▼ Juana, «la matrona», en la matanza del cerdo.



#### ALGUNOS TESTIMONIOS:

Guadalupe: vivía en los Ventorros, a mitad de camino entre Campofrío y Riotinto a unos seis kilómetros; era un grupo de casas habitadas por familias de diferentes sitios y que trabajaban en la Peña de Hierro. Guadalupe cuenta que cuando se ponía de parto un hombre venía en burra o en bicicleta a buscar a Juana. Ella iba y venía andando. A Guadalupe le recogió un bebé que pesó al nacer más de cinco kilos y medio.

Mercedita: «Juana me recogió mis cuatro descendientes estupendamente sin ningún problema de desgarro ni nada como una profesional, sin ayuda médica y los bañó hasta caérsele la tripita». Destaca de ella su cariño y valentía.

Cuando una de sus hermanas se casó, Juana fue andando hasta Galaroza y le trajo 6 sillas para la nueva casa.

Su sobrina Juana María Márquez también recuerda que Julián, «el tonto del pueblo», tuvo una vez un accidente, lo cogió una bicicleta y estuvo durante mes y medio ingresado en la Residencia. Durante todo este tiempo su tía Juana «la matrona» lo acompañó, ya que la madre de Julián «tenía un chorro de chiquillos y no podía hacerlo».

Su sobrina también refiere que Juana sabía nadar muy bien, que «se enseñó» sola en el dique y en las albercas y que recorría el dique de lado a lado.

Sobre el año 1968 se construyó el ambulatorio en el municipio de Riotinto y los/as bebés nacían allí, aunque había gente que prefería tenerlos en casa.

Ya en los últimos años de su vida (murió con 80 años), Juana se dedicó a viajar, fue a Londres y recorrió casi toda España, cosa poco frecuente en aquellos años. En una hucha echaba lo poco que le sobraba y cuando tenía el dinero suficiente planeaba el viaje. Los ocho últimos años de su vida los pasó en una silla de ruedas con «su cabeza perfecta», según cuenta su sobrina Juana Márquez.

## **TIA LUISA. PAYMOGO**

Nació en Badajoz de padre inglés. Su marido, un rubiato<sup>4</sup> de bruscos modales. Ella era rubia, de ojos azules, alta, delgada y de muy buena educación. Siempre vestida de negro, representante de una clase de mujeres de las que en boca de ellas mismas «envejecían dentro de la casa», se casaban jóvenes y a partir de los cincuenta años, entre el luto, la casa y las pocas expectativas que les daba la vida, eran ya ancianas. Murió hace más de medio siglo, a los 80 años.

Bárbara Canelo Torrescusa nos cuenta: «Con qué cariño recuerdo yo a esta mujer; curandera, partera, amiga de ayudar en las necesidades, igual te vendaba un brazo, te ponía los huesos salidos en su sitio, (los médicos dejaban, por aquel entonces, mucho que desear en estos menesteres). Ella con una maestría de muchísima práctica, te contaba algo para entretenerte, te iba dando masajes con suavidad y aceite del lagar y cuando ya te tenía confiada, un tirón con acierto, y cuando dejabas de chillar ya tenías el brazo o el pie, con los huesos puestos cada uno en su sitio. Luego te vendaba con suavidad con una venda de tela con remates cruzados de hilos de colores, y durante los siguientes días te daba masajes y baños de agua caliente con sal. Era una verdadera maravilla».

Tenía muchos descendientes, pocos bienes y muchas necesidades. Sin embargo, nada era obstáculo para que ella ayudara a aquellas personas que aún tenían menos que ella.

«En una ocasión, unos gitanos forasteros llegaron de noche y con el frío de antes, una de las gitanas se puso de parto en un «cortinar»<sup>5</sup> próximo. Llamaron a Tía Luisa y ella acudió, siempre lo hacía, y siempre desinteresada, y ayudó a traer al mundo a la criatura. Después se fue a su casa y del poco café, pan y leche que tenía, calentó un poco y ya se disponía a salir otra vez cuando uno de los suyos le preguntó:

-¿Dónde vas madre?

-Y ella con su sonrisa tierna y su voz dulce le dijo: a llevar un poco de café a esa pobre gitana, los pobres no tienen nada.

-¿Y nosotros madre?

-A nosotros, Dios proveerá hijo, Dios proveerá. Y siguió su camino a concluir su trabajo.

Así, con todo el amor del mundo, calladamente, tiernamente, en este pueblo muchas mujeres hacen sus caritativas obras y la mayoría pasan desapercibidas y de otras se sabe de puro milagro».

## **ANA MARÍA DE LA SALUD BERMEJO PRIETO. BERROCAL**

La historia de Ana María de la Salud la cuenta Presentación Delgado García, a través de estas líneas:

4. Oriundo del municipio de Cabezas Rubias.

5. Huerto.



▲ Ana M<sup>a</sup> Bermejo, el día de su boda, con el traje típico de serrana con el que en esa época se casaban.

«En Berrocal, un pueblo pequeño de la provincia de Huelva, nació Ana Maria de la Salud Bermejo Prieto, el día 1 de Junio de 1891 en la calle Larga nº 15, hija de Juan Bermejo García y Demetria Prieto García.

Fue la mayor de las tres hermanas. Perdiendo a su padre a la edad de 9 años, se trasladó a vivir con su abuelo paterno a la calle La Fuente nº 7. Aquí pasaría su niñez, ayudando con sus pocos años en los trabajos propios del pueblo y de una familia humilde y sencilla: «apañar», escaldar<sup>1</sup> y ayudar en la casa. Su juventud fue corta y muy marcada por sus circunstancias, mayor de tres hermanas, madre viuda y criada con un abuelo anciano.

Ana, según los/as que la conocieron, era persona cariñosa, sencilla, amiga de sus amigas y muy trabajadora. Además de las tareas ya reseñadas, tuvo también que servir en casas y tiendas de particulares siendo, según consultas, muy querida y respetada por todos. A la edad de 21 años contrajo matrimonio con Raimundo García Delgado, natural y vecino de Berrocal, soltero de 22 años, de profesión jornalero e hijo de Juan García Calero y Sebastiana Delgado Caballero.

El matrimonio se celebró el día 1 de febrero 1913 en la parroquia de san Juan Bautista de esta villa, luciendo la novia el traje de serrana típico del pueblo y que además era el único que tenían para fiestas y acontecimientos.

Unos pocos años posteriores a su matrimonio fueron para Ana como un pequeño oasis de alegría y felicidad en su oscura y triste vida. Se amaron, se respetaron y juntos construían un futuro. Tuvieron seis descendientes, tres murieron pequeños quedando el matrimonio con dos hijas y un hijo. Juntos cuidaban sus pocos animales y principalmente empezaron a sacar de la profundidad del suelo una tierra blanca que fue famosa en el pueblo y alrededores, ya que con ella se blanqueaban todas las casas al llegar la primavera o en las fiestas de cada pueblo; era la única pintura que existía entonces. Esta tierra la extraían de grandes pozos que los hombres excavaban en el suelo y Ana, acompañada de otras mujeres, se sentaban en alfombras que formaban con ramas de plantas, e iban separando las betas amarillas y dejaban solo las blancas -de ahí su nombre «tierra blanca»- que después de secarla extendida al sol, la cargaban en mulos o burros y Ana con su marido vendían por almur o medio almur -medidas propias de la época-, en Berrocal, Nerva, El Madroño, etc.

Pero pronto esta alegría de amor, trabajo en común y felicidad se fue apagando al caer enfermo su marido. Así estuvo durante varios años y finalmente murió a los cuarenta y cuatro años. Ana quedó viuda con sus tres descendientes de catorce, nueve y cinco años, en tiempos de República, teniendo ella de nuevo que asumir toda la responsabilidad y trabajos.

Se vio obligada a vender una pequeña propiedad, herencia de sus progenitores, para poder hacer frente a la larga enfermedad de su marido y crianza de sus hijas e hijos, yéndose todos a vivir con el abuelo paterno (se repite la historia), que le daría ayuda y compañía.

Al quedar viuda tan joven, cuarenta y tres años, el manto oscuro de aquellos años envolvería para siempre su vida. La conocieron valiente, animosa y solícita de los suyos. Cada día amasaba esas cochuras para alguien que le pagaría con un cuarterón de pan o cuarterón y una libra si le ayudaba su hija mayor, y todo ello completaría el sustento de su familia y, a veces, sobraba algo para algún fugitivo de los alrededores que a su puerta llegaba pidiendo.

Y al atardecer, de madrugada, o cuando amanecía, se escuchaba una llamada, un golpeo, una voz: «Ana, mi mujer esta de parto» o un familiar estaba enfermo o alguien se moría... y Ana salía rebujada en su gran mantón negro cubriéndole todo el cuerpo y a veces alumbrándose con un foco, hasta donde alguien requería su ayuda o compañía.

Si era un parto, que en aquella época se cubrían en los propios domicilios y Berrocal por entonces tendría unos seiscientos habitantes, ella hacía de comadrona. De los partos volvía jubilosa, repitiendo: «un niño hermosísimo» o «qué niña más preciosa», o aquellas otras veces cuando volvía cabizbaja con el corazón encogido e invitando al «chiquerío»<sup>6</sup> a buscar flores para adornar a algún pequeñín que dejaba esta vida.

Las mujeres del pueblo siempre buscaban a Ana para que su experiencia las orientara durante los primeros días después del nacimiento de un hijo o hija y a veces incluso durante toda la cuarentena. Ana visitaba su casa cada mañana para bañar, curar el ombligo o dar un buen consejo.

Si era una niña la nacida además, le abría el agujero en la oreja para colocar los zarcillos<sup>7</sup> y siempre ella añadía el mismo consejo a la madre: «no se te olvide cada mañana darle una vueltecita con saliva al hilo, que la saliva es muy curativa y pronto estará sequito». Y cuando así era, ella misma cambiaba el hilo por los primeros zarcillos que las madrinas le regalaban.

Al quedar sola tan joven, para ella todo quedó reducido a criar a sus descendientes, trabajar para ellos/as y dedicar para los demás aquel tiempo que hoy hubiera podido dedicar a tantas y de tantas maneras. Para ella todo era trabajar, visitar o acompañar a personas enfermas, familias, a tantos/as moribundos/as, a los que al

---

6. Grupo de chiquillos/as.

7. Pendientes.

llegar su final ella, con su buen ánimo, también amortajaba, unos por no tener familias, otros por sufrir alguna enfermedad desconocida y de la que la gente rehuía..., pero ella siempre decía lo mismo «es un deber cristiano, alguien lo tiene que hacer».

Y así entre sus cochuras, traer los caldeos<sup>8</sup>, agua para la casa y trabajar en todo, fue considerada valiente, muy religiosa -heredado de su madre Demetria- y con un gran carácter.

Con todo esto, Ana fue pasando su vida. Pero esta vida aún colmaría su dolor y tristeza al perder, primero, a una hija a los veintiún años, a la que aún todos recuerdan con cariño y amargura, pues cayó muerta en la calle y es algo que aún hoy nadie ha olvidado. A los pocos años, perdería también a su hijo, de veinticuatro años, quedando sola con una hija, con la que siempre vivió.

Si su juventud no fue un camino de rosas, todavía estas pérdidas y este dolor vinieron a marcar para siempre a aquella mujer, Ana, que sigue envolviéndose cada vez más en aquel manto negro que sería fiel reflejo de su dura vida y apagada alegría.

No obstante, como resurgiendo de su propio dolor, volvía cada amanecer y cada día a aquellos hogares donde requerían su experiencia y sabiduría, ayudando a quienes la necesitaban.

Su casa, las visitas a los demás y las visitas al cementerio fueron para Ana sus más largos viajes y las pequeñas sonrisas de aquellos a los y las que ayudó a nacer sus grandes alegrías.

Murió a la edad de 79 años con un corazón cansado y una mente nublada por tantas amarguras».

### **MARÍA ESTEBAN CABALLERO DELGADO. BERROCAL**

Elia García Delgado y Eva García Delgado, han rescatado la historia de María Esteban Caballero Delgado. Esta mujer nace en Berrocal a finales del siglo XIX, en el año 1877. Su vida como la de tantas otras mujeres transcurrió en el mismo municipio.

En 1915, a los treinta y ocho años de edad, da a luz un hijo que nunca llegó a ser reconocido por su padre. Ella sola, tuvo que encargarse de su crianza y su educación.

A pesar de ser madre soltera y en una situación bastante difícil, a tenor de sus circunstancias, afrontó su vida con resolución y entereza ganándose la admiración y el respeto de todos y todas. Trabajó realizando

---

8. Leña para el horno.

tareas domésticas en las casas particulares y asistiendo a los partos. «Recogió» a numerosos bebés tanto en Berrocal, como en todos los diseminados que tenía el pueblo. Ella se trasladaba como podía a las casas de las parturientas, la mayoría de las veces yendo por los caminos a lomos de animales de carga o incluso andando.

Siendo ya muy mayor contrajo matrimonio con Juan Manuel Romero.

Muere en Berrocal, en 1971, a los 94 años de edad.



María Esteban Caballero Delgado en 1897 ▶

### **CATALINA LUIS CIFUENTES, «LA DIOSA». NERVA**

La siguiente historia la escriben Conchita Morano y Catalina Losada, con las presentes líneas:

«Esta pequeña gran mujer nació un 6 de Junio de 1879 en Doney de la Requejada, un pueblecito de la provincia de Zamora, y siendo muy joven, igual que hicieron miles y miles de personas en esos años, vinieron a buscar una mejor vida en las entonces famosas Minas de Río Tinto.

Hicieron el largo viaje en mulos y recabaron en Nerva, lugar donde se asentaron la mayoría de personas que venían desde todos los sitios de España. Vivía con sus dos hermanas María y Ana y empezó a trabajar en las escombreras de las minas.

Se casó con Francisco Losada González también de un pueblo de Zamora y de la misma comarca de Sanabria (Tocinos de la Requejada) y tuvieron una hija, Esperanza, y cuatro hijos, Juan José, Manuel, Benito e Hilario. Su hija Esperanza murió muy joven y ella se hizo cargo de sus seis nietos.

Supo también del sufrimiento de ver partir a sus hijos a luchar en la Guerra Civil. Después de la Guerra, a través de un familiar que tenían en La Granada de Riotinto, se dedicaron a la matanza de cerdos y pusieron una pequeña tienda donde vendían de todo. Su nieta Conchita cuenta: «Yo la conocí ya mayor -cuando nací, tenía setenta y dos años- pero de los años que viví con ella sólo tengo buenos recuerdos. Desconozco desde cuándo o cómo se dio cuenta que tenía esa «gracia», ni quién le puso el apelativo de «la diosa», pero ella me contaba que había llorado en el vientre de su madre y que ésta también sanaba».

Cuenta Conchita que su casa se comunicaba con la de su abuela a través de un sótano y ella veía cómo a diario venían tantas y tantas personas que entraban lo mismo por casa de su abuela como por la suya.

Sin saber leer ni escribir, curaba los huesos rotos, encajándolos y cubriendo la parte rota con una especie de engrudo que hacía con ceniza de los braseros y huevo.

Llegaban muchas madres con sus descendientes que vomitaban todo lo que comían y ella se limitaba a «curarles», les decía que el/la niño/a tenía «la espiguilla caída»<sup>9</sup>, les daba masajes con aceite durante tres días debajo del pecho y les rociaba desde su boca con una pequeña dosis de aguardiente rebajado en agua que ella tomaba en pequeños sorbos.

«Refregaba» con aceite a personas mayores que tenían dolores de espalda y después de estos masajes les ponía unas ventosas con un vaso caliente.

Mientras realizaba estas acciones era digno de ver cómo las personas que acudían se abrían emocionalmente y les contaban todos sus problemas y cómo ella, como la mejor de las psicólogas, las escuchaba y daba consejos.

Todo esto lo hacía sin cobrar nada, pues cuando terminaba su trabajo y les preguntaban cuánto les debían, ella siempre contestaba «la voluntad» y claro, en esos tiempos voluntad había mucha, pero sólo eso.

Los/as más pudientes sí que le daban algo de dinero o alimentos o les llevaban dulces, pero lo más importante era ver cómo se iban de contentos/as y agradecidos/as y cómo la mayoría volvían a visitarla y hablar un rato con ella.

Las personas que la conocieron cuentan que era una persona buena y sencilla que se dedicó a hacer el bien sin pedir nada a cambio y que le encantaba estar con su familia. Era muy activa y un día lluvioso que salió a coger el pan tuvo una caída que la metió en cama y murió a los pocos días, el 21 de Octubre de 1965.

Vaya para ella toda nuestra admiración, respeto y cariño, junto con el de todos sus nietos/as, biznietos/as y tataranietos/as que ya a su corta edad la nombran y saben de su buen hacer con lo demás.»

---

9. Dolores de barriga.



## SEVERA HERNÁNDEZ MONTERDE. THARSIS

María Antonia Estévez, nos cuenta la historia de Severa Hernández, a través del relato<sup>10</sup> corto que reproducimos a continuación:

«Cuando en 1853 Ernesto Deligny, ingeniero de minas de nacionalidad francesa recorre la Cuenca Minera buscando fuentes de riqueza para explotarlas, encuentra que la tradición de los pastores había conservado el nombre de Tharsis, sus escoriales guardaban vestigios del Tharsis fenicio, del Tarshish bíblico de Irán, de la región Tartesus de Andalucía.

Muchos años después, cuando la mina bondadosa en metales late dando vida a los hombres, su productividad ofrece muchos puestos de trabajo.

Un día de 1892 nace Severa Hernández Monterde, hija de Antonio y Samblás. Crece sintiendo una inmensa sed de aprender y su sensibilidad ante el dolor de los demás la llevan a ahondar en los misterios profundos de sí misma rodeándose de una energía de la que manan lazos invisibles que anudan el cuerpo y la mente.

Un día de primavera, en que la luz del sol brilla sobre la mina, llega de Portugal la Señora María, emana un aura especial lleno de amor, es ella quien transmite a Severa muchas oraciones ancestrales con las que más tarde cura muchas enfermedades.

Severa reza...sus palabras mágicas en las que pone sus cinco sentidos hacen volar su alma envolviendo a las personas que lo necesitan, mirando a la Luna susurra:

Luna , lunate  
 por aquí pasaste  
 y mi color te llevaste  
 vuelve a pasar  
 y vuélvelo a dejar.

La fe y la humanidad la llevan a emprender un viaje que durara toda su vida, es así como cura dermatitis «la dicipela», el mal de ojo, la depresión causada por la Luna, las quemaduras... a veces muchas de estas enfermedades reverberan en ella teniéndoselas que curar ella misma.

---

10. «Palabras de una mujer», relato corto que obtuvo el primer premio en el concurso literario local.

En una tarde de verano impregnada en olor a jazmines, las sombras juegan a engendrar sueños, por las lanzas del amor quedan unidos a Severa y Aurelio. Ambos participan en un grupo teatral, buscan fondos para crear una orquesta.

Se casan y fruto de su matrimonio nacen tres hijas y dos hijos. Severa elabora ricos dulces caseros, borrachos embriagados en miel, rosas de huevos, magdalenas rellenas de chichis, la gastronomía del pueblo encuentra en esta mujer la forma de seguir perdurando así como el arte de delicados bordados y de la costura.

Cuando su marido es nombrado alcalde socialista, Aurelio ve en su mujer un apoyo constante, en la que de forma anónima le ayuda a dar criterios e ideas femeninas. Durante su alcaldía se instala el alumbrado eléctrico y el alcantarillado así como una cooperativa.

Llegan los años de la Guerra Civil y amenaza el odio, el miedo y la crueldad. Se quema la iglesia, sacan a mujeres de sus casas y las hacen tomar laxantes, les rasuran el cabello y las pasean por el pueblo, matan a jóvenes a las puertas del cementerio.

Severa ve como su marido es sacado de su casa muchas veces a punta de pistola y sus hijas se esconden debajo de las camas temiendo ser violadas.

La guerra acaba...gracias, mil gracias... porque la paz se adueña de nuevo de sus vidas.

Tras la guerra Severa y muchas mujeres hacen «trasperlo» –contrabando-, vende ilegalmente artículos que traen de Portugal, para ello recorren a pie grandes distancias a escondidas sacando toda la fuerza interior de quien es sabedora de una ilegalidad que le dará sustento a sus hijos.

Muchas personas le pedían consejo, pues atisbaban a ver en ella un halo especial que brillaba por encima suya, ella les contestaba: Reza...reza con tu alma... siente que eres parte de Dios y eres él a la vez, siente como mana el agua de la energía eterna.

Su vida transcurrió por la vía del crecimiento espiritual, transmitía una luz única que era como un remanso de paz, la vitalidad de sus palabras volaban haciéndolas revivir en el recuerdo de todos los que la conocieron, de todos los que se sintieron agradecidos porque los curó.

Muchos jamás se explicaron como existen personas que sólo con sus palabras y rituales aprendidos de la tradición son capaces de influir en la salud de los hombres.

Aquellas personas que la conocieron, hasta que con la edad de noventa y cuatro años su vida se apagó, fueron testigos de que el poder del espíritu, el poder de la mente y del cuerpo en equilibrio son capaces de hacer...»MILAGROS».

## **JUANA LORENZO RODRÍGUEZ MORA. PUEBLA DE GUZMÁN**

Juana nació en Puebla de Guzmán, el 17 de Agosto de 1888, siendo la segunda de cuatro hermanos/as. Su vida es una historia, como tantas otras, de escisión familiar. La economía de las familias en estos tiempos era tan precaria, prácticamente de subsistencia, que cuando un progenitor moría, la familia se quedaba sin recursos para sobrevivir, teniendo inevitablemente que separarse. Lo más habitual en estos casos era repartir a los descendientes entre la familia cercana.

Esto es precisamente lo que le sucedió a Juana cuando tenía 8 años al morir su padre. A ella le tocó entonces irse a vivir con su abuelo y abuela. Tenía que esperar la llegada del verano para pasar cada año una temporada junto a su madre y a sus hermanos/as en el pueblo. Allí aprovechaba esos momentos de reagrupamiento familiar para aprender a leer y a escribir, además de coser, bordar y saber llevar una casa, cosas más propias de las mujeres de aquella época.

Su labor social solidaria comienza cuando se cambia de residencia, tras su matrimonio a los veinticuatro años de edad. Al haber estado mucho tiempo en el campo junto a su abuelo y abuela, aprendió de éstos el poder medicinal de muchas plantas y así comenzó a tratar y a curar heridas y pequeños problemas de salud. Además, ponía las inyecciones y realizaba los trabajos de comadrona asistiendo partos, ayudando no sólo a venir al mundo a muchas criaturas sino procurando también la supervivencia de las madres. Su trabajo era tan reconocido que hasta el mismo médico recomendaba sus servicios.

En aquellos tiempos en que la mayoría de las personas no podían pagar estas atenciones, ella nunca cobró nada por prestarlas.

Nos cuenta Isabel González que «Todos tenían una estrecha relación con Juana porque tenía un carácter alegre a la vez que juicioso y sensato, y cuando tenían alguna decisión importante que tomar, todos acudían a ella para consultarle.

Murió el 12 de marzo de 1973 dejando como ejemplo su dedicación a los demás que desarrolló siempre de forma altruista».

## **APOLONIA CARRASCO BORRERO. SANTA BÁRBARA DE CASA.**

La historia de Apolonia nos la cuenta Mercedes Infante Carrasco en la «Asociación de Mujeres» de la localidad. Nos menciona que «ya desde pequeña curaba». Era modista, cogía aceitunas... hacía de todo porque eran cinco de familia... Pero si por algo la recuerdan, era por su carácter solidario y porque «no se quedaba impasible ante el dolor ajeno». Quizás fue ésta la razón de su vocación de partera.

Nos cuenta Mercedes que cuando la comadrona que estaba antes que ella se marchó, el médico y el practicante se reunieron y le pidieron a Apolonia que ocupase el puesto de partera al que dedicó alrededor de veinticinco años. La gente que podía le pagaba en especie, ya que no había dinero.

Cuando de «recoger» bebés se trataba, no rendía cuentas a nadie. Una noche salió de su casa y no volvió hasta pasados dos días, atendiendo un parto en el campo. Y a pesar de que siempre decía respecto a las prisas de las parturientas «ellas piensan que lo van a tener tan rápido como lo hicieron», acudía donde la llamaban a cualquier hora.

Siempre tenía su bolso preparado para el trabajo, recuerda Mercedes. Una noche, una gitana de un circo ambulante se puso de parto y tras «recoger» a la criatura, se fue a hablar con el alcalde para pedirle ropa y comida, «porque aquellas no eran condiciones para un/a bebé». Mercedes comenta que mientras Apolonia estuvo de partera en Santa Bárbara no se murió ningún bebé, porque por muy complicado que se presentara el parto, ella siempre lo sacaba hacia delante.

Cuidaba además de algunas personas enfermas y en más de una ocasión les llevaba incluso sus propias ropas de cama cuando acudía a visitarlos. Murió joven, a los cuarenta y nueve años, pero no ha pasado al olvido.

### **ANA MARÍA SÁNCHEZ GONZÁLEZ. SAN TELMO**

Ana María Sánchez González<sup>1</sup> nació el día 15 de Marzo de 1906 en El Cerro de Andévalo. Sus progenitores, Matías y Ana, constituían un matrimonio humilde. Su padre y su madre se fueron a vivir a San Telmo siendo ella aún muy pequeña ya que tan solo tenía dos años. Su vida de niña fue relativamente fácil, pero cuando fue mayor de edad las cosas cambiaron mucho. Madre soltera de dos hijos, niña y niño, a los/as que crió con orgullo, sin ayuda, únicamente con su esfuerzo, «trabajando noche y día por la comida».

Dice Juana Díaz Domínguez que, «para las personas que la conocimos realizó a lo largo de su vida, una labor muy importante: ayudar a traer niños y niñas al mundo y ella fue una auténtica matrona sin haber visto nunca un hospital ni haber aprendido nada de nadie; solo su valor y atrevimiento la llevaron a hacer lo que hacía». En San Telmo «recogió» a muchas criaturas.

Ana María Sánchez González ▶



En una ocasión, posiblemente de las más complicadas, atendió un parto doble, de mellizos, «nadie sabía que eran dos pues entonces esto no se podía saber» cuenta Juana. Mientras le cortaba el cordón umbilical al primero que nació, observó cómo asomaba el pie otra criatura. Esto suponía, en muchas ocasiones, la muerte de la madre por desgarros internos o infección. Consciente de ello, con su sangre fría se puso manos a la obra, se esterilizó lo mejor que pudo ya que no había guantes, sin un médico presente que la guiara y sin nada más que su valor y determinación para salvar la vida a ambos. El niño venía de pies. Ella sabiendo que no había otra salida, «metió la mano, le dio la vuelta, lo colocó en posición y el alumbramiento terminó felizmente con la madre y el hijo en perfecto estado», sin complicaciones post parto para ninguno. La madre recuerda todo con la angustia del momento. «Por cierto, este mellizo, hoy es Auxiliar Técnico Sanitario», recuerda Juana.

En otra ocasión, cuando otra mujer se puso de parto y el médico de cabecera la mandó a Huelva, al hospital, Ana María, intuyendo la proximidad del alumbramiento, tomó la acertada decisión de acompañarla ya que en la mitad del camino nació el bebe. Ella lo «recogió», pero no llevando nada para cortar el cordón umbilical, se bajó del coche y con una piedra que ella misma afiló y limpió, cortó el cordón, mandó dar media vuelta al todoterreno y terminó de arreglar a la criatura en su casa.

«Ana María tenía muy buen carácter, sus penas no las exteriorizaba. Siempre estaba de broma y dispuesta para todo. Todo lo hacía de manera altruista, sin interés económico. Además amortajaba a las personas a su muerte. Ana María vivía en una cuadra, en una choza. Su forma de sustento era acarrear agua, leña, limpiar en las casas particulares...

Para Ana María, nuestro reconocimiento a su labor».

### **JERÓNIMA DELGADO HACHA. NERVA**

Mari Clavero detalla la biografía de Jerónima Delgado Hacha:

«Nace en Monte Sorromero, pequeña aldea perteneciente a Zalamea la Real, el día 16 de Enero del año 1929.

Hija de Antonio Manuel Delgado Castilla -practicante titulado por La Universidad de Sevilla y expedido el título por el Rey Alfonso XIII en el año 1923- y Araceli Hacha Mellado -ama de casa-. Su ascendencia por parte paterna era extremeña y era la familia encargada de encender y mantener los hornos en el departamento de fundición. Y por parte materna, vasca y serranía de Huelva, sus abuelos ejercían de maestros por las aldeas.

Toda su infancia discurrió en el Monte Sorromero, teniendo como recuerdos los juegos -el corro, las casitas, el esconder, construir collares con flores naturales....- y su permanencia en la escuela mixta con su maestro D. Gregorio.

En 1942, a los 13 años, se traslada a vivir con su familia a Nerva, e inicia su preparación para ingresar en el Instituto la Rábida de Huelva, su profesor en esta época es D. Manuel García en la aldea de Naya, a donde se trasladaba todos los días.

Una vez aprobado el ingreso, comienza sus estudios de Bachillerato como alumna libre, preparándose con D. Orencio Rivas todas las materias -pagaba treinta pesetas al mes-, excepto las asignaturas de Latín, con D. José Arrayás, cura párroco, y francés, con Sor María Luisa en el convento. Recuerda a otras alumnas: Anita, Peni, Josefa Oyola, Carmela la de Leona y su prima María Luisa.

En 1949, marcha a estudiar a Sevilla los estudios de practicante y matrona, realizándolos en el Hospital de las Cinco Llagas, hoy Parlamento Andaluz. Termina en el año 1952 e inicia su vida laboral, ejerciendo como matrona en el seguro, cobrando sesenta y seis pesetas por acto médico -parto-, descontándole un 3%. El pago se lo realizaba el Sr. Hurtado en la calle Acije.

El trabajo era agotador, en algunos meses atendió hasta veinte partos y casi todas primerizas. De forma particular, ejercía como practicante realizando consultas domiciliarias y en su domicilio, cobrando 1,25 pts por inyección. A las personas más necesitadas no les cobraba.

Este trabajo le sirvió para «juntar su ajuar» y se casa en el 1955 con D. Evaristo Márquez Contreras, administrativo del Ayuntamiento de Nerva, que posteriormente estudio profesor mercantil, facultativo de minas, Licenciado y Doctor en Bellas Artes, ejerciendo como secretario, profesor de dibujo y francés en el Instituto Libre Adoptado que se construyó en Nerva en 1960. Después aprobó las oposiciones, siendo profesor numerario en institutos de Zamora y Sevilla, hasta su jubilación. Compaginó todo lo expuesto con su actividad artística como escultor.

Jerónima, después de casarse abandona su trabajo como matrona y sigue ejerciendo particularmente como practicante.

Tiene seis descendientes, Evaristo, Araceli, Daniel y Marina, muriendo dos en el parto.

En el año 1969 vuelve a colegiarse y comienza de nuevo a trabajar como matrona, esta vez en APD -Asistencia Pública Domiciliaria- mejor conocida como beneficencia, compaginándolo con su trabajo que siempre ejerció de practicante privado.

En 1971, comienza a trabajar en la seguridad social, Hospital Maternal de Riotinto, como matrona, oposita en el 1973 a la Seguridad Social, aprobando la oposición a los cuarenta y cuatro años y, en marzo de 1974, toma posesión de su plaza de matrona en el Hospital Virgen del Rocío de Sevilla, donde trabaja hasta su jubilación en 1994. Como anécdota, después de haber estado trabajando toda su vida, para poder jubilarse tuvo que trabajar 8 meses más porque le faltaba cotización.

Jerónima recuerda con agrado su infancia. Recuerda que después de casarse la economía era muy justa y que trabajaba hiciera frío, calor, embarazada..., siempre andando hasta cubrir los avisos. En Nerva se sintió siempre muy querida y respetada. El primer parto que asistió fue a su hermana Eulogia al tener a su hija Elu. Ejemplo de otros partos al comienzo de su carrera fueron los nacimientos de Julio Barba y hermanos/as, o el de José Fuentes Robles.

Actualmente, vive en Sevilla con su hija Marina, y son frecuentes sus estancias en las aldeas de Valdeflores y Juan Gallego.

La vida de Jerónima aquí descrita es fiel reflejo de una mujer trabajadora. En años difíciles para que las mujeres estudiaran, ella se preparó, realizó sus estudios y desde que los terminó ha estado trabajando. A esto hay que añadirle todas las tareas que conlleva cuidar de la familia y de la casa.

Sirvan estas palabras como homenaje a una mujer que ha sido y sigue siendo excelente persona y que llevó por bandera el trabajo desde su juventud hasta su jubilación».





# CAPÍTULO 5: ENTORNO MINERO, POLÍTICA Y MUJERES EMPRENDEDORAS.



## ENTORNO MINERO

La todopoderosa compañía minera removi6 no s6lo las entra6as de la tierra, sino tambi6n los cimientos de toda una sociedad. Su efecto fue devastador y soterrado para las mujeres, sinti6ndose m6s fuerte en los lugares donde estaba asentada. Dentro del territorio de su influencia, marc6 los destinos de las personas, defini6 de nuevo lo bueno y lo malo, lo que estaba bien visto y lo mal visto, siempre desde sus propios intereses. A las mujeres se las dejaba trabajar remuneradamente cuando eran j6venes, pero estaba mal considerado que lo hicieran despu6s de casarse, tambi6n estaba mal visto que compartieran espacios con los hombres, aunque fuese en el hospital atendiendo a otros hombres enfermos. La compa6a no pod6a permitir que se pensara que sus obreros no ganaban lo suficiente para mantener a su familia. Por otra parte, tampoco permit6a que las mujeres compitieran con sus talleres de bordado, con sus enfermeras, etc. De esta forma, la mujer del minero qued6 relegada a su casa, mal vista si trabajaba, siendo sumamente dif6cil iniciar cualquier actividad emprendedora salvo las altruistas y las de escaso calado social.

No obstante, conviene recordar que aunque fundamentalmente el entorno minero fue un entorno masculino, s6 hubo mujeres mineras tanto en la zona de El And6valo como en la Cuenca Minera. Estas mujeres conocidas como barquilleras y balcaeadoras, que no llegaron a merecerse el t6tulo de mineras posiblemente para no ponerlas en n6mina, trabajaron duramente transportando el mineral sobre sus cabezas u hombros hasta las vagonetas o hasta el tren en la Cuenca Minera, o desde los m6s de treinta «denuncios»<sup>1</sup> que hab6a en Cala6as, donde adem6s, en muchas ocasiones lo «arrancaban» ellas mismas de la tierra.

La mujer, la familia, viv6a totalmente al arbitrio de los menesteres de la vida del hombre minero. Las mismas mujeres que en muchos casos altruistamente atend6an, como hemos relatado, a los mineros accidentados, estas mismas mujeres que ayudaban a traer al mundo a sus descendientes, quedaban desamparadas en caso de muerte del marido minero. Fuesen cuales fuesen los m6ritos de sus maridos, -cuarenta a6os al servicio de la empresa...-, si no ten6an un hijo var6n que lo pudiese sustituir en la mina, la familia quedaba a merced de la caridad ajena. Fueron las «Viudas de la Mina». Pero a pesar de todo sacaban fuerzas y recursos para cuidar y criar a sus hijos e hijas en pueblos donde la situaci6n econ6mica era ya de por s6 bastante precaria. Pero para los trabajos «m6s propios de mujeres» s6 contaban con ellas, por ejemplo, para algunas labores administrativas, las m6s mec6nicas y de menos relevancia y, por supuesto, para la limpieza.

*1. Micro-explotaciones mineras al aire libre, que aprovechaban las afloraciones de las vetas superficiales para su extracci6n. Su transporte se realizaba a mano.*

### **CARMEN CONDE. EL CERRO DEL ANDEVALO**

Carmen Conde es un ejemplo de las denominadas «viudas de la mina».

Perdió a su marido cuando sus dos hijos varones contaban con tan sólo tres y seis años. A pesar de ello, Carmen, luchó y batalló para sacarlos hacia delante teniendo en cuenta la precaria situación económica que sufría la zona en aquellos años.

### **TRINIDAD ZARZA CARRASCO. EL CAMPILLO**

Ella misma nos contó de sus labios su historia.

Trinidad empezó a trabajar muy joven en la mina, como limpiadora en «la dirección», las oficinas. Cuando ella empezó a trabajar en la «empresa» ya el tren que comunicaba El Campillo con la mina había desaparecido. La compañía puso un autobús para desplazar a los obreros desde sus casas a la mina. Recuerda cómo se montaba en este autobús junto al resto de mineros y cómo la miraban mal, la insultaban y «la ponían como los trapos», porque decían que montarse en un autobús sola, entre tantos hombres, no era propio de mujeres decentes. Para evitar estas situaciones estuvo ahorrando, se sacó el carné de conducir y se compró «un cochecito». No obstante, la seguían criticando, ahora porque tenía coche, cosa que al parecer tampoco era propia de una mujer.

Las dificultades que las mujeres han tenido para desempeñar cargos públicos y acceder a puestos políticos quedan reflejadas en las dos historias que se relatan en este capítulo. Mujeres curtidas en mil avatares de la vida, seguras de sí mismas, con su propia forma de hacer política desde la perspectiva que da el hecho de ser mujer. Y en soledad.

### JOAQUINA RECIO JACINTO. VILLANUEVA DE LAS CRUCES

El día 19 de abril de 1961 nació, en el seno de una familia pobre, una niña a la que pusieron de nombre Joaquina Recio Jacinto. Era la cuarta de los hermanos y así hasta llegar a once de los cuales viven diez.

El padre de Joaquina trabajaba en el pozo de la mina y, poco a poco, fue enfermando con el mal de la mina, la silicosis. El sueldo era pequeño para mantener a «tantas bocas» que, unido a esta grave enfermedad que le impedía trabajar regularmente, hacían difícil la supervivencia de la familia.

Como muchas otras familias numerosas y de escasos recursos económicos, los progenitores de Joaquina tuvieron que tomar decisiones drásticas respecto a los/as descendientes ante tan dramática situación.

Nos cuenta Ana María Macías Charneco que en Villanueva de las Cruces vivían unos parientes que no tenían descendencia y estaban dispuestos a cuidar de alguno de las criaturas del matrimonio. De esta manera, y a pesar del sufrimiento de la madre y el padre por la separación de Joaquina, ésta se trasladó a vivir con aquellos cuando sólo contaba 4 añitos. «Esta niña que no comprendía lo que estaba pasando, se vio de la noche a la mañana sin su familia más allegada».



Joaquina Recio Jacinto, 1967 ▶

En aquellos años, en los que las condiciones de vida y la moral especialmente de los entornos rurales, era dura y rígida, Joaquina creció en un entorno educativo estricto. Especialmente estricto con las mujeres. Las niñas no debían jugar en la calle, tenían que ser acompañadas siempre a cualquier parte... Joaquina empezó a escribir todo lo que sentía, ya que exteriorizar tampoco se podía. Y como no era deber de las mujeres dedicarse a estos menesteres, apagada la luz de la habitación y retirada la linterna con la que escribía bajo las mantas, Joaquina seguía escribiendo y lo hacía abriendo las ventanas. Con la poca luz que entraba, ella continuaba escribiendo y expresando lo que sentía.

Cuando tenía Joaquina 18 años, su tía enfermó. Aquella se encargó de cuidarla y así pasaron meses, días y noches, hasta que su tía falleció.

Joaquina, aunque había tenido pocas relaciones con las personas de la calle, era desenvuelta y «no se quedó en casa». Retomó los estudios que habían estado vetados para ella. Empezó a estudiar por libre Técnico Sanitario, pues no quería abandonar a su tío, ya mayor y diabético. Se desplazaba a Huelva los días de los exámenes y se volvía para el pueblo. No obstante, cuando llegó el momento de proseguir sus estudios en Sevilla ella tuvo que abandonar debido a que empeoró la salud de su tío, para dedicarse a cuidarlo.

Por entonces, abrieron en Villanueva de las Cruces una farmacia, donde se colocó Joaquina realizando todo tipo de trabajos. «Y como ella quería darle a la gente la ayuda que no había tenido nunca, a muchas personas con escasos recursos económicos, ella le pagaba las medicinas que no podían comprar. Como era aparente<sup>2</sup> para todo, siempre iba con el médico de turno, cuando un enfermo la necesitaba, allí la tenía. Se le murieron muchas personas en sus brazos a pesar de sus pocos años», afirma Ana María Macías Charneco.

Más adelante conoció a Manuel, el que hoy es su marido y aún después de casada, ella seguía entregada al trabajo –cosa poco habitual en las mujeres por entonces- y «dándose a este pueblo que la había recogido como si hubiese nacido en él.

La farmacia en la que seguía trabajando cambió de dueño. Debido a esto y al hecho de que ella estaba embarazada de su hija, fue a la calle, como todavía hoy en día, en algunos sitios, a las mujeres nos pasa. Como el pueblo es muy pequeño y nos conocemos todos, de sobra conocíamos a Joaquina, una mujer que, a pesar de las duras situaciones que le tocó vivir, siempre encaró la vida con valentía, disposición y siempre mirando para adelante, además de solidaria, pues todos saben cómo ha sido siempre Joaquina con las personas que en algún momento han necesitado apoyo, da igual su condición social o política», dice Ana María.

Entró a formar parte del Ayuntamiento como primera Teniente Alcalde el 26 de mayo de 1991. Sale votada con mayoría absoluta a la alcaldía el 28 de mayo de 1995, hasta el momento.



▲ Joaquina Recio Jacinto tomando posesión de la alcaldía de Villanueva de las Cruces en 1995.

A partir de aquí, si antes era trabajadora, «se convirtió en una especie de máquina. No sabemos cómo tenía tiempo para estar en todos lados y llevar su casa adelante, además de tener una niña pequeña».

Joaquina impulsando la constitución de la «Asociación de Mujeres Progresistas La Paloma», realizó numerosos actos en la localidad y fuera de ella, en los pueblos de alrededor, para animar a las mujeres a que «si queremos, podemos». Después de los trámites, se constituyó dicha asociación el 29 de noviembre de 1994, de la que Joaquina es Presidenta.

Muchos beneficios obtuvo el pueblo con el nombramiento de Joaquina como alcaldesa, se deja de quemar la basura a la salida del pueblo, se clausura ese vertedero y se empieza a recoger la basura colectiva, con contenedores en cada calle. Ese mismo año es nombrada, dentro de la Mancomunidad del Andévalo, presidenta del área de R.S.U. (Residuos Sólidos Urbanos), donde continúa con el cargo.

Joaquina recuerda algunas dificultades estando en el cargo: recuerda que su pueblo se abastecía de agua del pantano. El excesivo PH del agua, manganeso e hierro, por estar el pueblo enclavado en zona minera, estaba afectando a la salud de los habitantes, en algunos casos produciéndoles enfermedades en el sistema nervioso. Tras durísimas negociaciones, consigue comenzar las obras para trasvasar agua del Chanza a su pueblo y se encuentra con la dificultad añadida de que el trazado de tuberías iba a afectar a parte de la vecindad. Finalmente, consigue llegar a acuerdos individuales con cada vecino/a y por fin, en 1998, llega el agua limpia y cristalina al pueblo. En ese mismo año se empezó a depurar también el agua con la depuradora de aguas residuales instalada en el pueblo donde antes se quemaban las basuras.

Recuerda algo que le costó mucho, traer al pueblo una cabina telefónica. Además al haber una sola cabina, cuando estaba estropeada, quedaba el pueblo incomunicado (1995). En 1999 consigue que asfalten una carretera que une a Villanueva de las Cruces con Puebla, Cabezas Rubias, El Cerro y los Montes de San Benito, acortando 30 Km. Después de diez años de gestión política, consigue para su pueblo veintidós viviendas de protección oficial que están a punto de entregarse. También, durante su mandato, ha conseguido hacer tres parques infantiles y algo importante, unan biblioteca municipal en 1996.

Dice Joaquina que duerme por las noches tranquila de conciencia, con el sentimiento del deber cumplido, respirando aire puro, bebiendo agua transparente y ecológica, viviendo conectados con otros pueblos por carreteras, no por carriles y tranquila al saber que los/as jóvenes se quedan a vivir en el pueblo, como lo demuestra el último censo municipal, ya que, en la última década, la población en Villanueva de las Cruces ha aumentado.

Las mujeres de su pueblo coinciden en que: «hablar de Joaquina es hablar de una mujer luchadora. Cuando Joaquina entró a formar parte de la política cruceña todavía las mujeres tenían poco o ningún papel en la vida pública. Las mujeres no se interesaban por asuntos políticos, estos asuntos no correspondían a sus funciones atribuidas, por tanto estaba mal visto y se pensaba que la mujer no podía cumplir con las tareas que encomendaba el cargo. Esto nos da idea de cómo Joaquina es como mujer. A Joaquina le interesa su pueblo y su comarca, y pelea por ello».

### **CARMEN SÁNCHEZ FERNÁNDEZ. NERVA**

Ángeles Herrera Martín y Carmen Rojas Reyes rescatan la historia de Carmen Sánchez Fernández, citando lo que de ella se dice en el libro *«Miradas de Mujer»*<sup>3</sup>: «mujer marcada por una dura infancia y muy relevante en la vida política de Huelva». Su nieto y nieta, Manuel Cortés Santiago y Ana Cortés Santiago, escriben las siguientes «Notas Autobiográficas» dictadas por su abuela:

«Mi nacimiento encarnaba la conjura de todos los grandes enemigos del franquismo. La familia de mi madre formaba parte de la logia masónica más importante de toda Andalucía. Mi padre, por su parte, era miembro de las juventudes socialistas y hermano del último alcalde republicano de Paterna del Campo, asesinado en Badajoz.

Con estos antecedentes no resulta extraño que estuviera presa y sometida a tortura desde antes de ver el mundo. Mi madre fue encarcelada durante su embarazo y sale de la cárcel cuarenta días antes de mi nacimiento, aunque eso sí, sin haber declarado el paradero de su marido a quien las fuerzas franquistas buscaban ansiosamente.

El día de mi nacimiento, el 2 de febrero de 1937, según me cuentan, resultó espectacular la concentración de miembros de la falange, armados hasta los dientes, que esperaban que mi llegada al mundo les permitiera apresar al forajido que me encarnó.

Muy pronto tomé conciencia de la realidad en la que vivía. Aquel hombre que durante la noche visitaba la cama de mi madre, y aparecía y desaparecía como por arte de magia, bajando del techo, no podía ser mi padre, aunque yo conociera perfectamente su identidad.

Pasado un tiempo, a aquel familiar eventual puede llamarle papá, aunque eso sí, en el sórdido patio de la prisión de Huelva, donde estuvo encarcelado varios años, mis visitas eran toda una fiesta para mi padre y sus amigos, dirigentes socialistas como Curro López Real, a quien me uní desde entonces con esos lazos inolvidables que generan estas situaciones extremas y mis regresos al pueblo todo un ejemplo de buena desparasitación.



▲ Carmen Sánchez Fernández. 2006

Desde pequeña ayudé en las tareas más duras del negocio familiar. A diferencia de mi hermano, que nació tras los años de cárcel y tal vez por ellos, débil y enfermizo, yo era fuerte como un roble, mucho más que mi propio padre que regresó de su confinamiento muy debilitado.

Con veinte años me casé y junto a mi marido comencé a explotar un negocio de fabricación de refrescos que mi padre había iniciado en Nerva.

Me traslado a este pueblo minero en el que, mis circunstancias, totalmente ajenas al trabajo asalariado en la minería, me hacían diferente al resto de las mujeres que yo frecuentaba.

En el año 1970 empecé a participar activamente en el proceso político que se avecinaba. Muchos jóvenes barbudos, reuniones en lugares diversos, de madrugada, publicaciones secretas...

Constituí la agrupación local del partido socialista en Nerva, ocupando como única mujer, diversos puestos, desde sus albores, en la ejecutiva y ejerciendo la presidencia de la misma durante los últimos catorce años.

En el año 1979 ocupé el cuarto puesto, garantizando, en soledad, la participación femenina, en las listas que el partido socialista presentaba en esas primeras elecciones locales. Elecciones en las que participar o ser elegida concejal, lejos de constituir lo que en los últimos años he presenciado con asombro, tan sólo garantizaba la incertidumbre de lo venidero.

Desde aquella primera ocasión en la que estrenábamos las reglas de juego, he participado activamente en todas las consultas electorales, hasta convertir mi casa en uno de los puntos tradicionales de reparto de votos.

Mi actividad política, desarrollada sola entre hombres hasta hace unos años, soy consciente de que provocó en su momento muchas suspicacias. No obstante, siempre he intentado convencer, mediante mis actuaciones, a otras mujeres de lo necesario de su implicación en aquellos temas que les interesan y, porqué no decirlo, aunque hoy día resulte increíble, de su derecho a pasear solas.»



## MUJERES EMPRENDEDORAS

Las mujeres que ilustran este apartado suponen un claro ejemplo del resultado de unir necesidad, imaginación y tesón. Fueron mujeres que ante la adversidad se enfrentaron a la vida, espoleadas por la urgencia de sobreponerse a situaciones de precariedad vital. Fueron mujeres luchadoras, soporte de sus familias y pilares de su estabilidad. Mujeres que a pesar de las enormes dificultades que enfrentaron, supieron sacar provecho de los conocimientos que tenían por el hecho de ser mujeres. Mujeres que nunca renunciaron a llevar una vida mejor y más digna haciéndose un hueco en un mundo reservado a los hombres.

### CONCHA DÍAZ CORDERO. LA GRANADA DE RIOTINTO

Nació en Nerva, el 9 de enero de 1920, aunque ha vivido la mayor parte de su vida, desde los diecisiete años, en La Granada de Riotinto.

Recuerda una vida de trabajo y sacrificio. Trabajó arrancando monte, «limpiando jeno»<sup>4</sup>, limpiando fachadas...

De jovencita tuvo un novio, el amor de su vida. Mientras lo describe, sus ojos claros se llenan de lágrimas. Era un hombre de «gente bien» y por esta razón la madre de Concha no lo quería para su hija, por miedo a que Concha fuera sólo un capricho momentáneo para él. A pesar de estar enamorados, ante la imposibilidad de consolidar la relación, él decide irse a Madrid y ella, por necesidad de trabajar, se fue a servir a Sevilla. Ante la separación, él le hizo un juramento de sangre, le prometió que nunca se casaría, que tal vez disfrutaría de los placeres de la vida, pero no se establecería con ninguna. «Y así es», dice Concha, «nunca se casó. Tiene dos hijos, de mujeres distintas, pero no está comprometido con nadie». Ella cuenta que aún hoy día saben uno del otro, a través de terceros que les cuentan.

«Como eran tiempos malos, de mucha necesidad, me obligaron a casarme», dice. «Había que casarse, y pasé mucho, mi marido me llevaba veinticinco años, yo era una niña... y quería salir, ir de fiestas, divertirme...»

Concha tuvo tres descendientes y dos abortos. Me enseña todos los retratos de sus hijos/as, nietos/as y biznietos/as que tiene colgados en las paredes blancas de su humilde casa. Y refiere que fue «madre de leche», es decir, que amamantó a muchos bebés de forma solidaria. «Yo tenía muchísima y leche, y ¡había tanta hambre!», refiere Concha.

Su marido murió cuando ella tenía 40 años. Posteriormente, «con lo que había pasado, nunca pensé en casarme otra vez».

4. Limpiar el heno, paja.

A partir de ese momento, y debido a la situación tan precaria en que quedó al enviudar, tuvo que sacar todo adelante. Un día, hablando con una churrera que la conocía de la mina de Riotinto, desahogándose ella de sus penas, la churrera amiga le da la receta de los churros y le dice casi al oído: «amiga, los churros te van a salvar la vida, pero debes prometerme que nunca contarás el secreto».

Concha montó su churrería en casa y vendía y vendía, y con eso tiraron para adelante. «Y aún hoy no le he dicho el secreto a nadie», dice.

Posteriormente, según cuenta, dejó de vender los churros porque «los de sanidad exigían mucho y no pude seguir...» No obstante, en ocasiones especiales, ella los hace. Dice que «había aquí antes un alcalde, Ángel Bueno, que ciertamente era muy bueno y me prometió un quiosquillo en la esquina, pero murió y la cosa no tiró palante». Precisamente la calle donde vive lleva el nombre de este alcalde.

En estos momentos pitan en la puerta, ella se disculpa y con disposición sale rápida. Viene el camión de los congelados, que también trae los yogures que a ella le gustan tanto. El muchacho no tiene cambio y le dice a Concha que el próximo día se los cobra. Ella me dice que en el pueblo no tienen tiendas, que tienen que comprar a los repartidores.

Proseguimos y al momento aparece su nieta María del Mar. Cariñosamente viene a «echarle una bronca» y se dirige a mí: «¿tú crees que ella a sus 87 años puede ponerse a «hacer deo<sup>5</sup>» a la salida del pueblo en la baranda?. Que puede pasar un camión y arrastrarla...»

Concha le argumenta: «si aquí no hay de ná, tendré que irme a Nerva, al mercadillo de los lunes». Tocándome el brazo, como ignorando a su nieta, me dice: «niña, ¡como me gusta!, ver y comprar lo que quieras y ver a amigas...», «me casé con un hombre al que no le gustaban las fiestas, no salíamos, ¿ahora tampoco puedo salir? Mi nieta tiene un coche y puede ir para un lado y para otro... pues yo puedo ir a «deo» ¿no?» Cuando la nieta se va, Concha dice mascullando: «¡Qué exagerá!, mi nieta está equivocada, no tengo tantos años».

Vaya este reconocimiento a esta mujer, de corazón grande, vital, graciosa, afable y sencilla, de ojuelos cristalinos, mirada clara y viva, Concha Díaz, la Jeringuera, o como la conocen en Nerva, Concha la de La Alfilla.

«Yendo una mañana a misa de domingo con mi madre  
me encontré a una señora que su cara era un ángel.  
Yo los pasos le seguí hasta ver dónde entraba.  
Se ha colado en un jardín que era lo que deseaba.  
Volvió la cara y me dijo: «caballero, soy casada  
y a mi marido nunca le he faltado en nada».  
Yo desesperado me fui y en un arroyo me senté  
y el jilguero que pasaba con su voz me consolé.  
Jilguerito, tu que vuelas por esos mundos de Dios  
¿qué consuelo me darás?  
A una mujer que quiero y está muy dura de alcanzar.  
Síguela tú con firmeza  
síguela tú con cariño  
que algún día encontrarás algo más de lo que deseas.  
Yo los pasos le seguí como el jilguero me dijo  
y al llegar a fin de mes  
he logrado lo que he querido.  
Clara me llamo y siendo clara me enturbié.  
Nadie diga en este mundo  
que este agua no es de beber.  
Que en un caminito largo  
aprieta mucho la sed».

▲ Canción popular cantada por Concha Díaz durante la entrevista.

## **BERTA VÁZQUEZ FALCÓN. ZALAMEA LA REAL**

Reme Guerrero y Cándida Santos rescatan la historia de Berta Vázquez Falcón.

«Rebuscando en la memoria de las personas de Zalamea hemos encontrado historias impresionantes, dignas de ser escritas, de mujeres valiosísimas que han pasado por este pueblo y por esta vida luchando con todas sus fuerzas contra viento y marea. Algunas de las cuales aún viven, pero debido a su avanzada edad, sus vivencias nos las han contado sus hijos, familiares y amigos.

Ellas son una representación de otras muchas mujeres que probablemente seguirán siendo anónimas. Vaya de nuestra parte, nuestros más calurosos reconocimientos.

Comenzamos nuestro relato hablando de una «dulce mujer». Ya comprenderán este calificativo. Ella es Berta Vázquez Falcón, que nació en 1903 en la calle Cánovas del Castillo, la que ahora conocemos como Avenida Andalucía.

En esta casa transcurrió toda su vida, casa que ella y su madre supieron hacer famosa. Todo zalameño/a que entrase en ella encontraría algo bueno con lo que endulzar la difícil vida que les tocó vivir.

Ellas dos montaron, antes de la Guerra Civil, una dulcería, donde hacían desde su propia materia prima, hasta los dulces más exquisitos, todo a mano y allí mismo tenían su horno.

Después de haberse casado y tener un hijo, ella siguió trabajando –cosa poco habitual en esos tiempos-, a pesar de que su marido trabajara como carnicero, ella seguía» arrimando el hombro» para poder vivir mejor en tan difícil época.

Durante la feria instalaban un puesto ambulante en la plaza -donde ahora ponen los del turrón- y al que acudían todos y todas para disfrutar de los deliciosos dulces, dulces que aún hoy personas mayores y no tan mayores los recuerdan refiriéndose a ellos como «los ricos dulces de Berta».

## **ANTONIA GÓMEZ GONZÁLEZ. ZALAMEA LA REAL**

Continúan contando Reme y Cándida que, además de Berta, otra gran mujer dejó huella en Zalamea la Real, fue Antonia Gómez González, «La Cerreña». Nació en 1899 y desde muy joven vio en su madre el ejemplo de mujer trabajadora dedicada a la venta en un puesto en la plaza de abastos. «Muy emprendedora y, aunque no sabía leer, tenía un sexto sentido para los negocios, ¡no se le escapaba ni una cuenta, aunque tuviera que hacerla de cabeza!

Se casó muy joven, con veinte años y empezó sus negocios en la calle Manovel, en la casa conocida como «La Posá».

A pesar de que no era común en la época que una mujer después de casada trabajase, ella se interesó en montar su negocio, que llegó a ser muy próspero: hacer matanza de cochinos, elaborar la chacina y después venderla.

Fue madre de ocho hijos e hijas. Una de sus hijas, la que cuenta esta bonita historia, dice que ella nació en la cocina, cocina que es ahora la del bar La Espuela, café-bar que linda con la plaza del pueblo.

Cuando llegó la Guerra Civil, el ejército enviaba allí a sus soldados a comer pagando la manutención de éstos con unos bonos, bonos que nunca pudo cobrar, hecho por el que quedó en la más absoluta ruina.

A partir de este momento, se vio obligada a dedicarse al estraperlo con otras valientes mujeres, muchas de ellas viudas. Iban andando a Valverde, al Buitrón... con su carga en la cabeza. En uno de estos viajes las paró la Guardia Civil –carabineros- y nuestra amiga Antonia salió en defensa de todas sus compañeras diciendo al guardia que era la primera vez que lo hacían, ya que para ella era muy violento hacerlo porque tenía un hijo en el cuerpo y no quería comprometerlo, intentando así dar una excusa convincente que las sacara de ese embrollo. El guardia no fiándose de su palabra llamó por teléfono a Gerona, lugar donde ella dijo que su hijo estaba destinado, viendo que era verdad pudo salvar su carga y la de todas sus compañeras.

Cuando las cosas mejoraron se acabó el estraperlo y volvió a sus principios como mondonguera<sup>6</sup> y vendedora en la plaza de abastos siguiendo con la tradición de su madre. Cuando por la edad tuvo que dejar de trabajar, sus hijas Carmen e Isabel «las Cerreñas», como todo el mundo las conoce, siguieron su ejemplo.

Nuestra amiga Antonia murió con 73 años en 1972".

### **CESÁREA CONTIOSO HERRERA. ZALAMEA LA REAL**

La más joven de estas mujeres de Zalamea la Real es Cesárea Contioso Herrera, que a los 88 años aún tenemos el placer de contar entre nosotros/as, refieren Reme y Cándida. «Ella no ha podido hacernos este relato debido a que sus facultadas psíquicas por la edad no son plenas, siendo uno de sus hijos el que se ha dispuesto a hacerlo

Nos cuenta que su madre nació en Valverde del Camino, en 1919 y llegó a Zalamea en su más tierna infancia, transcurriendo toda su vida aquí. Tuvo que pasar por la pena de conocer cómo mataron a su padre durante la Guerra Civil y de pasar por todas las penurias de la época.

---

*6. Persona que vende morcillas, chorizos, longanizas, etc., o que tiene por oficio componerlos y guisarlos.*

Se casó muy joven y empezó su nueva vida con muchos problemas, ya que su marido trabajaba en la mina y pronto comenzó a padecer males en los pulmones, padeciendo tuberculosis, enfermedad que le llevó a la muerte. Durante el tiempo que duró la agonía de esta enfermedad, Cesárea se desplazaba andando hasta Aracena para estar al lado de su marido, que se encontraba internado en el sanatorio<sup>7</sup>.

Tras la muerte de su jovencísimo marido fue cuando Cesárea realmente empezó a padecer penalidades, ya que en aquella época, si alguien moría de tuberculosis, quemaban todo lo que le rodeaba. Nuestra amiga tuvo que ver su casa convertida en poco más de cuatro paredes.

A partir de este momento, Cesárea tuvo que empezar a trabajar en lo que sería su negocio, comprar y vender, vender y comprar.

Empezó comprando cebada y trigo que ella misma tostaba para después venderlos por las casas a «medida de latas». Su negocio fue afianzándose hasta el punto de tener una mujer tostando la cebada para ella poder salir a venderla. Iba por las aldeas, sobre todo a la Fuente de la Corcha, de donde traía diverso género para después intercambiarlo. Transportaba las cosas en la cabeza, y cuando a veces tenía que llevar a su descendencia, venía andando con ellos/ellas de la mano hasta que llegaba a la estación del tren. En ocasiones alquilaba un burro hasta allí.

Para «acompañar» a la cebada, también se dedicó al estraperlo<sup>8</sup> del café traído de Portugal, que ella llevaba ya liadito en pequeñas porciones para las personas que tuvieran la suerte de poder permitirse comprarlo.

Cuando le empezó a ir bien económicamente, se atrevió a montar su tienda en la calle Manovel. Vendía comestibles, en el lugar en que hoy podemos encontrar todas las cosas imaginables. Fue montando su negocio, que prosperó y que dejó cuando llegó su merecida jubilación.

Luchó, fue valiente, y todo para que sus hijos no tuvieran que irse a trabajar a la mina y pudiera pasarles lo mismo que a su padre.

Nuestra amiga Cesárea vive felizmente al lado de ellos».

---

7. *Establecimiento convenientemente dispuesto para la estancia de enfermos que necesitan someterse a tratamientos médicos, quirúrgicos o climatológicos.*

8. *Dicho de comerciar ilegalmente, de manera clandestina.*

### **JUANA JOSEFA MÁRQUEZ MÁRQUEZ, JUANA «LA SORDA». MONTES DE SAN BENITO.**

Vivió a principios del siglo XX y murió a los setenta y cinco años. Viuda ya a los treinta y seis años, tuvo que sacar adelante a sus cuatro descendientes. Se caracterizó por ser una mujer muy emprendedora para su época. Trabajó en el telar que heredó de su madre, tejía las comunes alforjas, cobijas, abrigos, mantas de lana y tela... con tal maestría que las elevó a categoría de artesanía. Sus características mantas eran las preferidas tanto por la vecindad de los Montes como por la de los pueblos de alrededor, desde donde venían cargando con la lana para que ella les tejiese sus estupendas mantas. Era además una excelente modista, que diseñaba y cosía exclusivamente ropa de hombre.

También era conocida por sus famosos quesos, típicos de los Montes de San Benito. En primavera, los propietarios de los cortijos la buscaban para elaborar sus quesos.

### **JOSEFA BORRERO, «TÍA JOSEFA LA CASTAÑERA». MONTES DE SAN BENITO.**

Nació en 1876 y murió en 1962 a los 86 años. Famosa hilandera de los Montes de San Benito. Refieren Cinti, Cristina y Águeda que la gente de los Montes y alrededores le traía los fardos de lana lavada y que ella transformaba en hilo para hacer toda clase de cosas, como mantas, alforjas. Sus utensilios eran una rueca, un huso y las cardas.

### **BENITA RODRIGUEZ, «BENITA LA DE ALBERTO». EL CERRO DEL ANDÉVALO.**

Nació en 1913, hoy tiene 94 años y es la comerciante más antigua de El Cerro de Andévalo.

En 1928 siendo muy joven, una niña de quince años, se hizo cargo, al morir su madre, de sus dos hermanos pequeños, de su padre y de la tienda que tenía su madre. Supo llevar la carga familiar y el negocio a pesar de estallar la Guerra Civil pocos años después. Ha trabajado en la tienda más de setenta y cuatro años pues tan sólo hace cinco que la dejó. Benita es una mujer que aunque le hubiera gustado estudiar, ha sabido dedicar su vida a trabajar en un negocio con el que ha mantenido a su familia.

Forma parte de esa clase de mujeres que, bien por propia iniciativa o por exigencias de la vida, mantuvieron o crearon negocios que aún persisten. Mujeres que, a pesar de las dificultades de la época, se arriesgaron en el mundo de los negocios invirtiendo lo que tenían o sacrificando sus sueños, para dar a sus familias una vida más digna y confortable. Mujeres valientes que, sin importarles las críticas, se atrevieron a desarrollar una actividad económica en un mundo masculino.





## GRUPO DE INVESTIGADORAS POR MUNICIPIOS:

### **ALOSNO:**

- María Caballero Mena
- Juana Borrero Delgado

### **BERROCAL:**

- Eva García Delgado.
- Presentación Delgado García
- Elia García Delgado

### **CABEZAS RUBIAS:**

- Antonia Mora Moreno

### **CALAÑAS:**

- Marina Sánchez Rivera
- Manoli Macías Rastrojo.
- Pepi Pajarón Rodríguez.
- Eloisa Balches Gómez.

### **CAMPOFRÍO:**

- Amalia Reyes Rodríguez

### **EL CAMPILLO:**

- Bernardina López Maya
- Maravilla Palacios

### **EI CERRO DE ANDÉVALO:**

- Isabel Domínguez Díaz
- Ana Cortés Márquez

- María Motero Rodríguez
- Encarna Serrano Sánchez
- Manuel González Gómez
- Andrea Silgado García
- Maribel Bravo Soltero
- Tere Hermosilla

**MINAS DE HERRERÍAS:**

- Francisca Núñez Ramírez
- Martina Pacheco Borrero
- Luisa Luís Rodríguez

**MONTES DE SAN BENITO:**

- Cinta Gento Alfonso
- Cristina Alonso Arnosi
- Águeda Valladares Márquez

**NERVA:**

- Conchita Morano Acevedo
- Esperanza Vázquez
- Ani Lozano
- Ángeles Herrera Martín
- Carmen Reyes Rojas
- Mari Clavero
- Catalina Losada

**PAYMOGO:**

- Barbara Canelo Torrescusa

- Josefa Gallardo Miranda
- Juana Borrero Ponce
- Chana Suárez Morón
- Isabel Carreño Álvarez
- Andrea Cavaco Camina
- Ana Morano Borrero
- Maria Antonia Márquez Muñoz
- Benita Pérez Santos

#### **PUEBLA DE GUZMÁN:**

- Isabel González

#### **SANTA BÁRBARA DE CASA:**

- Mercedes Infante Carrasco
- Francisca Macías Infante

#### **SAN TELMO:**

- Pepi Díaz Domínguez
- katy Balufo Vázquez
- Juana Díaz Domínguez

#### **THARSIS:**

- María Antonia Estévez Zamorano

#### **VILLANUEVA DE LAS CRUCES:**

- Ana María Macías Charneco

#### **ZALAMEA LA REAL:**

- Reme Guerrero
- Cándida Santos

